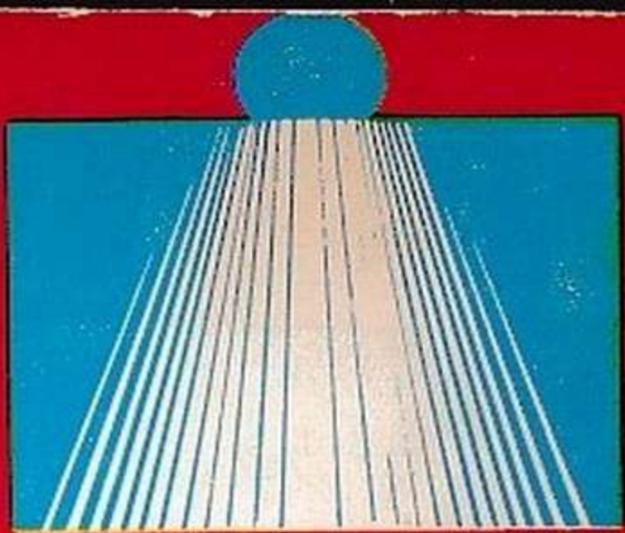


Selección de relatos fantásticos  
y ciencia ficción

Nº 7



# UMBRAL TIEMPO FUTURO

**REALISMO FANTASTICO**

por ANTONIO LAS HERAS

**EL PERRO  
DE MARTIN REPEZ**

de JUAN CARLOS GHIANO

**ISAAC ASIMOV**  
SALLY

**WILLIAM HOPE  
HODGSON**

**LA HABITACION  
ENCANTADA**





DONACIÓN OSVALDO PELLETTIERI

### SUMARIO

Biblioteca "CUARTA DIMENSION", es una publicación DE CIELOSUR EDITORA S.A.C.I., Editora y distribuidora.

Miembro de la Asociación Argentina de Editores de Revistas.  
Administración: Av. de Mayo 1324, 1er. piso, of. 21 - Tel. 37-3295 - 37-3769 - Buenos Aires, Argentina.  
Dirección Telegráfica: Cielosur Baires.

Director Ejecutivo:  
RUBEN S. ALPELLANI  
Asesores de Dirección:  
SUSANA ITZCOVICH y

Director: NAHUEL VILLEGAS  
Diseño Gráfico: JUAN ZAHLUT  
Corrección: JULIO BANIN

Colaboradores:  
Juan-Jacobo Bajarlia, Hermes Gosso, Juan Norberto Comte, Eduardo S. Aquila, Eduardo J. Lynch, Ignacio Fabré, Alfredo Ernesto Grassi, S. Mans Fuser, Carlos A. Magallanes.

Los trabajos publicados son de absoluta responsabilidad de sus autores.

Derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial.

Copyright 1978 by Cielosur Editora S.A.C.I.

Reg. Nac. de Prop. Intelectual: En trámite.

Distribuidor en Capital: Troisi y Vaccaro, Catamarca 675, Bs. As.

Distribuidor Interior: Cielosur Editora S.A.C.I., C. de Correo 4504.

Exterior: Suscripción (12 números): U\$S 30.

Ejemplar atrasado: Su precio de venta al público será igual al precio de la última edición circulante.

Se deja constancia que los hechos, lugares, nombres de personajes, etc., incluidos en las narraciones son de ficción. Cualquier semejanza con los de la vida real es pura coincidencia.

ASESINOS DE LA HISTORIA: **EL VERDUGO DEL HAMPA, ANASTASIA**, por Juan J. Bajarlia Pág. 4

CUENTO: **LA BLANCA ROSA ROJA**, por Juan Norberto Comte ..... Pág. 16

LOS INMORTALES DE LA LITERATURA FANTASTICA: **WILLIAM HOPE HODGSON**: La habitación encantada. Versión de Heriberto Staile .. Pág. 26

TEMATICAS DE LA CIENCIA FICCION: **LA HARD SCIENCE FICTION**, por Juan J. Bajarlia Pág. 48

CUENTO: **EL PERRO DE SEPARIN REPEZ**, por Juan Carlos Ghiano ..... Pág. 52

EL REALISMO FANTASTICO: **Nuevas formas de espionaje. Parapsicología: El arma del futuro**, por Antonio Las Heras ..... Pág. 60

CRITICA LITERARIA, por E. S. Aquila .. Pág. 66

CINE: **EL BESTIARIO FILMICO**, por Eduardo J. Lynch ..... Pág. 72

CINE: **EL HOMBRE PERSEGUIDO POR UN OVNI**, por Alfredo Ernesto Grassi ..... Pág. 75

CUENTO: **LA ALFOMBRA ROJA**, por H. P. Lewis ..... Pág. 78

CUENTO: **SALLY**, por Isaac Asimov .... Pág. 90

CUENTO DEL LECTOR: **OTRA VUELTA DE TUERCA**, por José Alberto Blanco ..... Pág. 114

LA CIENCIA EN EL COSMOS: **GAGARIN, EL HOMBRE EN EL ESPACIO**, por Ignacio Fabré Pág. 120

|                              |                                      |
|------------------------------|--------------------------------------|
| Correo Argentino Central (B) | Franqueo Pagado<br>Concesión N° 4052 |
|                              | Tarifa Reducida<br>3092              |

# Asesinos de la Historia.

## El Verdugo del Hampa, **ANASTASIA** Brazo ejecutor de Al Capone y el Sindicato del Crimen

por JUAN-JACOBO BAJARLIA

### 1. La Mano Negra

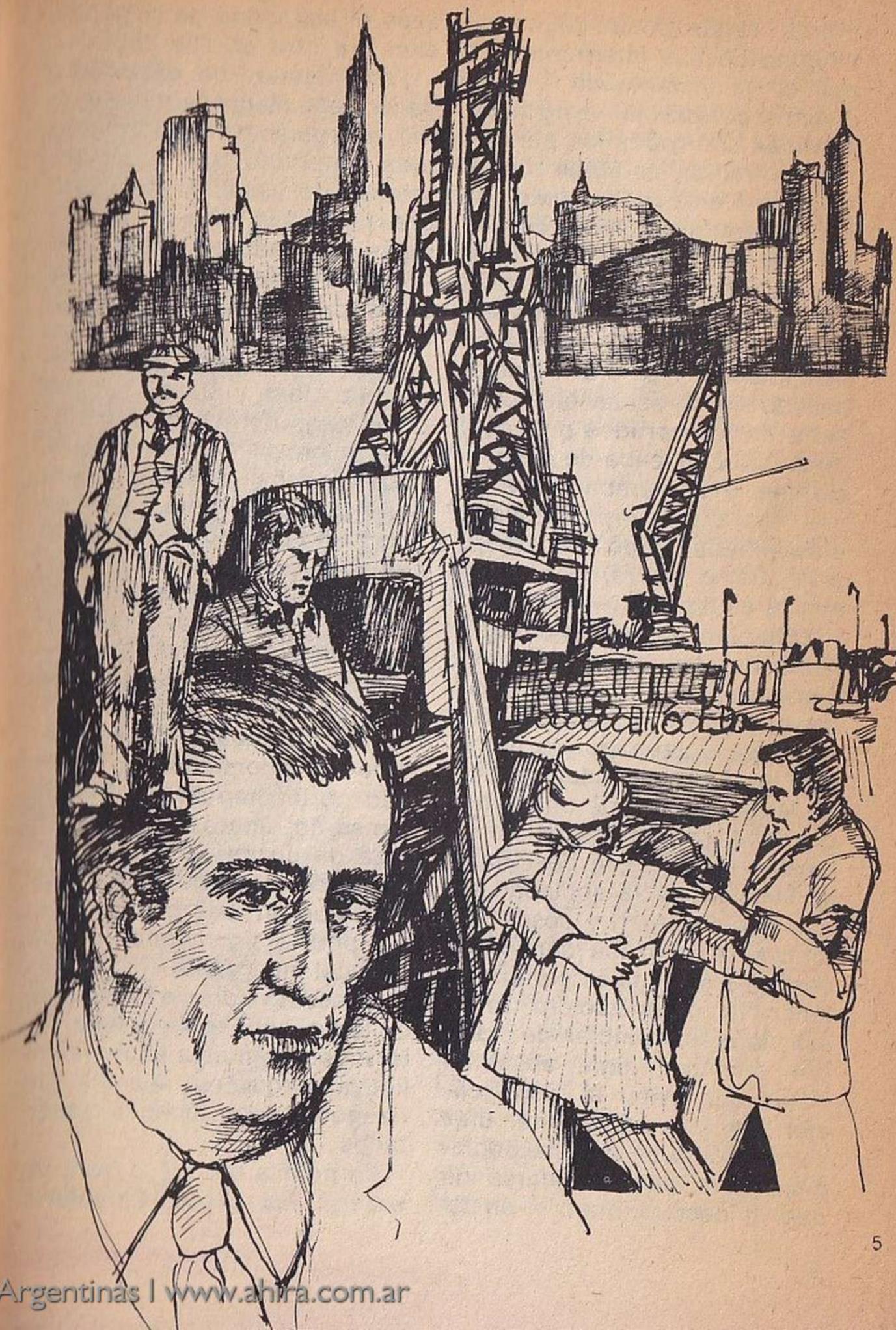
Umberto Anastasia era calabrés. Había nacido en Beri, en 1902. Al llegar a los Estados Unidos, en 1917, tenía cuatro hermanos que el hampa fue devorando uno a uno. Su padre se dedicó en Brooklyn a toda clase de trabajos para poder subsistir. Fue vendedor de pescado y ejerció distintos oficios mientras sus hijos merodeaban los muelles a la espera de alguna oportunidad.

Tiempos duros. Heroicos. Nueva York era ya una ciudad monumental. Pero de grandes contrastes. Edificios altísimos por un lado. Barrios miserables por el otro. El hombre rico y el hombre pobre. La prostitución y los narcóticos. La bebida falsificada y el asesinato.

La selección de las especies, vieja teoría darwiniana, significaba en Nueva York la pistola o el puñal. Y **Berto**, como le decían para abreviar, se convirtió en Albert. En Albert Anastasia.

Cierto día recibió una carta en la que se le exigía la entrega de cien dólares o la muerte del padre. Se le indicaba un lugar en los muelles para dejar el dinero. La carta era breve. Seis líneas y una fecha. Como firma llevaba una mano negra.

La **Mano Negra** era una sociedad secreta del crimen. Tenía conexiones con la Mafia y la **Unione Siciliana**. Pero era distinta. La única semejanza residía en las normas que legislaban sobre la conducta de sus miembros y la muerte del



traidor. Nadie podía delatar a ninguno de sus integrantes ni aun en el instante de la ejecución, porque la venganza acababa con todos los parientes del traidor. La **Mano Negra** se originó en España como sociedad política a fines del siglo XIX. Su doctrina establecía que la tierra había sido creada para el bienestar de todos los hombres. Predicaba contra la desigualdad y el orden social basado en la esclavitud. Descreía de los partidos políticos, a los que calificaba de despreciables, y declaraba a los ricos "fuera de la ley", llamados a ser exterminados "sin excepción, por el hierro, el fuego y aun la calumnia".

El iniciado de la **Mano Negra** debía dar muestras de su integridad. Después, reunidos los miembros en tribunal plenario, se votaba por la admisión o el rechazo del neófito. Si la votación era unánime, quedaba incorporado como **maninegrista**. Se le designaba la **Sección** de la sociedad en que debía actuar, y desde entonces se cotizaba con cinco centavos semanales para mantener la organización. Entre sus normas, cambiar de nombre era una regla absoluta. Había que evitar la identificación. Un jefe podía tener diez o más nombres en una población. Pero debía cuidarse de que lo descubrieran. Y en tal

caso el abandono de la población era otro de sus deberes.

Los métodos de exterminio de la **Mano Negra** participaban del anarquismo: matar contra toda autoridad que ellos entendían de vasallaje del hombre. Los ricos eran los principales usurpadores y los creadores de la desigualdad. Y con estas ideas, la **Mano Negra** se extendió por Andalucía y las provincias limítrofes de Extremadura, Jaén y Murcia. Según Lombroso, contaban con 130 federaciones y 42.000 afiliados.

De España la **Mano Negra** pasó a Sicilia. Pero tanto en uno como en otro lugar, de sociedad secreta política se convirtió en sociedad secreta del crimen. Los italianos inmigrantes la llevaron a Estados Unidos a comienzos de 1900. Se fraccionaron en distintas bandas que operaban independientemente extorsionando a los ítalo-norteamericanos. Exigía sumas de dinero bajo la amenaza de un mal o de la revelación de algún secreto de familia que en determinados casos podría significar la expulsión del inmigrante. El negocio se presentó floreciente. Y hasta hubo **capi mafiosi** que intervinieron en esta especie delictiva porque era sencilla, sin riesgos y con buenos resultados.

La policía de Nueva York investigó los casos. Estableció



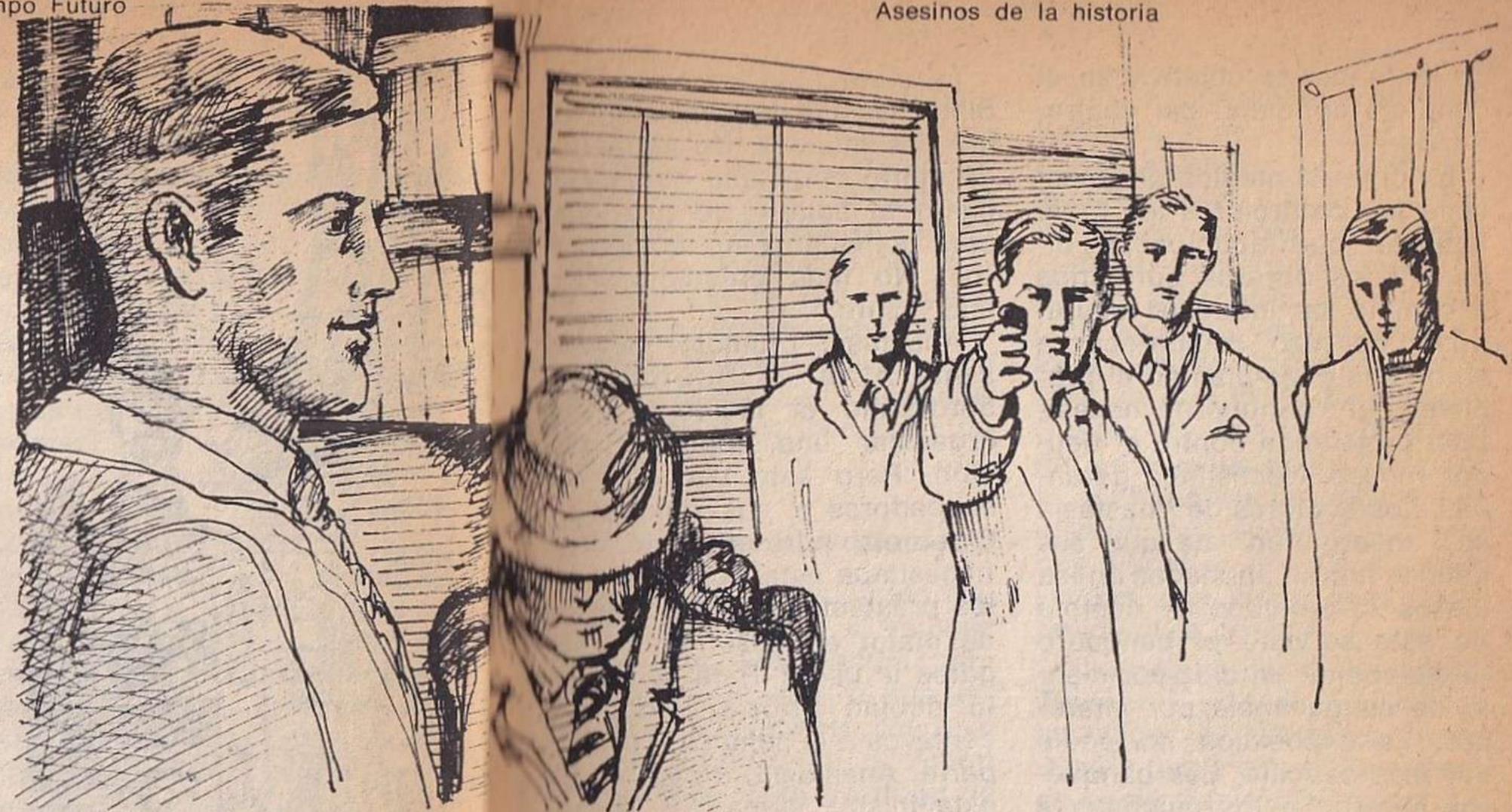
que no había relación entre la **Mano Negra** y la **Mafia**. Pero no pudo descubrir a sus jefes. Declaró, sencillamente, que todos los que se dedicaban a estos hechos estampando la mano negra al final del texto, obraban individualmente. Uno de sus investigadores, el detective teniente Joe Petrosino, se trasladó a Sicilia para aclarar estas circunstancias. Pero fue muerto en una emboscada, en la llamada **Piazza della Marina**, de Palermo, a mediados de 1907. Una placa rememora en la plaza el sacrificio inútil del detective.

Cuando Albert Anastasia recibió la carta, consultó con sus hermanos Giuseppe y Tony. La **Mano Negra** indicaba el lugar. El día y la hora. Fueron ahí, armados hasta los dientes. Esperaron media hora. Luego otra media. Los **maninegristas** no aparecían. De pronto se acercó tímidamente un estibador. Es posible que no fuera el hombre que esperaban. Pero cuando éste estuvo cerca de Anastasia, sobre la orilla del malecón, al verle tan infeliz y confiado, le dieron un empujón y lo arrojaron al agua. El muelle estaba desierto. Nadie oyó los gritos de la víctima, que murió por asfixia. Los Anastasia pagaban con sadismo la amenaza de la carta. La **Mano Negra** nunca más los molestó.

## 2. El amo de los muelles

El vagabundaje por los muelles, la amenaza frustrada de la **Mano Negra** y la miseria orientaron a Anastasia hacia el delito. Muy pronto se dio cuenta que había una verdadera sociedad secreta del crimen que se llamaba la **Unione Siciliana**, con ramificaciones en muchos Estados, que aplicaba los métodos de la Mafia. Pertenecer a ella era una garantía segura para medrar. Fue entonces cuando se vinculó con Charles "Afortunado" Luciano, o Lucky, sencillamente, que manejaba el negocio de la prostitución y el tráfico ilegal de drogas. Este vio en Anastasia al hombre decidido, de hierro, capaz de realizar una acción a sangre fría. Se erigió en su protector. Y entre los trabajos que le encargó se hallaba el de eliminar a Giuseppe Masseria, alias Joe el **Amo**, líder de la sociedad secreta. Lucky había sido muy amigo de éste. Pero ya estaba cansado de su cautela, de su oposición a crear nuevas áreas del crimen. Eliminar a Joe el Amo era el único medio de aumentar las ganancias. De llevar el contrabando de bebidas (regía la ley Volstead) y la trata de blancas al mundo de los narcóticos.

—Lo que yo quiero es terminar con el Amo. Estar libre de su cobardía.



Anastasia no era tonto. Advertía que el trato de **Don o Amo** (denominaciones de la Mafia italo-norteamericana, asignadas a los jefes), le correspondía, en realidad a Lucky, el capo más poderoso de Nueva York. Estar de su parte era colocarse al lado de la ganancia.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Anastasia.

—Mañana voy a cenar con Joe en el **Scarpato's**, de Coney Island. Eres un buen tirador. Puedes llevar un compañero por si te hace falta.

—¿Cuándo y desde dónde debo disparar?

—El lugar lo eliges tú. Pero estaremos al lado de una ventana. Cuando yo me levante para ir al baño... Bueno. Es suficiente.

Y así se hizo en el **Scarpato's**. Fue en abril de 1931. Cuando Lucky Luciano se retiró al baño, Joe el Amo vio dos caños que le apuntaban. El alcohol, el peso de la bruma sobre su cabeza, le impidió pensar de qué se trataba. Las balas lo despedazaron. Le entraron por la frente, los ojos, el

cuello y el pecho. Sobre la autoridad fenecida de Masseria se erguía para siempre la de Lucky Luciano.

La compensación fue rápida. Contundente. El nuevo Amo lo designó para controlar los muelles de Brooklyn. Anastasia se instaló, entonces, en el **Democratic Club** de Clinton Street. Y desde ahí comenzó a dictar su código y a ganar altura en el gangsterismo. El Amo le había delegado toda la autonomía necesaria para manejar ese mundo sinuoso donde los estibadores y las cargas

de mercaderías objetivaban el conflicto cotidiano del contrabando.

La primera medida de Anastasia fue controlar a los prestamistas que anticipaban dinero a los obreros portuarios a cambio de intereses usurarios. Los hizo comparecer a su oficina y les planteó el problema. El "banquero" necesitaba protección contra el deudor remiso. Necesitaba garantías. Los hombres de Anastasia se "encargarían" de que sus deudas fueran abonadas en los plazos convenidos. A cambio de este servicio el banquero debía abonar un diez por ciento de su ganancia por intereses. La exposición no podía ser más sencilla. Los banqueros miraron a los muchachos de Anastasia, presentes en la reunión, y quedaron convencidos. Los muchachos jugaban con sus pistolas, tirándolas y atajándolas como si estuvieran en un circo.

Dos de los prestamistas que llevaban el apodo de **Hermanos Siameses** porque eran inseparables, se negaron a tener que desprenderse de una parte de sus intereses. Objetaron que se trataba de un robo presionado por las armas. Tres días después, los Hermanos Siameses flotaban en el río. Los estibadores hablaron de un resbalón. Se trataba, por lo tanto, de una "muerte casual".

La muerte de los Hermanos Siameses fue festejada en todos los muelles. Un estibador de cierta compañía holandesa gastó el salario de dos días para convidar a sus compañeros. No más préstamos. No más usura.

Anastasia, promotor de esta santa obra de liquidación, aprovechó el incidente para organizar una segunda reunión. Pero esta vez con los estibadores y sus delegados. El obrero portuario, les dijo, necesitaba estar a cubierto de los prestamistas. Son capaces de matar en caso de no pagarse la usura. Para evitar esto debían abonar cincuenta centavos a la semana. Por otra parte, Anastasia, a cambio de esta misma suma, les aseguraba a los estibadores trabajo permanente. El que no se avenía al trato corría el riesgo de perder el empleo.

—El negocio —terminó diciendo Anastasia—, es redondo para ustedes. Cincuenta centavos por semana no representa nada. Tienen ocupación, y ningún prestamista podrá presionarlos indebidamente.

La aceptación fue total. Y Anastasia cobró tributos a unos y a otros. Después extendió su jurisdicción al juego en los muelles. Los "capitalistas" que quisieran tomar apuestas en la zona portuaria,

también debían pagar tributo al Amo de los muelles. Lo mismo sucedía con las firmas importadoras. Para realizarse la descarga, Anastasia exigía un tanto por tonelada o por bulto. Dependía de la operación. O bien una suma global. A esto había que agregar el robo en los barcos. Las ganancias de Anastasia se volvieron fabulosas.

### 3. El Gran Verdugo del Hampa

Constituido el Sindicato Nacional del Crimen, el famoso **Murder Inc.** (Asociación para la Muerte), al que ya me referí en otro momento, los **capimafiosos** nombraron a Albert Anastasia el **Gran Verdugo** de la organización. Ningún jefe podía asesinar a otro sin que lo resolviera el **Kanguro**, su Consejo Ejecutivo. Pero reueta la eliminación, los **capimafiosos** debían delegar esta función en los segundones del Sindicato. La excepción sólo quedaba a cargo de Anastasia. Era el único que podía asegurarse del asesinato por sus propios medios. Sólo él, votada la eliminación, disponía de plenos poderes para tomar las providencias necesarias. O en otras palabras: él podía intervenir personalmente o trazar el plan para que los otros integrantes del Sindicato perpetraran el crimen.

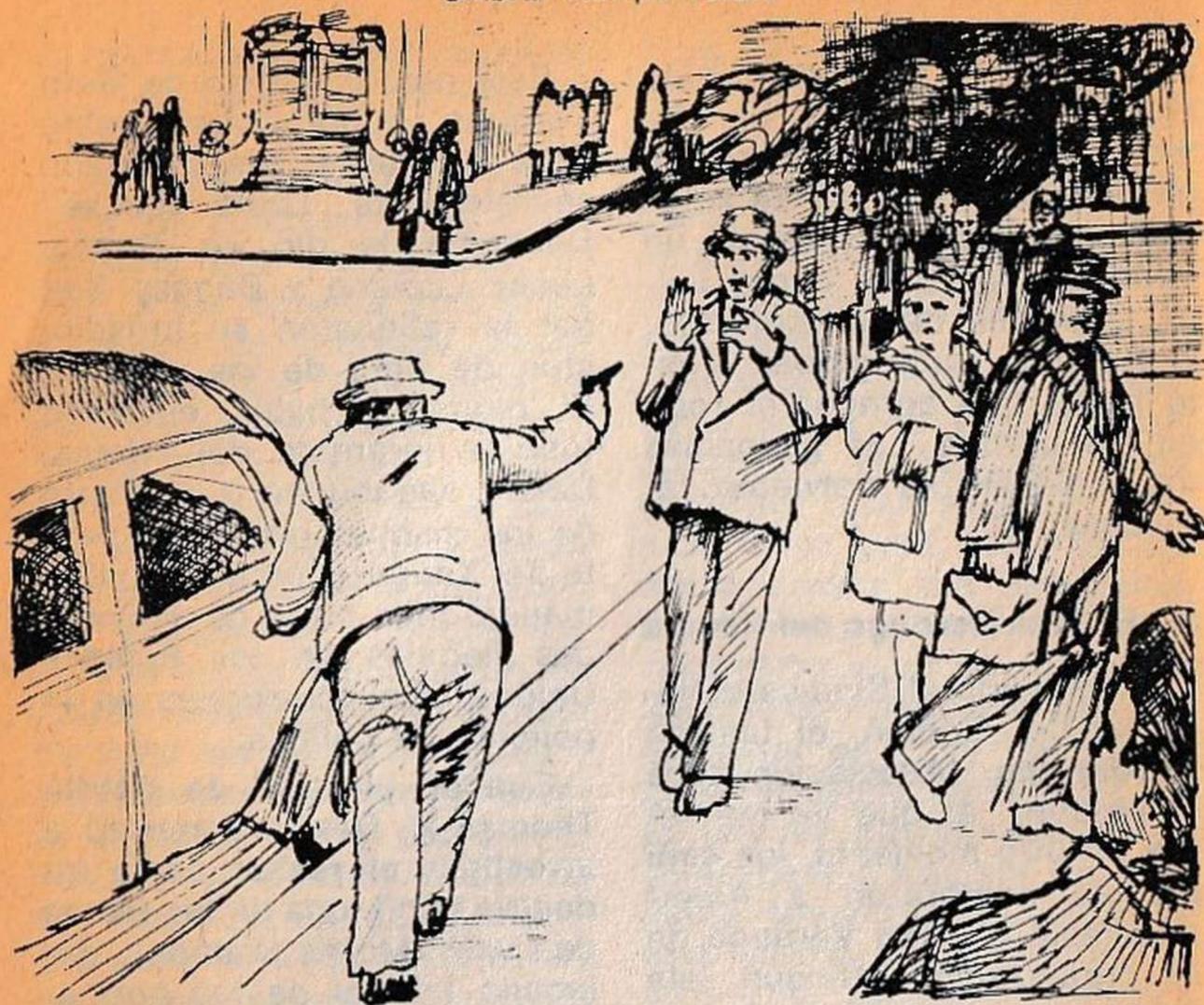
Este nombramiento de Gran Verdugo, honor inmensurable para Anastasia, fue festejado secretamente. Louis "Lepke" Buchalter le dio un abrazo. Lucky Luciano y Bugsy Siegel le ratificaron su jurisdicción de Amo de los muelles. El monstruo había escalado toda la jerarquía del crimen. Desde vagabundo y cuentero de los muelles hasta integrante del **Kanguro**, organismo que manejó toda clase de actividades ilegales en los Estados Unidos, con conexiones en la policía y la política.

Cuando el fiscal de distrito Thomas E. Dewey comenzó a investigar el **racket** de la industria textil, una de las ramas de Lucky, Morris Diamond, delegado laboral de los portuarios, se ofreció para dar detalles de la asociación criminal. **Murder Inc.** obró rápidamente. Se reunieron los jefes principales del **Kanguro** y discutieron el procedimiento a seguir para que Diamond no hablara. Entre los que asistieron al cónclave estaban Lucky, Anastasia y Lepke. Había **quórum**.

—Si habla Diamond —dijo Lucky—, seremos varios los citados por el fiscal.

—Especialmente Anastasia —agregó Lepke—. O yo mismo.

—Ese Diamond —expresó a su vez Anastasia— siempre



fue un hueso duro de pelar. Y para más desgracia nunca se dejó envolver.

—Creo que estamos hablando demasiado —intervino nuevamente Lepke, mientras Lucky movía la cabeza en señal de asentimiento. Lo mejor es invitarlo a un "paseo". ¿Qué te parece, Berto?

Anastasia se levantó de su silla y dio unos pasos.

—Diamond es muy desconfiado. No es de los que aceptan un "paseo".

—Entonces "dale" directamente —exclamaron al mismo tiempo Lepke y Lucky.

Y todos, como el César en Roma, pusieron el pulgar derecho hacia abajo.

Dos días después un "muchacho" de Anastasia le dio muerte a Diamond en la calle 68 y la Octava Avenida. Se introdujo en un coche en el que lo esperaba otro pistolero, y desapareció antes de que el público reaccionara. Dewey se quedó sin la valiosa declaración del delegado laboral.

Pero los investigadores aclararon el hecho. He aquí un **memorándum** de Frank C. Bals, jefe de investigaciones, del 8 de abril de 1942:

"Abe Reles declaró que una tarde, dos o tres semanas antes del atentado y muerte de Morris Diamond, fue a casa de Albert Anastasia en Ocean Parkway, cerca de **Avenue H**, en Brooklyn, y cuando llegó al lugar, éste se hallaba con Mendy Weiss y Charles Workman. Permaneció con ellos durante una hora y media. Anastasia y Weiss hablaron de la muerte y asesinato de Morris Diamond. Anastasia le dijo a Weiss que todo estaba listo, y que sólo faltaba la dirección de Diamond. Weiss respondió que en cuanto la tuviese se la daría. «Está bien —añadió Anastasia—. Cuando la tengamos ocuparemos de él.»"

El hampa jamás dudó de Anastasia. Ni aun de los asesinatos que siguieron. Uno a uno fueron cayendo determinados gangsters y gente ajena al mundo del crimen. Las víctimas estaban en la lista del Gran Verdugo y Amo de los muelles. Entre estas víctimas, según el detective Frank Mullady y el escritor William H. Kofoid que intervinieron en el esclarecimiento del Sindicato Nacional del Crimen, hay que mencionar a Peter Phato, dirigente sindical que fue metido en una tumba de cal viva. A Charles "Vannie" Higgins, **bootlegger**, asesinado a la vista de su familia. A Willie Moretti, sorprendido en un

restaurante de Nueva Jersey. A Walter Sage, arrojado en un lago de Nueva York, con una máquina desplumadora atada al cuello. A Anthony Romeo, cosido a puñaladas y sepultado en el río Delaware. Su título de Gran Verdugo no fue desmentido en ningún momento.

A veces, cuando el asesinato no era directamente perpetrado por él, solía presenciarlo como la cosa más natural del mundo. En la vieja denominación criminológica, un Lombroso o un Ferri hubieran hablado de **locura moral**. En realidad se trataba de un sádico, con raíces socio-psicológicas no estudiadas todavía, que darían la clave de su frigeidez ante la muerte.

Véase, por ejemplo, el informe de la Brigada Especial de Investigación al fiscal del distrito, William O'Dwyer, fechado el 8 de abril de 1942: "En el caso Diamond, Anastasia se hallaba presenciando la escena del crimen para estar seguro de que sus planes se habían cumplido de acuerdo con sus instrucciones". Monstruosidad semejante escapa a las viejas teorías del crimen. La conducta de Anastasia tiene conexiones con el resentimiento y el concepto de desigualdad que se instalan en él en cuanto llega como inmigrante a los Estados Unidos. Lo de-

más hay que buscarlo en su psiquis.

#### 4. Quien a hierro mata...

Todos conocen la frase del **Apocalipsis**: "Quien a hierro mata, es preciso que a hierro sea muerto". O aquella otra contenida en **Mateo**: "Quien se sirviese de la espada por su propia autoridad, a espada morirá". Esta justicia, que según los antiguos fue anterior a toda norma escrita, es la que habría de caer sobre Albert Anastasia. Las pistolas que él mismo empleaba habrían de volverse un día cualquiera (y en un lugar cualquiera) contra él. El Verdugo también sería ejecutado por encima de la ley.

El hecho sucedió el 25 de octubre de 1957, en el Oeste de Manhattan. Anastasia había resuelto afeitarse y cortarse el pelo en la peluquería que funcionaba en el hotel **Park Sheraton**. Estaba ya en la silla del barbero cuando de pronto irrumpieron dos pistoleros con sendos anteojos oscuros. La silla del barbero se transfiguró. Adquirió nueva significación. Anastasia pensó en la silla eléctrica. En la silla invisible que en ese momento le designaba misteriosamente otra mano no menos invisible. Quiso saltar. Sacar su pistola. Ponerse a cubierto de la muerte. Pero ya estaba sentenciam-

do. Los pistoleros descargaron sus armas y se fueron. Nadie los detuvo. No hubo contratiempos.

El peluquero, aterrorizado por la repentina aparición de los pistoleros, sólo declaró que vio dos ojos y luego otros dos. Cuatro ojos enfundados

en anteojos oscuros, y a su lado dos caños, también oscuros, que vomitaban fuego. Después, nada más. No recordaba cómo eran ni cómo vestían los asesinos. El miedo lo había paralizado.

Así murió el Amo de los Muelles, Gran Verdugo del Sin-



dicato Nacional del Crimen, o **Verdugo Mayor**, como también se le decía. Tenía 55 años y no menos de mil muertes en su foja de servicios. Las **Escrituras** se habían cumplido. Los jueces del hombre ya no necesitaban de su comparecencia ante el tribunal.

# LA BLANCA ROSA ROJA

por JUAN NORBERTO COMTE

*Una rosa dijo: "Soy la maravilla del universo.  
¿Sería capaz un perfumista de causarme daño?"  
Un ruiseñor cantó así: "Un día de bonanza anti-  
cipa un año de lágrimas".*

OMAR KHAYYAM

I  
La nave rebelde recibió dos impactos en la proa. Hubo una explosión sorda y en contados segundos la máquina se consumió como los fuegos de artificio de las antiguas ferias.

Cadmo Forai, el veterano comandante de la **Centuria III**, observó a través del mirador la flamígera escena y bajó la cabeza. En esas esporádicas incursiones punitivas había perdido en los últimos meses dos aerocápsulas y seis hombres persiguiendo por la mesófera americana a un puñado de imbéciles que, en nombre de quien sabe qué causa, hostigaban vanamente al poderío central.

Rumo, su lugarteniente, se acercó casi en puntillas portando la tarjeta de vitrionita con el curso computado y la órbita efectiva de aterrizaje.

—**Señor, el ingeniero de operaciones pide permiso para entrar en la vertical.**

Cadmo escuchó la voz apacible de su asistente. Simpatizaba con aquel muchacho algo tosco, cuyas maneras le recordaban las de un agricultor selenita.

—**Está bien; llevamos más de hora y media expuestos a las turbulencias. Hagan lectura de las radiaciones, avisen a la estación de rastreo y desciendan.**

Cuando Rumo se hubo marchado, el comandante quedó



solo y, sin levantarse de la consola automática, oprimió una tecla negra. Se descorrió así el panel que hacía las voces de puerta y quedó aislado en la cabina.

Abrió con cierta dificultad la cerradura magnética de una de las innumerables gavetas de la consola y retiró dos pasaportes y un mapa pautado de **Brennschluss**, la ciudad más próspera de Marte.

En menos de cuarenta y ocho horas huiría en la espalonave **Celeritas** en compañía de su amante María Teresa Venustas, y Molio, el fiel robot, hacia **Brennschluss**, donde anhela afincarse para siempre.

Había sido difícil por cierto obtener los documentos necesarios, pero las influencias y el cohecho lo ayudaron finalmente a quebrar los frágiles escrúpulos de la burocracia represiva.

A cualquier oficial superior o ciudadano que hubiese jurado lealtad a las **Excelsas Potestades** le era imposible abandonar **Mandrópolis** u otra nación de la Tierra una vez cumplidos los treinta años, y Forai frisaba ya los cuarenta y tres. Idéntica prohibición pesaba sobre María Teresa y en ambos casos el castigo por transgredir estas leyes era la muerte.

Sin embargo, si optaba por quedarse en su planeta debía

renunciar a María Teresa. El rango de comandante y demás méritos lo habían hecho acreedor a una posición nobiliaria en la corte universal. En su situación presente, esto, lejos de ser una ventaja, se convertía en serio obstáculo.

Para un hombre como él, enamorado de una mujer plebeya, le estaba también vedado por los arbitrarios decretos terrestres no sólo mantener una prolongada relación amorosa, sino el casamiento morgánico. La encrucijada era shakesperiana; su determinación, a pesar de todo lo que estaba en juego, rayaba en la insania.

## II

La **Centuria III** ingresó por el círculo galáctico a la atmósfera de la Tierra. Se desvió electrostáticamente y en una sutil maniobra elipsoide fijó rumbo hacia el Polo Sur. Siete minutos después se posaba sobre la gigantesca pista de aluminio en la Avanzada Desolación, a ochenta kilómetros de la ciudad.

Tres aeromóviles aguardaban a los cinco astronautas de la **Centuria III** para conducirlos a Ushuaia, capital de la isla.

Los centinelas saludaron pomposamente a Forai y su

séquito. El comandante, luego de despedirse de sus hombres, trepó a uno de los vehículos teleguiados y enfiló a la Gruta Máxima. Quería llegar lo antes posible a **El Caballero de la Triste Figura**, el **reccdo** más elegante de la metrópoli, donde esperaba encontrarse con María Teresa y el marciano Knut, comisario del **Celeritas**.

El disco solar se aprestaba a recostarse en la cordillera entre el verdor otoñal de hayas y pinos, ocultando la imponencia de los heleros y la frondosidad de los bosques septentrionales.

El aeromóvil se detuvo junto al carril de estacionamiento. Forai descendió, activó su traje térmico, pues la temperatura era de 5° C y echó a caminar en dirección oeste. En la superficie se divisaban cientos de torres iluminadas, altísimas agujas y los famosos desniveles habitacionales, orgullo de la tecnología antártica.

Ya en los túneles de la Gruta Máxima, a diez metros del Bulevar Popper, adornado por cientos de focos multicolores, percibió la silueta plástica de un astronauta delgado, cuyo brazo derecho señalaba la estrella Polar. En la marquesina de cristal podía leerse claramente: **El Caballero de la Triste Figura**.

## III

El lugar estaba repleto. Una orquesta heterogénea de **mutantes** y **androides** tocaba las últimas melodías del compositor checo Varimantecj, mientras que un coro de **adolescentes** aturdidos por la papalina entonaba unas insoportables **salmodias**.

Los vestidos de hilo y algodón de Bengala predominaban entre las terrícolas. Las **señoras**, menos elegantes, usaban uniformes ajustados color **sepia**. Pero todas sin excepción embellecían sus cabellos con tocas florales. Claveles, **alsines**, tulipanes, coronas **amarillas** de haya, magnolias, rosas, realzaban la encantadora seducción femenina.

Entretanto los camareros, **autómatas** franceses de la última serie, servían grandes copas de cristal de roca llenas de vino californiano junto con **abrosos** pasteles afrodisíacos y variedad de bocadillos estimulantes.

Dos jóvenes japoneses se **llevaron**, entre risitas y coquetos, un fornido turista italiano a una trastienda oculta por cortinados de terciopelo esmeralda.

Alguien tocó disimuladamente el hombro de Cadmo Forai. El comandante se dio vuelta **enfrentándose** a un gigante

braquicéfalo que ocultaba el rostro tras una máscara de grulla. El extravagante parroquiano asintió moviendo la cabeza dos veces. Era Knut, el marciano, y aquel gestó la señal convenida para indicarle que lo aguardaría junto al **Celeritas** en el cosmódromo Desolación, según lo planeado.

Luego, sin pronunciar palabra, Knut se perdió entre la muchedumbre.

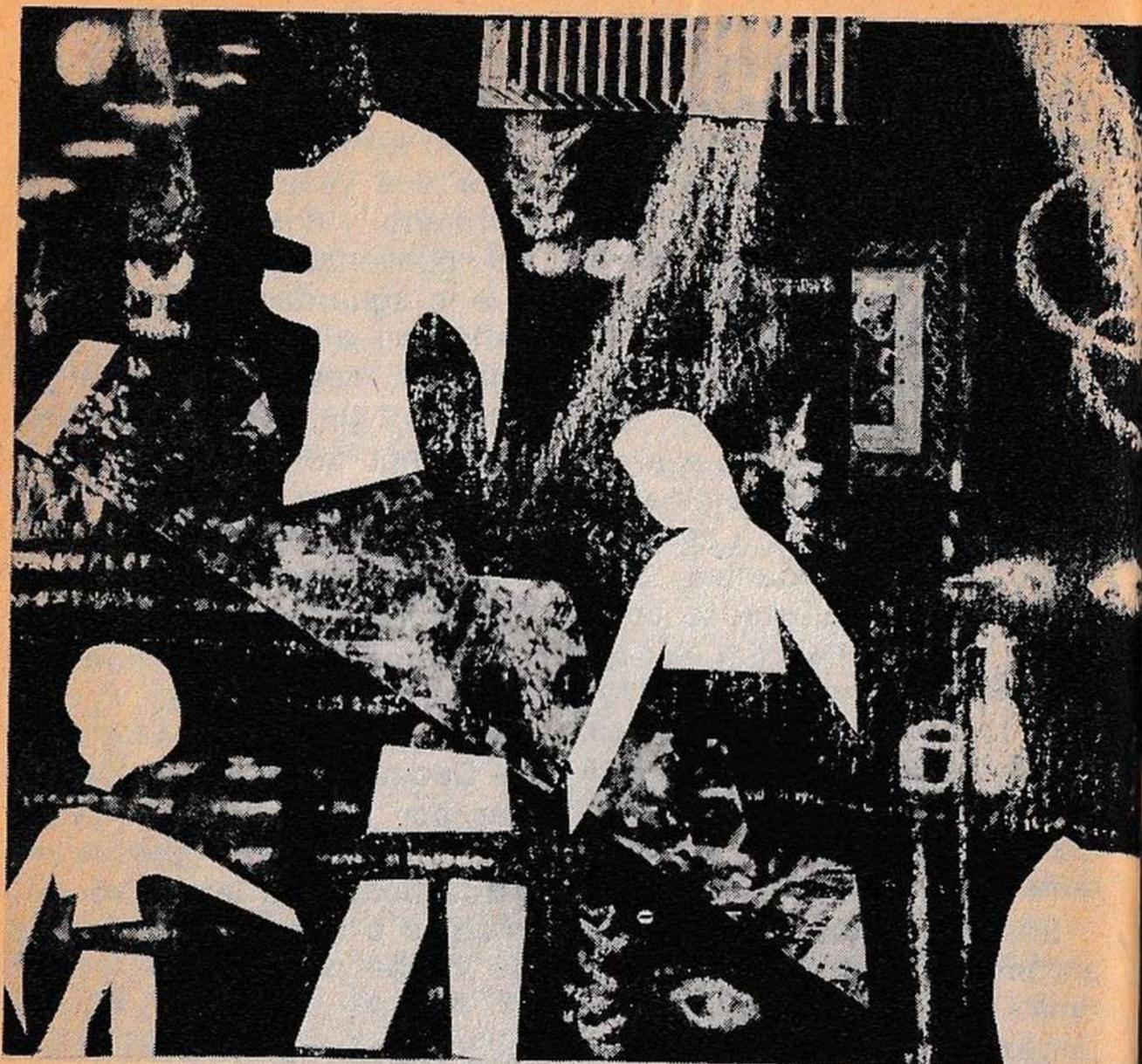
—**Shall we dance?** —una adorable inglesa coronada con una singular tiara de verbena cuyas mejillas arrebatadas lo invitaban a algo más que a bailar, tomó las manos heladas de Cadmo. Este se dejó arrastrar por los erráticos compases de la música observando sarcásticamente las caras **macilentas** o la expresión bovina de los bailarines.

## IV

—**Comandante** —una voz ronca desbarató sus cínicas ensoñaciones. Forai se detuvo con brusquedad y apartó suavemente a la inglesita que, medio sonámbula, fue rescatada por una frenética ronda de danzantes enmascarados.

—**¡Molio!** —exclamó con alegría—. **¿Dónde está tu ama?**

—**Sí-game** —tartamudeó lacónicamente el sirviente.



Se abrieron paso entre aquel enjambre de criaturas supuestamente pensantes. Alguien lo saludó con la mano desde el bar giratorio. Era Annie, la inglesita, que había logrado zafarse de sus ocasionales captores y acababa de acercarse a un grupo de lesbianas demasiado maquilladas.

Molio llegó por fin hasta una mesa rectangular donde ha-

bría una veintena de personas.

—**¡Querido, querido, ven aquí!**

—Forai reconoció aquella voz hesitante, contempló los dos ojos dorados como el trigo, el cutis níveo, el pelo retinto adornado por la infaltable rosa blanca. Sonrió y permaneció clavado al piso.

—**Cad, por todos los dioses, no te quedes ahí como un robot. Ven, siéntate a mi lado**



—Teresa fijó en él sus pupilas entornando felinamente los párpados; característico gesto de ciertas damas que han pasado la treintena.

—**Estos son mis nuevos amigos, Cad, y aquel caballero**

—la mujer señaló con la mirada a un hombrecillo que de pie, en un extremo de la mesa, lo escrutaba con sus penetrantes ojazos bordeados

por negras pestañas— **es el gran prestidigitador Gazel que nos tiene fascinados con su magia.**

—**Señores, les presento al comandante Forai, oficial galáctico y par del reino** —anunció con genuino orgullo María Teresa.

Una decena de jóvenes con el semblante afeminado y varias mujeres de edad indefini-

da, escrutaron con admiración e inocultable lubricia al ilustre recién llegado mientras le hacían la reverencia de rigor.

Teresa lo tomó de las manos todavía frías y le susurró al oído sin mirarlo: —¿Podremos, Cad? —había temor e indecisión en la pregunta.

—Será mañana —contestó él con firmeza.

Entretanto el taumaturgo anunciaba otro espectáculo. De improviso un cubo de treinta centímetros de lado, del cual se desprendía un intenso resplandor violáceo apareció suspendido a escasamente un metro del centro de la mesa.

Dentro del sólido tomaron vertiginosamente forma dos horripilantes figuras mitad serpiente mitad pelícano y comenzaron a cantar una dulcísima melodía en una lengua desconocida.

Parecía en verdad como si aquella mesa hubiese quedado más allá de los ruidos infernales del entorno y viviera su propia secuencia de tiempo.

Cuando los monstruos fosforescentes concluyeron con las melancólicas arias a dúo, uno de ellos se desvaneció y el gemelo se embarcó en un breve recital de versos que terminaba así:

“Vano es que busques,  
nada hallarás;  
estás dormido

y en tu delirio  
sigue soñando  
el viaje a Sirio.  
Después de todo  
quizás intuyas  
que el universo  
no es la Galaxia.  
Sin acertijos y  
sin enigmas.

¿Qué es el futuro sino el pre-  
/sente?

Eres un hombre  
y ése es tu estigma.  
Sólo los dioses pueden volar.  
Ellos no duermen. Viven des-  
/piertos.  
Velan y guardan la Salaman-  
/dra.  
Velan y viven la eternidad.”

La jaula luminosa se desvaneció y con ella el hechizo del mago.

La audiencia rodeó a Gaiel colmándolo de ovaciones y alabanzas.

Cadmo se sintió vagamente amenazado. Aquella fantástica demostración circense más que un malabarismo hipnótico sonaba a críptica advertencia.

## V

Cuando el comandante, María Teresa y Molio dejaron por fin **El Caballero de la Triste Figura**, era ya casi la medianoche. En el aeromóvil partieron raudamente hacia Puerto Encanto, a la cabaña de Forai.

Aquel lugar de descanso enclavado en la espesura del bosque junto al pequeño lago que nace en la ladera meridional del monte Gella, les resultaría ideal para llevar a cabo los últimos preparativos sin despertar sospechas.

Minutos después de sobrevolar las colinas ocultas por montes y protegidas por las majestuosas cadenas de fiordos, la máquina aterrizó automáticamente frente a una sólida construcción de troncos.

La nieve dejaba caer generosamente sus copos, blanco sudario con el cual las Divinidades Nocturnas intentaban cubrir los oníricos desvaríos de la isla.

En la cabaña María Teresa, sentada en el piso de encina, recostó la cabeza contra las piernas de Cad adoptando una actitud de cariñoso recogimiento. El hombre apoltronado en el sillón de piel de zorro estiró la mano, acarició el pelo reluciente y la nariz perfilada de su amante que se estremeció como si hubiese recibido una débil corriente eléctrica.

Cad la rodeó con sus brazos y luego juntos caminaron hacia la recámara. Entre besos enlazaron los muslos; acercaron sus cuerpos. Pechos y labios, correspondencias humanas de fiordos y cadenas montañosas sobre las que el



ocaso había traspasado horas antes la helada superficie de la isla.

## VI

María Teresa despertó al alba. Se arrimó a la ventana. Afuera el viento soplaba con inusitada violencia.

Activó a Molio, cuyos ciento setenta kilos metálicos se pusieron en movimiento. El orangután cibernético le sirvió un pocillo de café malteado que despejó su modorra.

Trató de recordar su sueño y no pudo, pero en cambio la asaltó una idea: —¡La computadora! —exclamó en voz alta—. **Tengo que consultar a la computadora** —repitió esta vez bajando el tono.

La típica ordenadora digital, pequeña, manual, casi una romántica y anticuada máquina de escribir estaba allí, frente a sus narices.

María Teresa oprimió los pulsadores en una programación simple. El tabulador de entrada se encendió con la suma integral de convergencia absoluta:

$$p = \frac{(a + mt + m^3) \cdot \sqrt{-1.300.000}}{2a}$$

El objetivo era averiguar simplemente si llegarían sanos y salvos a Marte.



Transcurrieron algunos segundos y en la pantalla monitora se inscribieron las siglas azuladas **NHIS (No hay información suficiente)**. Venustas no pudo reprimir una injuria indigna de la dama más grosera de su casta.

Con obstinada persistencia femenina desafió esta vez el complejo cerebro de la computadora con la **Progresión de Heine**, una proyección semiótica desechada por los matemáticos pero que a veces, según el saber popular, resulta-

ba más elocuente que la fría programación lógica.

Los botones presionados por sus dedos nerviosos marcaron:

Nosotros (a + mt) + Destino (ox - 180 ?) : Valor Alcance !

Ahora la respuesta no se hizo esperar y en la pantalla surgió la siguiente leyenda:

0000 Cuando + El Destino + Los Alcances !

—¡Malditos sean Júpiter y sus lunas! —exclamó María Teresa presa de la furia al comprobar la inoperancia de

la calculadora. Canceló las programaciones primarias e intentó repetidamente borrar el pronóstico. Inútil. Los cuatro vocablos sin sentido permanecían inalterables.

En fin, aquel duelo de la mujer con la computadora terminó con el triunfo de esta última, y María Teresa al borde de la histeria optó por apagarla.

Volvió al dormitorio, donde Cad dormía profundamente, se echó a su lado, cerró los ojos y cayó en un pesado sopor.

## VII

Se despertaron pasado el mediodía. Molio les sirvió infusiones de mescalina, quesillo de cabra y tostadas. Ansiaban respirar el aire puro del bosque. El robot quedó de centinela en la cabaña y ellos caminaron tomados de la mano, como dos adolescentes enamorados, entre los espinosos calafates y las chauras. Las hayas de hojas amarillentas daban a la selva una lúgubre apariencia sólo redimida por las matas de verónica y las fucsias.

La atmósfera diáfana esparcía generosamente el fuerte perfume de las flores silvestres. Entre las siemprevivas se ocultaban racimos rojos de hepáticas que temían ofender con su perpetua lozanía el umbrío suelo de turba.

Por meandros estrechos tapizados de hojas llegaron a la orilla del lago donde un cortejo de patos celtas, kaikenes, nutrias y pingüinos reales huyó despavorido ante los temibles intrusos.

Al encanto telúrico, que en aquellos instantes los enredaba en una hechicera telaraña invisible, se sumaban los débiles rayos del Sol. La Tierra quería así despedirse de sus dos hijos hasta nunca, quizás.

Regresaron tarde y antes de entrar a la cabaña Cadmo cor-

tó una rosa blanca del rosal aclimatado, junto al amplio ventanal del living. Ella sonrió y sus ojos dorados se fundieron en los grises de Cad.

## VIII

Era noche cerrada cuando los tres descendieron del aeromóvil, tras una pequeña colina que separaba el extremo final de la extensa pista.

El comandante extrajo de la guantera un **vril** y escondió el arma tubular en la manga de su uniforme mientras que con la mano sostenía el disparador. La llevaba como medida precautoria aunque nada había que temer. Estaban, en efecto, en la zona más pobremente iluminada y sólo les bastaría recorrer menos de treinta metros para llegar a un viejo túnel en desuso cuya salida daba a un costado de la rampa donde Knut los aguardaba con el **Celeritas**.

Sin embargo, a escasos diez metros de la boca de la antigua galería sucedió algo inesperado. Cuatro siluetas silenciosas emergieron de los últimos escalones de aquel corredor subterráneo. Una de ellas ostentaba en los hombros las insignias de capitán e iba seguido por tres soldados armados con **ecualizadores** de largo alcance.

El oficial portaba una linterna cuyo desmesurado haz luminoso recayó, por una desgraciada casualidad, sobre el trío que avanzaba sigilosamente frente a él y sus soldados.

A partir de entonces todo comenzó a desarrollarse con rapidez. Cad rodeó a María Teresa por la cintura y la atrajo hacia sí encandilado en tanto que su otro brazo reaccionaba defensivamente y se levantaba apuntando hacia arriba.

El más joven de los soldados, tan sorprendido como los demás, vio el **vril** que esgrimía aquel hombre, dio un salto hacia adelante y presa del pánico disparó sin saber bien adónde.

La andanada dio de lleno en el pectoral de Molio, que estalló estrepitosamente. Ciento setenta kilos de acero convertidos en una granada colosal se desintegraron esparciendo, con gran violencia, decenas de esquirlas y fragmentos ardientes.

Algunos trozos se incrustaron en el rostro del inexperto verdugo, cuyo cuerpo voló literalmente por los aires y cayó exánime a un costado del túnel.

Una densa humareda cubría el sitio de la explosión.

Las sirenas comenzaron a ulular mientras que decenas

de hombres fuertemente pertrechados corrían desde las atalayas próximas al lugar del incidente.

El capitán y los dos subordinados, que habían atinado a echarse al suelo protegiendo así sus vidas, se incorporaron lentamente.

En la pista calcinada, entre restos metálicos humeantes y un indescriptible charco de sangre, yacía el cuerpo de Cad horriblemente mutilado. A su lado, los despojos sanguinolentos e irreconocibles de María Teresa.

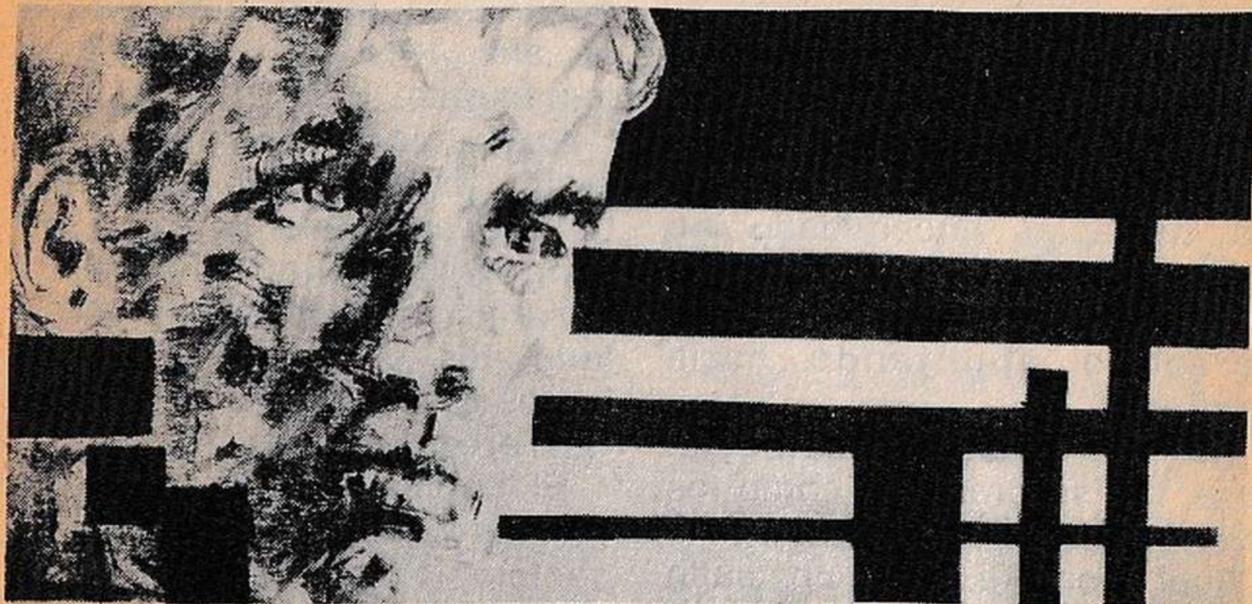
El capitán apretó las mandíbulas y presa de las náuseas contempló aquella estúpida carnicería, tratando de explicarse lo ocurrido aunque sumamente, como la de un amnésico, no lograba recordar.

—**Señor** —la voz entrecortada de un teniente lo hizo estremecer—, **venga aquí, por favor.**

Echó a andar como un sonámbulo detrás del teniente hasta la columna de la última atalaya sobre cuya base de pórfido descansaba una cabeza de mujer. Los labios entreabiertos conservaban una expresión voluptuosa. La oscura cabellera retenía aún la rosa blanca salpicada con el púrpuro rocío de la sangre. Dos soberbias pupilas ámbar escudriñaban el espacio buscando el rojo planeta Marte.

LOS INMORTALES DE LA LITERATURA FANTASTICA

# LA HABITACION ENCANTADA



por WILLIAM HOPE HODGSON

Carnacki levantó un puño amistoso en mi dirección cuando llegué un poco retrasado. Abrió la puerta que daba al comedor e hizo que entráramos los cuatro: Jessop, Arkright, Taylor y yo para comer.

Comimos bien como de costumbre y, como de costumbre también, Carnacki no estuvo muy locuaz. Después nos instalamos en nuestros sitios de siempre para beber y fumar. Carnacki se sentó en su amplio sillón, y comenzó a hablar sin preámbulos:

Acabo de llegar de Irlanda —dijo— y he creído que tanto

a unos como a otros les interesaría escuchar las últimas noticias. Por otra parte, considero que todo estará más claro en mi cabeza cuando les haya contado la historia. Sin embargo, es preciso que sepan que desde el principio he estado desconcertado y que continúo estándolo. He tropezado con uno de los casos de fantasmas, o de brujería, como jamás hubiese pensado tropezar; he pasado algunas semanas en el castillo de la trae, a cuarenta kilómetros aproximadamente al nordeste de Galway. Un mes antes había recibido una carta de un

tal mister Sid K. Tassoc, quien al parecer había comprado recientemente esta propiedad, se había instalado allí y había descubierto que su dominio era un poco especial.

“Cuando yo llegué, vino a buscarme a la estación y me condujo al castillo. Me di cuenta que él «acampaba» allí con su hermano y otro americano, mitad criado, mitad señor de compañía. Todos los domésticos habían abandonado la casa al mismo tiempo, y ellos se ocupaban de su arreglo ayudados únicamente por una asistenta.

“Se contentaban con una alimentación mínima y Tassoc me contó sus preocupaciones durante el tiempo que permanecimos sentados a la mesa.”

Se trataba de la historia más extraordinaria que jamás hubiera escuchado y en la cual me hubiese visto nunca mezclado.

Tassoc comenzó su relato por la mitad:

—Tenemos una habitación en este castillo —dijo—, de donde sale un silbido infernal, como si estuviera embrujada. Eso empieza, no importa cuándo, sin que se sepa jamás por qué motivo, y continúa hasta que uno está muerto de miedo. No es un silbido corriente ni tampoco es el viento. Espere a escucharlo y ya verá.

—Todos nosotros llevamos pistolas —dijo el hermano más joven, palpándose el bolsillo.

—¿Tan seria es la cosa? —pregunté.

El hermano mayor asintió.

—Tal vez piense usted que soy un pusilánime —expliqué—; pero espere a escucharlo. Algunas veces me imagino que es algo infernal, y, un instante después, estoy casi seguro es alguien que nos está jugando una broma pesada.

—¿Qué podría ganar con ello?

—¿Quiere usted decir que la gente tiene, por lo general, una buena razón para gastarle a uno una broma pesada como ésta, verdad? —continué—; pues bien, voy a explicárselo. Hay una dama en esta región que se llama miss Donehue y que dentro de dos meses va a convertirse en mi esposa. Es más hermosa de lo que a nadie se le permite ser, y, por lo que he podido darme cuenta, me imagino que he ido a meter la mano en una colmena de abejas irlandesas. Hay a su alrededor un grupo de jóvenes irlandeses que la cortejan desde hace dos años y, ahora que yo les he cortado la hierba bajo sus pies, están furiosos contra mí. ¿Empieza usted a darse cuenta de lo que puede pasar?

—Sí —respondí—. Quizás, aunque de una forma bastante



vaga. Lo que yo no comprendo es qué efecto puede tener esto sobre la habitación.

—Cuando decidí casarme con *miss Donehue*, busqué una casa y compré ésta, tras lo cual, una noche, durante la cena le dije que tenía la intención de fijar mi residencia aquí. Ella me preguntó si no tenía miedo a la habitación que silba. Le respondí que eso debía ser una invención gratuita, porque jamás había oído hablar de ello. Algunos de sus amigos se hallaban presentes y vi aparecer en sus labios una sonrisa. Descubrí que varias personas habían comprado esta casa en el transcurso de los últimos veinticinco años y que, tras un período de ensayo, ha-

bía vuelto a ponerse en venta. Los muchachos empezaron a pincharme y a apostar conmigo que yo no permanecería más de seis meses en este castillo. Yo observaba a *miss Donehue*, pero me di cuenta que, para ella, no se trataba de una broma. Creo que había un poco de ironía en la manera con que los hombres me atacaban, pero ella creía realmente en esa historia de la habitación que silba... Después de la cena, me enfrenté con mis rivales y acepté sus apuestas. Algunos de ellos serán adversarios rencorosos si yo gano, lo cual es mi intención. Ahora ya conoce usted la historia...

... ..

—Pero no completamente —le dije—. Todo lo que yo sé es que usted ha comprado un castillo en el que hay una habitación “extraña” y que usted ha aceptado algunas apuestas. Sé también que sus criados han tenido miedo y se han marchado. Deme usted más detalles de ese silbido.

—¡Oh, eso! —exclamó *Tasoc*—. Pues bien, empezó la segunda noche de nuestra llegada. Durante el día yo había examinado con todo cuidado la habitación, como usted comprenderá, porque la conversación que habíamos tenido en *Arlestrae*... la mansión de *miss Donehue*... me había preocupado un poco. Pero la habitación no me pareció más “extraña” que las otras situadas en la parte antigua del castillo. Tal vez parecía un poco más abandonada, pero se explicaba por la conversación que habíamos sostenido...

... ..

—El silbido empezó hacia las veintidós horas de la segunda noche; Tom y yo nos hallábamos en la biblioteca cuando oímos el silbido extraño que sonaba a lo largo del corredor de la parte Este. La habitación se encuentra en el ala Este, como usted ya sabe.

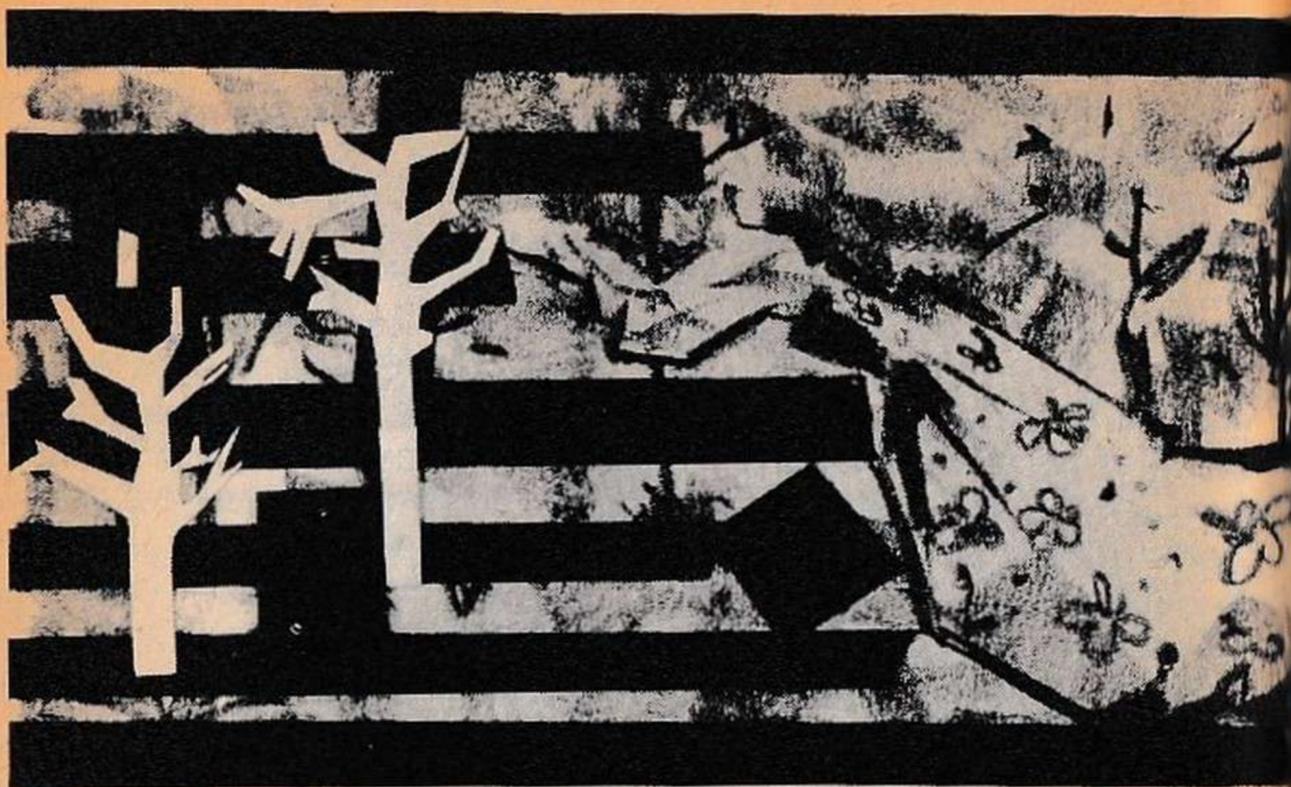
—Es el condenado fantasma —dije a Tom.

—Y tomamos las lámparas que estaban sobre las mesas y subimos para ver lo que pasaba. Créame usted: cuando recorría el corredor, sentí un nudo en la garganta. Aquel ruido se asemejaba, quizá, a una canción: pero más todavía a risas demoníacas, como si seres invisibles se burlaran de nosotros y fuesen a arrojársenos encima. Esa fue, al menos, la sensación que yo experimenté.

”Cuando llegamos delante de la puerta, la abrimos sin dilación y entonces, se lo confieso, el ruido me abofeteó el rostro. A Tom le ocurrió lo mismo, mostrándose estupefacto y aturdido. Examinamos toda la habitación y nuestro nerviosismo era tal que nos batimos en retirada, cerrándola con cerrojo a nuestra espalda.

”Bajamos de nuevo aquí y nos bebimos un buen trago de alcohol. Nos reconfortamos un poco y empezamos a considerar que nos habían tomado el pelo. Así, pues, tomamos unos bastones y organizamos una recorrida por los alrededores, convencidos de que se trataba de esos irlandeses que estaban jugando a los fantasmas a nuestras expensas. Pero todo estaba en calma.

”Regresamos a la casa con el propósito de inspeccionar la habitación por segunda vez.



Pero no pudimos llevarlo a cabo. Salimos huyendo de la habitación, echando la llave a la puerta detrás de nosotros. No sé cómo explicar este pánico. Tenía la sensación de estar haciendo frente a algo extremadamente peligroso. Y desde aquel instante no nos hemos desprendido de nuestras pistolas.

"Por supuesto, a la mañana siguiente no sólo registramos la habitación concienzudamente sino también el resto de la casa y el parque que la rodea. No encontramos nada extraño. Y ahora, ya no sé qué pensar. La razón me dice que se trata de una farsa montada por estos irlandeses para hacerme perder la cabeza..."

.....

—A partir de entonces, ¿ha hecho algo más? —pregunté.

—Sí —me contestó—. Por la noche hacemos guardia delante de la puerta de la habitación, sondeamos las paredes y el suelo de la misma. Hemos hecho todo lo que se nos ha ocurrido y eso empieza a desquiciarnos los nervios. Tal es la razón de haberlo hecho venir, ya que es usted un especialista en casas embrujadas.

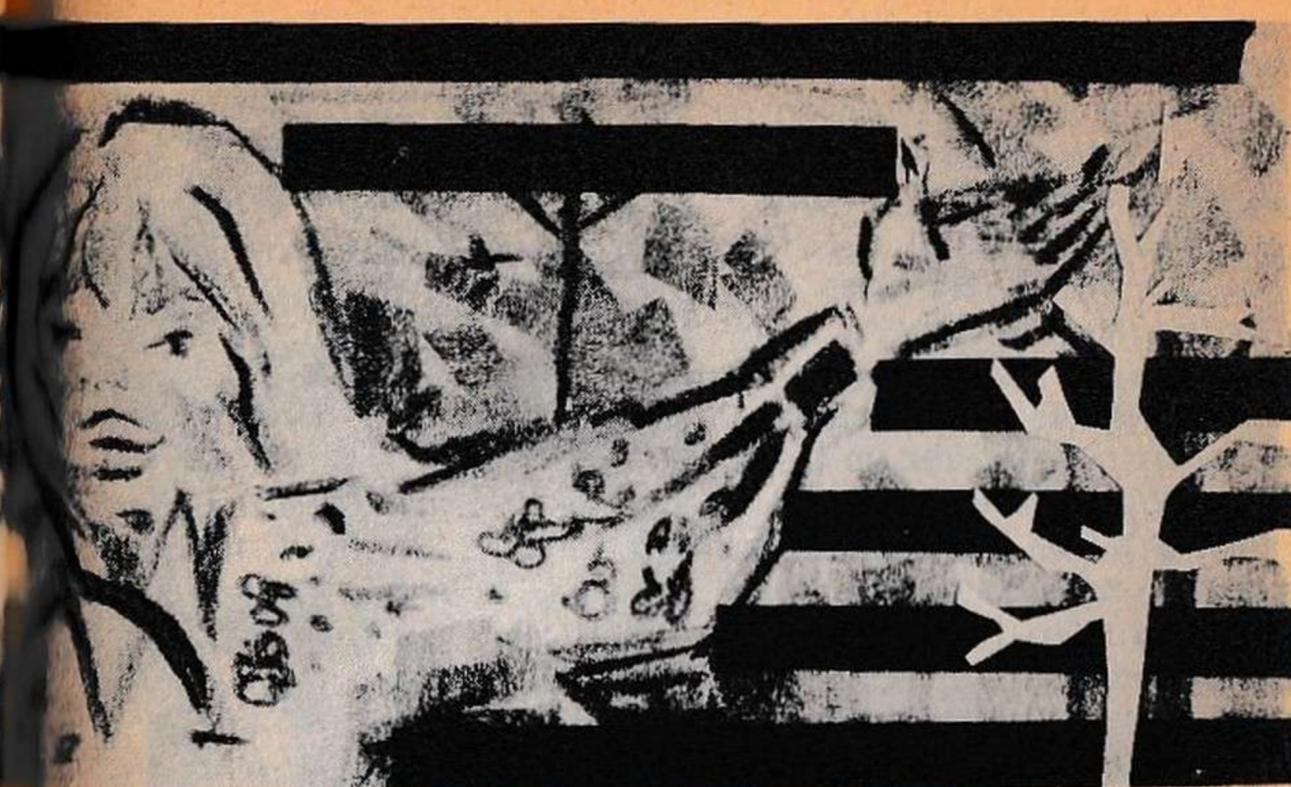
Habíamos terminado de cenar.

Cuando nos levantamos de la mesa, Tassoc exclamó:

—¡Silencio!... ¡Escuche!...

Nos callamos inmediatamente y nos pusimos a escuchar.

Oí un silbido extraordinario, monstruoso, inhumano, que venía de muy lejos, atravesando



do los corredores situados a mi derecha.

—¡Dios mío! —exclamó Tassoc—. ¡Y apenas ha anochecido! Tomen las velas y síganme los dos.

En breves instantes estuvimos fuera de la habitación, subiendo la escalera de cuatro en cuatro peldaños. Tassoc enfiló el largo corredor y nosotros lo seguimos, protegiendo con la mano la llama de nuestras velas.

El ruido parecía llenar todo el corredor.

A medida que nos acercábamos, experimentaba la sensación de que todo el ambiente sollozaba bajo el poder de alguna fuerza inmensa y loca... como si hubiésemos penetrado en un mundo putrefacto y monstruoso.

Tassoc abrió la puerta, empujándola con el pie, dio un salto atrás y sacó la pistola.

El ruido... un ruido imposible de describir a los que no lo han oído, nos abofeteó. Se trataba de un sonido medio humano, medio animal. En la oscuridad podía imaginarse que la habitación se conmovía, crujía, lanzando con malfética alegría un grito brutal destinado a nosotros en particular. Hubiera dicho que alguien había alzado la tapa de una marmita inmensa en estado de ebullición y exclamando: "¡Esto es el infierno!" Di un paso al interior de la habitación, alcé la vela por encima de mi cabeza para inspeccionar todos los alrededores... Tassoc y su hermano se unieron a mí. El americano avanzó

detrás de nosotros. Yo estaba ensordecido por el penetrante silbido. De pronto, me pareció que me decían junto al oído:

—¡Salga de aquí!... ¡De prisa! ¡De prisa! ¡De prisa!...

Como ustedes saben, amigos míos, yo siempre hago caso de estas advertencias. Algunas veces, tal vez se trate solamente de una reacción nerviosa; pero, como ustedes recuerdan con toda seguridad, eso me ha salvado en innumerales casos.

Así pues, me volví hacia los otros y dije:

—¡Fuera de aquí!... ¡Por el amor de Dios, fuera de aquí, de prisa!

En un segundo los tuve reunidos en el corredor.

Un espantoso aullido se mezcló al odioso silbido. Luego el silencio cayó sobre nosotros como el estallido de un trueno. Cerré la puerta de golpe y eché llave. Inmediatamente, me volví hacia mis compañeros.

Estaban pálidos y, sin duda, yo no estaba de mejor color.

Por unos segundos permanecimos allí, en silencio.

—Bajemos para tomar un whisky —dijo Tassoc, al fin, con una voz que se esforzaba para que pareciera normal.

Nos mostró el camino.

Yo iba en último lugar y sabía que no podíamos evitar el



mirar por encima de nuestros hombros.

Cuando llegamos abajo, Tassoc pasó la botella a todos nosotros.

El se bebió un vaso de un solo trago, dejándolo después bruscamente sobre la mesa.

A continuación se dejó caer pesadamente en un sillón.

—Es agradable tener en la casa un refuerzo como el suyo, ¿verdad? —dijo inmediatamente después—. ¿Por qué nos hizo salir tan de prisa de la habitación, Carnacki?

—Tuve la sensación de que algo me decía que saliera *rápido* —respondí—. Suena un poco ridículo..., a superstición, ya lo sé; pero cuando se está metido en esta clase de asuntos es preciso estar atento a los avisos, por muy absurdos que parezcan.

Entonces les conté lo que me había sucedido en el Caso del Perro Gris y me dio la razón.

Continuamos hablando durante un largo rato y, luego, Tassoc propuso una partida de billar, que aceptamos sin gran entusiasmo, y mientras jugábamos no dejábamos de prestar atención, creyendo siempre que oíamos ruidos.

Pero no volvimos a oír más. Tras haber tomado el café, nuestro anfitrión sugirió que nos fuéramos a la cama tem-

prano. A la mañana siguiente inspeccionaríamos de nuevo la habitación con todo detalle.

Mi habitación se hallaba en la parte más nueva del castillo y la puerta daba a la galería de retratos. El extremo Este de la galería se abría sobre el corredor que conducía hacia la otra sala. Dos antiguas puertas de roble macizo se cerraban sobre las otras más modernas que separaban la galería del corredor.

Cuando yo alcancé mi dormitorio, no me metí en la cama, sino que desempaqué mis instrumentos de trabajo.

Tenía la intención de comenzar inmediatamente las investigaciones preliminares sobre el extraordinario silbido.

Cuando el castillo hubo quedado en completo silencio, me deslicé fuera de mi habitación y crucé la entrada del gran corredor. Abrí una de las puertas bajas y proyecté ante mí la luz de la linterna eléctrica.

El corredor estaba vacío y franqueé el umbral, cerrando la puerta de roble a mi espalda. Luego, me introduje en el largo corredor, iluminándolo por delante y por detrás de mí, con la mano colocada sobre mi revólver.

Había puesto alrededor de mi cuello un "collar protector" de ajo y el olor que desprendía invadía toda la casa a mi

paso, lo cual me procuraba alguna seguridad.

Porque, como todos ustedes saben, es una maravillosa "protección" contra los incubos y los súcubos, los cuales, a mi criterio, podían ser los responsables de este silbido, aunque, en aquel momento de mi investigación casi creía que se trataba de una causa completamente natural.

En efecto, es sorprendente comprobar el gran número de casos extraños que, en definitiva, no tienen nada de sobrenatural.

Además del collar, había metido dos ajos en mis orejas y, como no tenía la intención de permanecer en la habitación más que algunos minutos, esperaba no correr peligro alguno.

Cuando llegué a la puerta y hundí mi mano en el bolsillo para sacar la llave, me sentí presa repentinamente de un pánico enorme. Sin embargo, ¡no iba a retroceder!

Di la vuelta a la llave, giré el picaporte, empujé la puerta con el pie como hiciera Tassoc y saqué el revólver, aunque, en verdad, no pensaba tener que servirme de él.

Iluminé toda la habitación con la luz de la linterna y penetré en ella con la horrible sensación de afrontar un peligro que me acechaba.

Permanecí algunos segundos inmóvil, esperando.

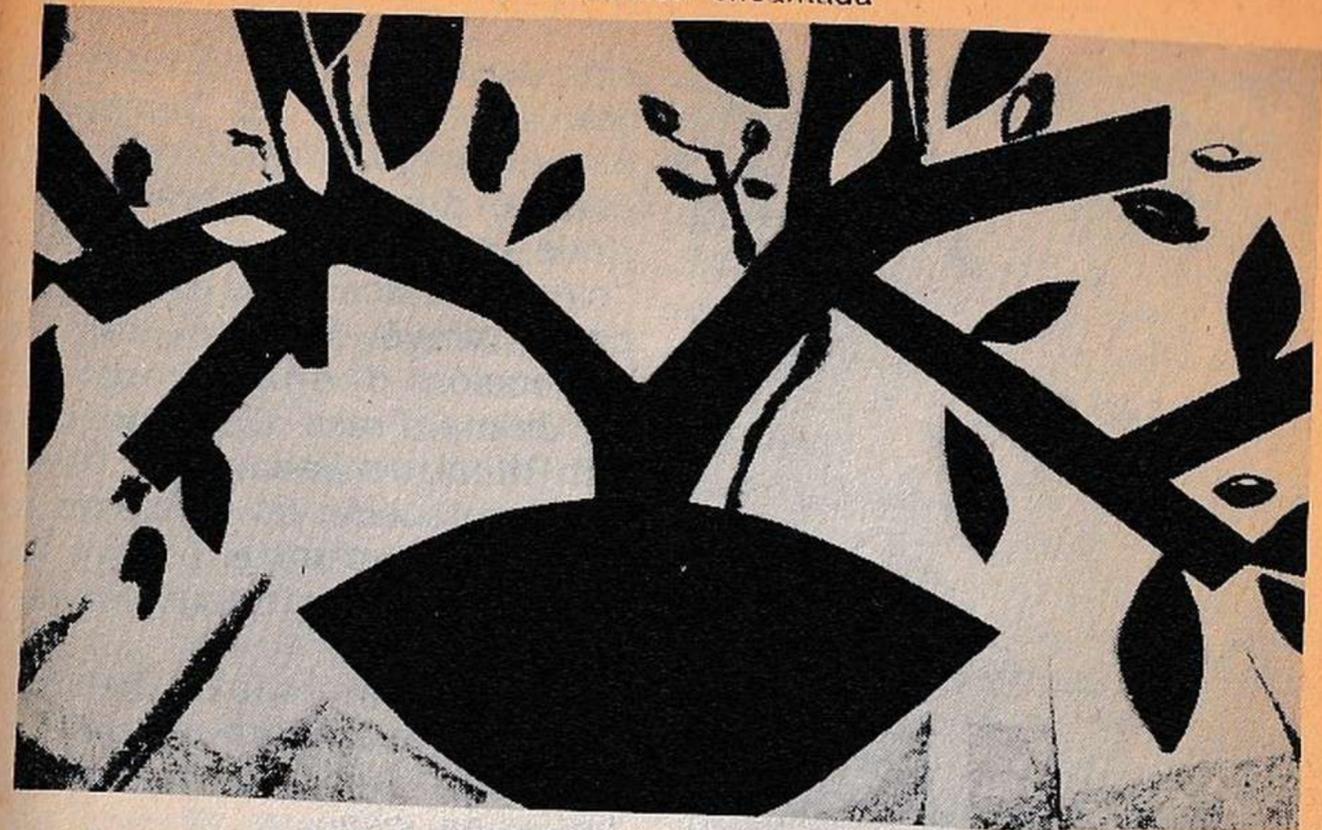
Nada sucedió, y la habitación permaneció vacía.

Pero yo presentía que el cuarto estaba lleno de un silencio premeditado, tan espantoso como los ruidos de lo que yo llamaba la "Cosa"... ¿Recuerdan lo que conté respecto al *Caso del jardín silencioso*?... Pues bien, aquella habitación tenía el mismo silencio *maléfico*... La espantosa tranquilidad de una Cosa que observa, sin que se pueda verla y sabe de su poder.

Reconocí la Cosa inmediatamente y barrí la habitación con el haz luminoso de mi linterna.

No perdí un minuto. Sellé las dos ventanas con cabellos humanos y, mientras me afanaba en mi trabajo, el ambiente que me rodeaba se cargaba de electricidad y el silencio tomó una densidad insostenible. Me di cuenta que no podía hacer nada en esa habitación sin "la protección completa", porque yo estaba seguro que no se trataba de una simple materialización de un cuerpo astral, sino de una influencia mucho más perniciosa: la del aura satánica, como la del *Caso del Hombre que gruñía*... ¿Lo recuerdan?

Una vez obturada la ventana, corrí hacia la chimenea. Era enorme y estaba sostenida



por hierros en forma de horca. Sellé la abertura con siete cabellos, el séptimo cruzando los otros seis.

... ..  
 Cuando ya había casi terminado, un silbido bajo y burlón se elevó en la habitación. Un estremecimiento me recorrió la columna vertebral de arriba abajo. El indescriptible ruido llenó por completo la habitación, horrorosa parodia de silbido humano, demasiado enorme para provenir de la garganta de un hombre a menos que fuese emitido por la de un gigantesco Gargantúa.

Apliqué el último sello, convencido de que había caído sobre uno de esos raros y terribles en que los *Inanimados* conservan los poderes de los *Animados*.

Tanteando, recuperé la linterna, alcancé rápidamente la puerta, mirando por encima del hombro y poniendo todos mis sentidos en estado de alerta para percibir la Cosa.

Fue en el momento en que ponía la mano sobre el picaporte cuando el grito estalló, furibundo y terrible, dominando el silbido apenas modulado. Me precipité fuera de la habitación, cerrando la puerta de golpe y echándole llave.

Me apoyé, jadeando, contra la pared del corredor: ese grito era inadmisibile... "Las sagradas no podrán protegerte si el Monstruo tiene poder para hablar por la madera y por la piedra". Así dice el pasaje de Sigsand, y yo lo comprobé en el *Caso de la Puerta que golpea*. No existe protec-



ción posible contra la informe manifestación del Demonio. Sin embargo, puede aprovecharse, durante un breve período de tiempo, el que dura "cinco latidos del corazón", como prevé Sigsand, de la protección divina invocando la Última Frase Desconocida del Ritual de Saaamaaa. Pero esta protección no es siempre eficaz, y el horror al peligro lo pone a uno en trance de paralizarse.

En el interior de la habitación se eleva ahora un silbido meditativo e incesante. A continuación cesó, y el silencio fue aún más intolerable, porque de él se desprendía una intención perversa.

Tras un instante, sellé también la puerta con cabellos entrecruzados, recorrí el interminable corredor y me metí en la cama.

.....  
Permanecí un gran rato desvelado, pero terminé por dormirme. Sin embargo, hacia las dos de la madrugada me despertó el silbido, que llegaba hasta mí a través de las puertas cerradas.

El sonido era tremendo y parecía que la casa entera vibraba al ritmo del terror como si todos los demonios hubiesen organizado un aquelarre al fondo del corredor.

Me levanté y me senté al borde de la cama, preguntán-

dome si debía ir a comprobar los sellos colocados en la puerta de la habitación. En ese momento golpearon la puerta de mi dormitorio y entró Tassoc, que se había puesto una bata sobre el pijama.

—Me imaginé que estaría despierto; por eso he venido a charlar un rato con usted —dijo—. Yo no puedo dormir. Estupendo. ¿Verdad?

—Extraordinario —asentí. Le alargué mis cigarrillos.

Encendió uno. Hablamos durante más de una hora, y ni un solo minuto dejó de oírse aquel ruido que provenía del largo corredor.

De pronto, Tassoc se puso de pie.

—Tomemos las pistolas y vayamos a examinar a la fiera —dijo, dirigiéndose a la puerta.

—No, por amor de Dios... ¡No! Aún no puedo decir nada definitivo, pero tengo la impresión de que esa habitación está...

—...encantada... ¿Encantada de verdad? —preguntó en su ironía acostumbrada.

Yo no podía decirle nada afirmativo ni negativo, sino que esperaba tener, próximamente, una opinión definitiva del asunto. Le di una breve conferencia sobre la Falsa Re-materialización de la Fuerza Animada por la Inercia-Inanimada. El empezó entonces a

comprender el peligro que suponía hacer frente a esa Materialización de las Fuerzas del Mal.

Aproximadamente una hora más tarde el silbido cesó de repente y Tassoc se volvió a su cama. Yo regresé a la mía y dormité un poco.

A la mañana siguiente me dirigí a la habitación. Encontré intactos los sellos de la puerta. Entré. Los sellos de las ventanas y los cabellos estaban perfectamente bien, salvo el séptimo, el de la chimenea, que estaba roto. Esto me hizo pensar: el cabello hubiera podido romperse porque yo lo había puesto muy tirante, pero también otra cosa habría podido romperlo. Sin embargo, era improbable que un hombre hubiera podido introducirse en la habitación sin romper todos los cabellos que nadie podía ver.

Quitó los otros cabellos y los sellos. Luego me metí en la chimenea, que subía toda derecha, y percibí en lo alto el azul del cielo. No había ni rincones, ni recovecos, que hubieran podido servir de escondrijos. Pero yo no me fié de un examen tan superficial y, una vez que terminé el desayuno, me puse mi indumentaria de trabajo y trepé hasta el tejado. Exploré la pared, pero no encontré nada.

Volví a bajar y registré la habitación: el suelo, el techo y las paredes. Con un martillo y un punzón sondeé la superficie del cuarto en toda su extensión.

Todo era normal.

Durante tres semanas registré todo el castillo concienzudamente sin encontrar nada. Llegué más lejos todavía: una noche, cuando oí el silbido, empalmé el micrófono. Si el silbido era producido por medio de un mecanismo, yo hubiera descubierto obligatoriamente el funcionamiento de la máquina. Como reconoceremos, se trata de un medio de examen moderno.

Desde luego, yo no creía que un rival de Tassoc hubiese instalado un artefacto mecánico pero sí era posible otra solución: que se hubiera disimulado, años antes, un silbido destinado a hacer huir a los curiosos, convenciéndolos de que la habitación estaba encantada. Si tal era el caso, cualquiera que conociese el secreto hubiera podido utilizarlo para gastar una broma demoníaca a Tassoc.

El ensayo microfónico de las paredes me hubiera puesto en conocimiento de ello; al no dar resultado, ya no me quedaba ninguna duda: la habitación estaba "encantada".

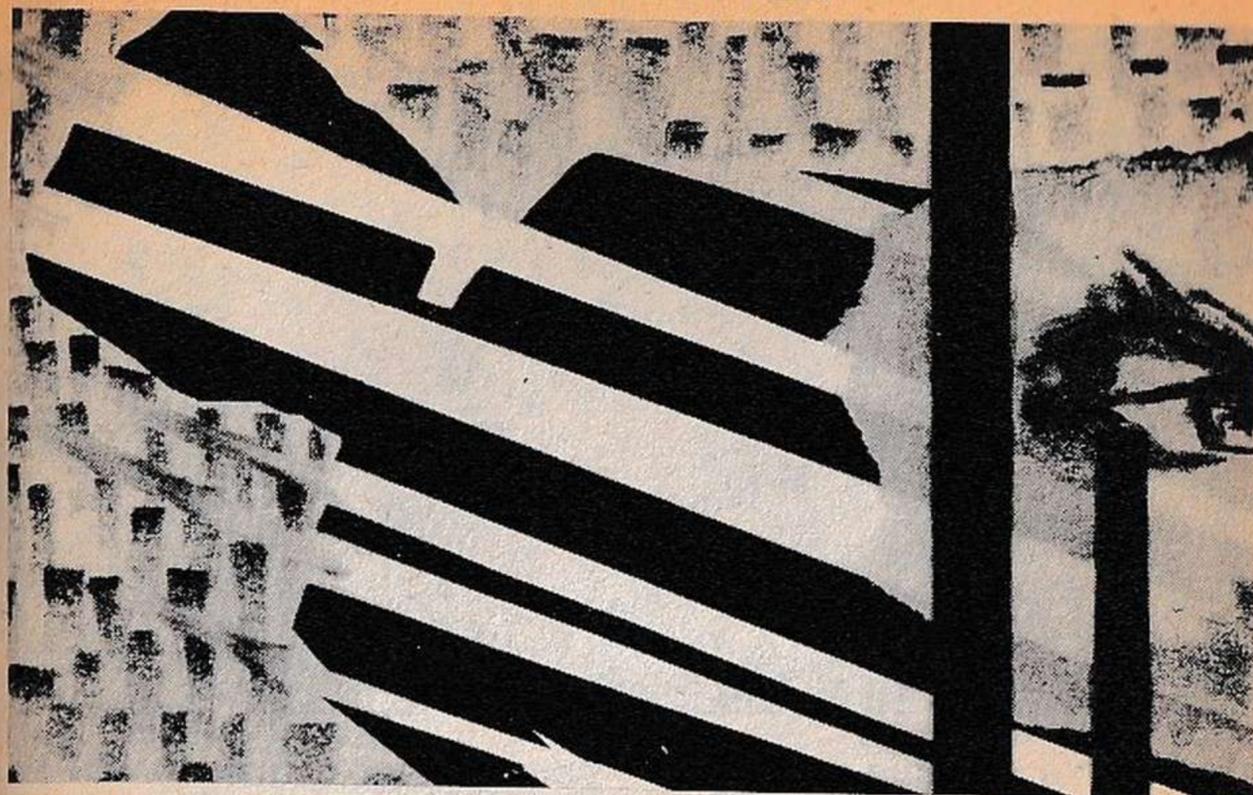
Todas las noches y, a veces, la mayor parte de la no-

che, el silbido se dejaba oír de forma intolerable por todo el castillo. ¿Estaba rabioso el Espíritu del Mal por mis pesquisas?

De cuando en cuando subía descalzo para no hacer ruido, apoyándome en la punta de los pies, hasta la habitación que silbaba. Cuando llegaba allí, el silbido se transformaba en un sonido burlón, como si la cosa me viese a través de la puerta cerrada. Y yo permanecía largas horas inmóvil, escuchando, con la intención de desbaratar el aquelarre.

Y todas las mañanas entraba en la habitación para examinar los sellos y los cabellos. Al cabo de la primera semana, había tendido cabellos a todo lo largo de las paredes y el techo. Por el contrario, sobre el suelo, que era de piedra pulimentada, había colocado pequeñas obleas incoloras, con la parte adhesiva vuelta hacia el techo. Cada oblea estaba numerada y dispuesta según un plan bien definido, el cual debía permitirme seguir las idas y venidas de un Ser Vivo.

Como comprenderán, era imposible que alguien penetrase en la habitación sin dejar sus huellas en ella. Pero nada se alteró jamás y empecé a sospechar que me vería obli-



gado a pasar la noche en la habitación dentro de la Estrella de cinco puntas magnética. Eso sería una locura, pero ya estaba tan harto que me hallaba decidido a intentar lo que fuese.

Un día, hacia medianoche, rompí los sellos de la puerta para echar una rápida ojeada a la habitación. Me acogió un estruendo enloquecedor. Las paredes parecían hincharse como para aplastarme. Eso debía de ser un efecto de mi imaginación, pero el estruendo fue suficiente para ponerme en fuga. Mis piernas parecían de algodón.

Había llegado a ese estado en que se está dispuesto a hacer lo que sea cuando hice un descubrimiento que me pareció importante.

Era poco más de la una de la madrugada y hacía mi ronda al castillo lentamente, pisando sobre la blanda hierba. Había llegado bajo la fachada este. Por encima de mi cabeza oía el silbido espantoso de la habitación, situada en la parte más alta, entre las tinieblas. Y de repente, a algunos pasos de mí, un hombre habló en voz baja. Su alegría era evidente.

—Caramba, ¡amigos míos! Yo no me atrevería a traer a mi esposa a una casa como ésta —se oyó una exclamación, seguida de pasos que huían en todas direcciones. No cabía duda que se habían dado cuenta de mi presencia.

Durante algunos segundos permanecí allí, sintiéndome en completo ridículo. Después de todo *eran ellos* los que habían inventado esta historia de fan-



tasmas. Yo no tenía dudas que esos muchachos eran los rivales de Tassoc.

Inmediatamente se me presentaron a la vista una serie de detalles que me hicieron dudar de nuevo. De todas formas, se tratase de algo natural o sobrenatural, quedaban numerosos puntos que aclarar.

A la mañana siguiente conté a Tassoc lo que había descubierto, y, durante las cinco noches siguientes, vigilamos de cerca la fachada este. Pero nadie rondó por sus alrededores, y durante todo este tiempo el terrible silbido, inexorable, atravesaba las tinieblas por encima de nuestras cabezas.

A la mañana del quinto día recibí un telegrama que me obligó a regresar a mi casa inmediatamente. Expliqué a Tassoc que me veía forzado a ausentarme por algunos días, re-

comendándole que continuara la guardia alrededor del castillo. Por prudencia le hice jurar que no penetraría jamás en la habitación que silbaba entre las horas comprendidas por la puesta y la salida del sol. En definitiva no sabíamos nada, ni en un sentido ni en el otro. Añadí que si la habitación era lo que yo había creído al principio, preferiría que muriese antes que entrase en ella después de anochecer.

Una vez terminados mis asuntos aquí, pensé, amigos míos, que les interesaría conocer esta historia. Por otra parte, necesitaba poner un poco en orden mis ideas. Esa ha sido la causa para llamarlos. Regreso allá mañana, y cuando vuelva, creo que tendré cosas muy emocionantes para narrarles. A propósito, se me ha olvidado contarles un cu-

rioso detalle. Intenté grabar en disco el silbido, pero el ruido no quedó grabado en la cera.

Otro detalle curioso: el micrófono no amplifica ni retransmite el sonido. El micrófono no es sensible a ese silbido. Bien, ahora les pregunto a ustedes si alguno es capaz de darme un poco de luz. Yo por mi parte no sé nada... Todavía no.

Se puso de pie.

—Buenas noches a todos —dijo, y nos empujó hacia la puerta.

oOo

Quince días más tarde nos envió una tarjeta dándonos cita, y esta vez no llegué tarde.

Carnacki nos condujo directamente al comedor, y, cuando terminamos la cena, continuó el relato donde lo había interrumpido:

Era hora bastante avanzada en la noche cuando regresé a lastrae y tuve que ir a pie al castillo porque no había avisado a nadie mi regreso.

La luna brillaba, alta y clara, en el cielo. El paseo fue más bien agradable.

Cuando llegué al castillo todo estaba sumido en las tinieblas y se me ocurrió la idea de hacer una ronda por las afueras de la propiedad para ver si Tassoc o su hermano montaban la guardia. Pero no los encontré por ninguna parte, y llegué a la conclusión de que se habrían acostado, cansados de vigilar.

Cuando volvía a cruzar el césped que se extiende debajo de la ventana del este, oí el espantoso silbido. Sonaba extrañamente agudo en el silencio de la noche. Tenía una nota muy especial, lo recuerdo,

paraliente y meditativa a la vez.

Levanté la cabeza hacia la ventana y tuve una idea súbita: tomaría una escalera de mano de la cuadra y trataría de mirar a la habitación desde el exterior.

Apoyé la escalera contra la pared, por debajo del alféizar de la ventana más amplia. Luego, alluciosamente, subí y miré al interior de la habitación.

Por supuesto, el silbido se oía más potente allí, pero producía la impresión de que era alguien que silbaba tranquilamente para sí mismo... y entonces vi algo: el suelo de la inmensa y vacía habitación se elevaba formando una protuberancia que se abría en la cima como si fuera un cráter. A cada palpación surgía el silbido. Esta protuberancia, como un bano gigantesco, se hinchó, se dilató y estalló en una sinfonía fantástica. Me quedé estupefacto: la Cosa vivía. Tenía ante mis ojos dos enormes y ennegrecidos labios hinchados, que brillaban a la luz de la luna...

oOo

De repente se abrieron y una baba cubrió el labio superior. El silbido se convirtió en grito doliente que me produjo un miedo espantoso. Un instante después, ante mí no se veía

más que un suelo de piedra liso, pulimentado, que se extendía de pared a pared. El silencio era absoluto.

La habitación estaba ahora tranquila, pero yo no podía olvidar lo que había visto. Me hallaba como niño enfermo por el terror. Hubiera querido bajar precipitadamente por la escalera y huir.

Pero en ese momento oí la voz de Tassoc que solicitaba mi ayuda desde el interior de la habitación. ¡Ayuda!

Estaba tan aturdido, tan transformado que creí, al principio, que eran los irlandeses quienes lo habían encerrado allí para vengarse de él.

Oí una nueva llamada de socorro, rompí el cristal de la ventana y salté al interior de la habitación en su ayuda. La llamada parecía provenir del lado de la chimenea envuelta en sombras. Me lancé allí; pero no había nadie.

—Tassoc —grité.

Entonces, como si una luz se hubiera hecho en mi cerebro, me di cuenta que Tassoc no me había llamado en ningún momento.

Alocado, retorné a la ventana, invadido por el terror. En ese momento, un silbido triunfal estalló dentro de la habitación. La pared de mi izquierda se lanzaba hacia mí, enorme, ventruda, mientras que los monstruosos labios se encon-

traban a menos de un metro de mi cara. Enloquecido, busqué mi pistola en el fondo de mi bolsillo, no para disparar contra la cosa que me amenazaba, sino para matarme yo mismo, ya que el peligro que corría era mil veces peor que la muerte.

De repente, se oyó murmurar de forma audible la Última Línea del Ritual de Saaamaaa. Instantáneamente sucedió lo que ya me había sucedido una vez antes: la impresión de que un polvo fino caía sin cesar y que mi vida, presa en el torbellino vertiginoso de las cosas invisibles, estaba suspendida de un hilo... Luego, *aquello* terminó y comprendí que aún podía seguir viviendo. Mi alma se reintegró a mi cuerpo, y la vida y el poder volvieron a mí.

Me lancé furioso a la ventana y me dejé caer de cabeza por la escalera, me encontré vivo en suelo. De la habitación salía un monótono silbido.

oOo

No estaba herido, y me dirigí a la puerta de entrada del castillo. Llamé. Cuando me dejaron entrar, sostuvimos una larga conversación ante un vaso de whisky, porque temblaba como un condenado, y les expliqué las cosas como mejor pude. Dije a Tassoc que sería preciso demoler la nabi-

tación y quemar cada fragmento de ella en un horno de fuelle construido dentro de una estrella de cinco puntas.

Un pequeño ejército se puso en marcha y al cabo de diez días todo estuvo destruido y quemado, no quedando más que las cenizas.

Cuando los obreros demolieron la armazón de madera de las paredes, me di cuenta cómo se había desarrollado aquella historia. Encima de la enorme chimenea, después de arrancados los grandes paneles de roble, encontré, incrustado en el tabique, un ladrillo con una vieja inscripción en antiguo idioma celta. En ella se indicaba que, en aquella habitación había sido quemado el bufón del rey Alsof, Dian Tiansay, quien había escrito el Canto de la Locura sobre el Rey Ernore del Séptimo Castillo.

Cuando tuve traducida la inscripción se la entregué a Tassoc. Se puso extremadamente nervioso, porque conocía la antigua leyenda, y me llevó a la biblioteca para consultar un antiguo pergamino que contaba el hecho con todo detalle.

Por ello me enteré que la leyenda era muy bien conocida en la región, pero que se la consideraba como una leyenda y no como un hecho histórico.

Según el viejo pergamino,

supe que allí había sucedido, en años remotos, un hecho bastante feo. El rey Alzof y el rey Ernore habían sido enemigos debido a una cuestión de derecho de primogenitura: pero, exceptuando algunas discusiones, nada grave había sucedido entre ellos durante varios años, hasta el día en que Dian Tiansay compuso el Canto de la Locura sobre el rey Ernore. La cantó delante del rey Alzof, que la juzgó de tal categoría que dio al bufón por esposa a una de sus damas de honor.

Todos los habitantes del país conocieron este canto, que pronto llegó a oídos del rey Ernore, quien se irritó tanto que declaró la guerra a su viejo enemigo, lo capturó y lo quemó, haciendo lo mismo con su castillo. Pero se llevó consigo al bufón Dian Tiansay. Le arrancó la lengua por haber compuesto el Canto y lo tuvo prisionero en la habitación del ala este. En cuanto a la mujer del bufón, se la quedó para sí, pues ya había quedado impresionado y prendado de su belleza.

Pero una noche no se encontró a la esposa de Dian Tiansay, y al amanecer se la encontró muerta en los brazos del bufón. Este estaba sentado y silbaba el Canto de la Locura, porque no podía cantarlo.

Entonces mandaron asar a Dian Tiansay en la gran chimenea, atándolo a esos hierros en forma de horca.

A partir de entonces se oyó con frecuencia por las noches ese famoso silbido. La habitación fue considerada como *pieza encantada* y nadie se atrevió a dormir en ella.

—Bueno, ¿qué piensan ahora del asunto?

Yo respondí por todos:

—A mí me gustaría saber cómo es posible que esa manifestación se materializara.

—Se trataba de uno de esos casos en que la continuidad de pensamiento influye sobre la materia de forma concreta —respondió Carnacki—. La evolución debió de llevarse a cabo en el transcurso de los siglos antes de producir ese fenómeno. Es un ejemplo típico de manifestaciones sáitiana. Puede compararse con el hongo cuyo crecimiento modifica la composición del éter. Esta modificación, por supuesto, implica un control esotérico sobre la **materia**. Es imposible explicar este caso claramente en pocas palabras.

—Entonces, ¿la habitación era la materialización del bufón?... ¿Que su alma, alimentada por el odio, se transformó en monstruo? —pregunté.

—Sí —me respondió Carnacki, asintiendo con la cabe-

za—. Creo que has resumido perfectamente mi pensamiento. Es una extraña coincidencia que se sospeche que miss Donehue descienda de ese famoso rey Ernore; por lo menos, es lo que he oído decir. ¿No es curioso? Con el matrimonio se había reanimado. Si la novia hubiese entrado, por casualidad, en la habitación... ¿eh? La Cosa había esperado mucho tiempo. Los pecados de los antepasados... Sí, he pensado en ello... Se casarán la semana que viene y yo seré testigo de su boda, cosa que me produce horror. Y Tassoc gana la apuesta, además. Pensad un poco: si ella hubiese llegado a entrar en esa habitación... ¡Qué horror!

Movió la cabeza con pesar y nosotros cuatro hicimos lo propio.

Se levantó de su asiento y nos condujo en grupo hacia la puerta.

—¡Buenas noches! —le gritamos.

Y cada cual se dirigió a su respectivo domicilio.

Si ella hubiese entrado en aquella habitación...

Sí, si ella hubiese entrado... ¿qué?

Eso era lo que yo continuaba pensando.

**Versión de  
Heriberto Stailer**

## LOS OBSTACULOS EN EL ESPACIO

La circulación en el espacio pronto se verá tan obstaculizada y tan peligrosa como la circulación en carretera. Este es el grito de alarma que acaban de lanzar las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos ante la multiplicación de los ingenios de todo tipo que los diferentes países envían hacia el espacio.

Varios centenares de satélites giran actualmente alrededor del planeta en la más completa anarquía. Por ende, los objetos usados no incluyen ningún sistema de autodestrucción, a pesar de que, según expresión del encargado de la misión US Air Force en la comisión de Montreal, "una verdadera feria de ferretería gira sobre nuestras cabezas". Numerosos objetos, afortunadamente no habitados, han regresado ya en parte a la atmósfera a las alturas de vuelo de los aviones comerciales.

Así, los norteamericanos temen por la seguridad de los futuros pasajeros de sus naves espaciales y han propuesto una campaña con la ayuda de los soviéticos para limpiar la atmósfera.

Pero es poco verosímil el que estos dos grandes polucionadores del espacio se pongan algún día de acuerdo; aparte de los inocentes satélites de comunicaciones o de meteorología, bastante material espacial es militar. Además de los satélites espías, es prácticamente seguro que hay satélites portadores de armamento nuclear. No será pues precisamente mañana que rusos y norteamericanos se confíen mutuamente sus **dossiers** para limpiar el espacio.

# TEMATICAS DE LA CIENCIA FICCION

## LA HARD SCIENCIE FICTION

por JUAN-JACOBO BAJARLIA

### Los precursores: H. G. Wells

Entre las subespecies de la ciencia ficción, la **hard science-fiction** ocupa un lugar preponderante. La expresión no tiene traducción literal adecuada. **Hard**, en inglés, tanto vale como dura o rigurosa. La abreviamos con las iniciales **H. S-F**, y la circunscribimos a todas esas obras en las que el rigor científico de la hipótesis está presente a pesar de la anécdota empleada por el autor. Es una combinación de ciencia y literatura.

Félix Nogaret, el autor de **Conversations avec un courtesane ou la Terre est un animal** (1975), (Conversaciones con un cortesano o la Tierra es un animal), ya pretendía en su **Podalire et Dirphé ou la Couronne tient a la Jarretière** (1801), (Podalira y Dirfé o la Corona aspira a la Jarretiera), una novela rigurosa, cuyos principios científicos estuvie-

ron hábilmente hilvanados con la ficción. Del mismo parecer fue Neponucéne Lemercier cuando en **L'Atlantiade ou la théogonie newtonienne** (1812) afirmaba la necesidad de expresar la naturaleza sobre la base de sus "verdaderos fenómenos".

En esta actitud de rigor también podríamos mencionar a McDermont en su **A Trip to the Moon** (1728), (Viaje a la Luna), especialmente en la idea de obuses o cañones para llegar a la Luna, muy anterior, por supuesto, al **viaje** de Julio Verne. O a otros autores que comenzaron a coordinar el cientificismo con la ficción. Pero, indudablemente, el autor de **De la Terre à la Lune** (1865) será el iniciador indiscutido de la **hard ciencia ficción**. En él la ciencia, la aventura literaria y la profecía, servirán para colocarlo en lo más alto y al lado de un H. G. Wells, cuya **The Island of Dr. Moreau** (1896) in-

cluye, a su manera, un avance en este sentido.

Claro que Wells merece un acápite aparte porque en esa isla un sabio casi enloquecido, dedicado a la vivisección, convierte animales en seres humanos. Estos animales "regresan" en algún momento a su estado violento y primitivo y se alzan en rebelión contra su monstruoso creador. **The Island of Dr. Moreau** se erige así en una anticipación sobre la posibilidad de crear monstruos humanos. De aquí a la **clonación** o reproducción **agámica**, hay un solo paso.

### La invención en Julio Verne

Entre todos los precursores del rigor científico trasladado a la ficción, Julio Verne será, indudablemente, el más importante. Obsedido ya, desde su adolescencia, por el interés de la ciencia, solía devorar las revistas especializadas como si éstas trataran de aventuras o de relatos de fantasmas muy difundidos en su época. El mismo dejó constancia de su comportamiento: "Solicitaba los libros, folletos o revistas en circulación, y después, haciendo una pila con ellos, los utilizaba como banco para sentarme e impedir que me los arrebataran. Y así los leía con avidez".

Alejandro Dumas, padre, lo presentará, ya joven, a los escritores y científicos de París. Aquí conocerá a los físicos, los matemáticos y los exploradores. Se hará amigo de ellos y se nutrirá del mundo maravilloso de la ciencia y la invención.

En 1863 conocerá a Jules Hetzel, un editor que antes, con el seudónimo de **P. J. Stahl**, había escrito **Las cuatro hijas del Dr. Marsh**. Con él (y su crítica permanente) firmará un contrato por 20 años. Verne se obligaba a escribir dos libros todos los años. Escribió 104 en 40 años. La **Colección Hetzel** se hizo famosa. En uno de sus volúmenes, en 1865, expresaba:

**"Un día el hombre viajará a los planetas y las estrellas como lo hace ahora de Liverpool a Nueva York con la acostumbrada facilidad, rapidez y seguridad. El océano de la atmósfera como los océanos de la Luna serán cruzados por el hombre. La distancia sólo es una palabra. La distancia no existe".**

No es casual, entonces, que Verne se constituya en el más grande precursor de la **hard ciencia ficción**. Y además como el anticipador más inventivo de todos los tiempos. Nos basta con enumerar sus anti-

clapaciones para rendirnos al don profético que lo colocó entre los grandes escritores a pesar de los que le negaron el talento. Ya en **De la Tierra a la Luna** (1865) nos asombra al hablarnos de los ensayos que se realizan con un proyectil en el que se colocan un gato y una ardilla para verificar los efectos de la velocidad y el espacio. Después equipan el proyectil para su lanzamiento a la Luna. Lo hacen desde Florida (y así es en la actualidad). El proyectil es accionado por un cañón de 300 metros, algo así como el Saturno que conduce la cápsula espacial, pero mucho menor. En el proyectil de Verne viajan 3 hombres (como ahora) y 2 perros. Uno de éstos muere en el trayecto y es arrojado al espacio para quedar en órbita. ¿No es esto una precognición de forma, lugar y sujeto (los 3 hombres) del primer asalto a la Luna?

Mencionemos, sin embargo, los demás inventos de Verne que luego concretará la ciencia. En **X. Nagrien** (1867), la antigravedad. En **Alrededor de la Luna** (1870), la idea de utilizar cohetes destinados a evitar la satelización para regresar a la Tierra. En **Veinte mil leguas de viaje submarino** (1870), el submarino. En **Una fantasía del Dr. Ox** (1872), el oxígeno comprimido. En **Los quinientos**

**millones de la Begum** (1879), anticipa a Hitler y el racismo. El tirano se llama Herr Schutze. Gobierna en Stahlstadt, "ciudad del acero", y se propone "conquistar el mundo". "Su única obsesión es difundir la idea de que la raza germánica debe predominar sobre las otras, las cuales deben desaparecer. La raza germánica es superior a las demás".

Continuemos. En **La casa de vapor** (1880), el tanque. En **Robur el conquistador** (1886), el helicóptero, aunque Sam Moskowitz indica otro autor de 1884. En **El castillo de los Cárpatos** (1901), el cine sonoro (o televisión). En **El dueño del mundo** (1904), un vehículo multifuncional, apto para la tierra, el aire, el agua y la profundidad acuática. En **La caza del meteorito** (1908), un astro teledirigido. En **El secreto de Wilhelm Storitz** (1910), la invisibilidad, aunque ya Wells había escrito, en 1901, **El hombre invisible**. En **La extraña aventura de la misión Barsac** (1910), los cohetes teledirigidos.

No hemos enumerado las obras cuyos anticipos, que son numerosos, no se han cumplido aún.

Próximo a morir, lo que acontece el 24 de marzo de 1905, Julio Verne se expresó así ante los que asistían a su agonía: **No olviden que la cien-**

**cia va a devorar al hombre. Cuidense de ella. Construyan un refugio donde puedan ocultarse con sus mujeres y sus hijos porque ya está próximo el fin del hombre y su familia.**

Su muerte fue tan lúcida como su escritura.

### Ciencia en la ficción

Frans Rottensteiner define así la **hard science - fiction**: "Es una escuela de ciencia ficción puramente científica. Designa un tipo de historia cuyo elemento científico es lo fundamental y no un elemento vinculado con los fines estéticos". La **hard ciencia ficción** que aproximadamente significa **rigurosa ciencia ficción**, abarca lo específicamente científico dentro de una escritura de ficción.

La obra más importante en esta subespecie es **The Black Cloud** (1957), (La Nube Negra), de Fred Hoyle, en cuyas páginas se analiza una hipótesis referida a cierta nube cósmica que amenaza con invadir el sistema solar. Astrónomo y novelista, Fred Hoyle estudia científicamente este peligro que, de alguna manera, existe como posibilidad remota en esta parte de nuestra galaxia. El mismo rigor lo hallamos en **The Triumph of Time** (1958), (Triunfo del Tiempo), de James

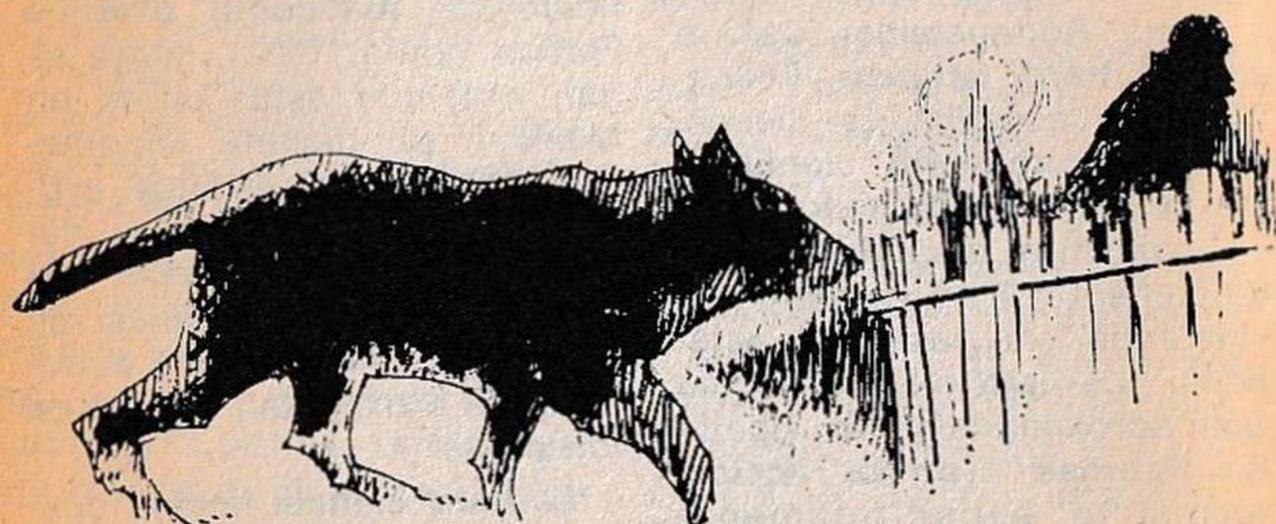
Blish, y **A Fall of Moondust** (1961), (Caída de Polvo Lunar), de Arthur C. Clarke.

Hal Clement, en **Mission of Gravity** (1953), (Misión Gravitacional) nos describe un planeta en el que la gravedad es de tres grados en el ecuador y cerca de 700 en los polos. Rottensteiner expresa que "Clement ha explicado en un artículo de **Astounding Science Fiction** (junio, 1953), cómo se han obtenido estas cifras en Mesklin, un planeta imaginario, donde los terresianos, ayudados por los autóctonos, están obligados a conocer las informaciones contenidas en un cohete-sonda que se estrella en la proximidad de uno de los polos".

La **hard ciencia ficción** conserva el rigor científico dentro de una historia cuyos personajes se mueven cómodamente, según las reglas de la creación literaria. La hipótesis científica desarrollada, no queda librada al azar. En este sentido hay un realismo científico en una estructura estética. No confundamos, sin embargo, esta subespecie con lo que fue el origen de la ciencia ficción, pues entonces se falseaban los datos científicos o se los exponía con fines de divulgación. Aquí había ficción en la ciencia, pero no ciencia en la ficción.

# EL PERRO DE SERAFIN REPEZ

por JUAN CARLOS GHIANO



El perro es un animal doméstico: lo sé. Se tiende a nuestro costado, horas en silencio, única cercanía su cuerpo a nuestros pies. Se lo hace guardián de la casa, ronda las noches, juega con los niños; es el perro de la casa, que se puede alejar con un puntapié, sin que gruñe. Por las noches, no. Un perro en la calle, acecha en los baldíos, nos sale al paso, nos huele los botines y el borde del pantalón, sin lamer y sin gruñir, pero imponiendo su presencia; puede se-

guirnos, cuadradas y cuadradas, igual al ritmo de nuestra marcha, sin cansancio y sin prisa.

En los viernes del pueblo un perro puede ser el séptimo hijo varón de cualquier familia conocida, que esas noches sale a penar las culpas de los suyos, el lobizón, que no debe matarse, porque entonces se convierte en el hombre de todos los días, con los ojos fieles y turbios de perro que huele la muerte. Los sábados, los séptimos hijos tienen el cansancio de esa noche en que

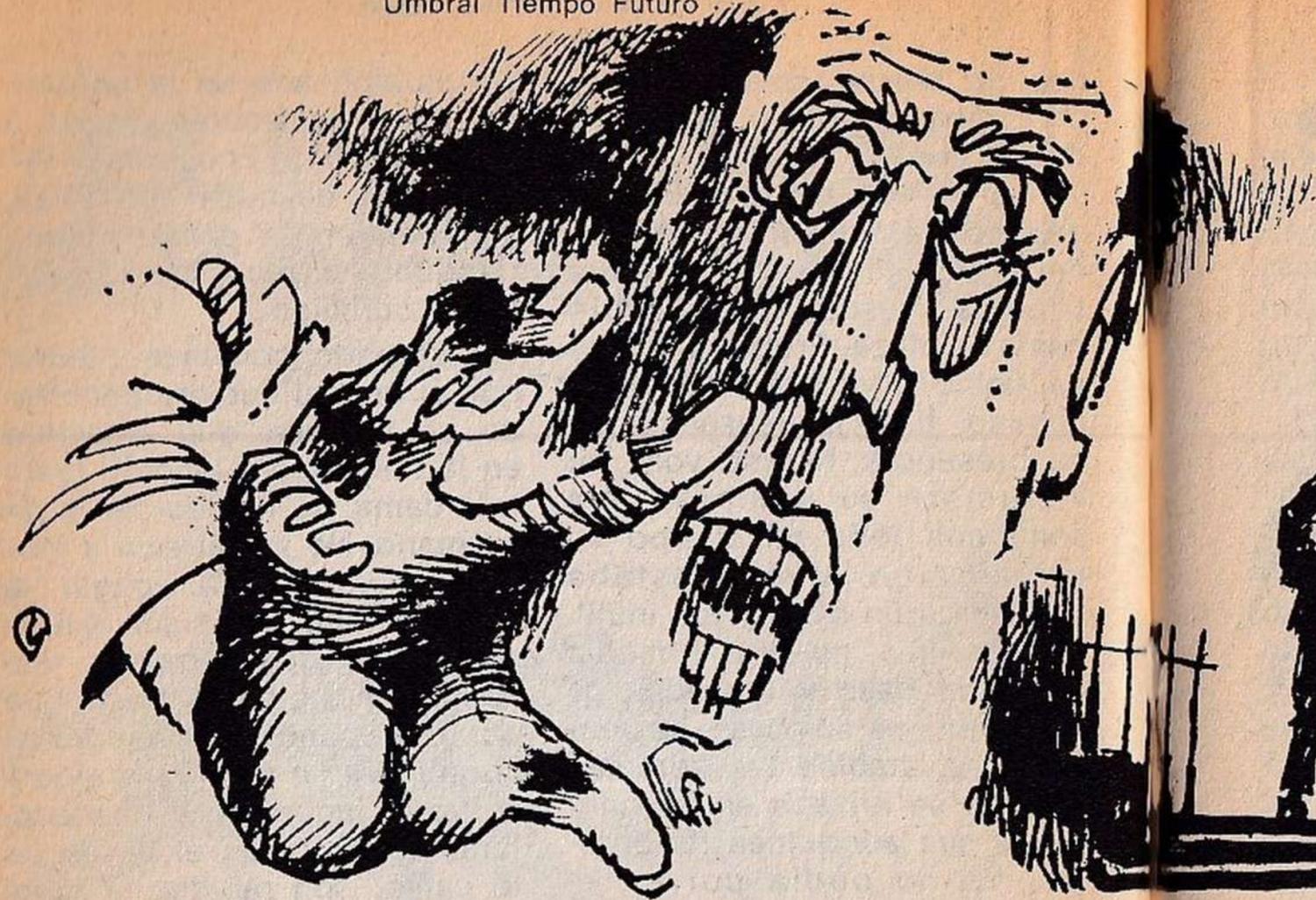
hechos perros, inteligentes y con memoria, nos siguieron desde lejos.

Fue un sábado, después de una noche horizontal de burdel. Había caminado nueve cuadradas, desde el suburbio hasta la plaza. Frente a la fonda, único lugar iluminado en el camino, tuve la sensación de su presencia. No me volví, ni vislumbré su sombra, pero sentí con todo mi cuerpo su respiración. Miré si estaba abierto algún café, y fue inútil. Faltaba una cuadra y media hasta mi casa y los edificios cerraban sus sombras, haciendo intransitables las veredas; la calle se erizaba en la rudeza de sus adoquines desparejos. Yo no podía correr, el cuerpo duro por la noche intensa. El había acomodado sus pasos a los míos. Estúpidamente, en la media cuadra final, después de doblar la esquina, hice un esfuerzo y corrí. Al llegar a la puerta de casa, demoré en encontrar la llave y abrir la cerradura, torpe como nunca. Por fin, adentro. Cerré la puerta con el temor de que la llave se me cayera y resbalase hacia afuera, donde podría alcanzarla el hocico del animal. Me detuve unos minutos, escuchando, con el zaguán apenas iluminado por la luz de la calle que atravesaba los cristales opacos. La respiración se me ha-

bía multiplicado en la garganta. Pude, a oscuras, llegar a mi dormitorio. Encendí el velador, me desnudé con prisa, me metí en la cama. Estaba tranquilo: el perro no había entrado conmigo.

Ya tapado, comencé a temer que el animal hubiera penetrado en la casa, que estuviera en la habitación, tendido junto a la cama, su hocico cerca de mi mano. No me atrevía a mover el brazo para apagar la luz. Mi mano podía ser lamida por una lengua pegajosa, que se me iba a adherir, hasta que por esa mano me chupara el cuerpo. Tenía sed. Para alcanzarme el agua, corrí el brazo, lentamente, hasta el borde de la cama; con rapidez la dirigí al botellón, con dificultad me serví un vaso, bebí un sorbo largo, frío como escarcha. Con la misma mano apagué la luz.

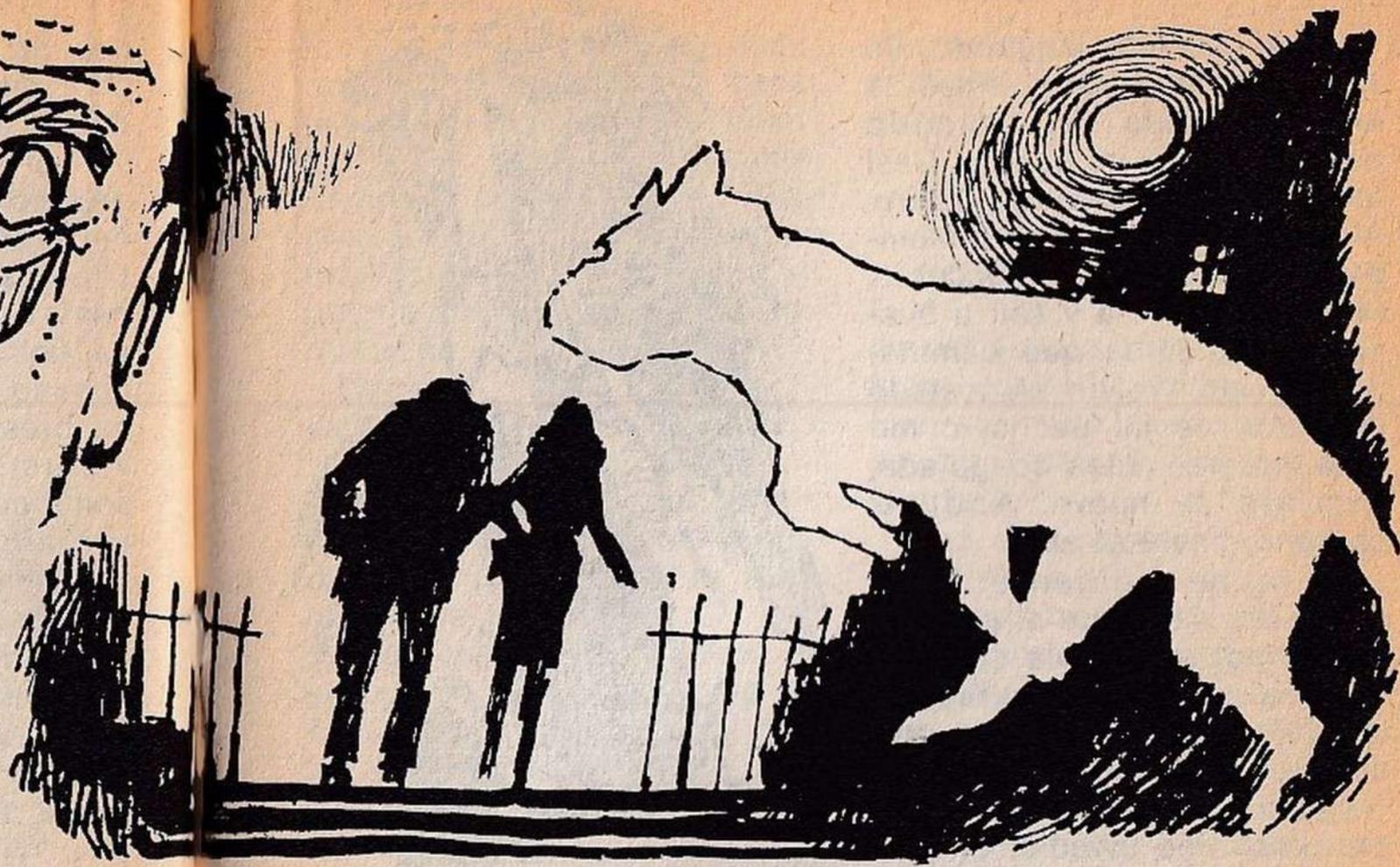
Me di vuelta sobre el corazón, como lo hacía antes. Lo sentí, entonces. Su cuerpo caliente en la cama, pegado a mí, su hocico húmedo y sus patas ásperas junto a mi cara. Al principio no podía alcanzar el sueño. Debí levantarme y llamar a mis hermanos para que me ayudasen a echarlo de la casa, pero no me atreví. Pesadamente el sueño me invadía. Sin buscarlo, me apretaba a aquel bulto caliente, confundiéndolo con mi cuerpo.



Dormí hasta el alba. Cuando desperté, había desaparecido.

Durmió conmigo quince noches. Acorté las salidas nocturnas, para acostarme cuanto antes, seguro de que lo encontraría. No sé en dónde andaba por las mañanas y las tardes. En mi casa nunca lo vieron. Desaparecía temprano, se ocultaba durante el día y me esperaba por las calles nocturnas, dos cuadras antes de casa. Traté de reconocerlo entre los perros que encontraba en las otras horas; los miraba en busca de su volumen y su fidelidad, pero fue inútil.

La noche del decimoquinto día lo sentí más cerca que nunca. Su respiración se iba haciendo con mis pasos, su olor era el mío. Cuando cruzábamos la rotonda de la plaza, lo decidí: darme vuelta bruscamente, para conocer su color y confirmar si su tamaño coincidía con el que yo le había calculado en la cama. Lo hice junto a la luz de la columna central. Había desaparecido. Corrí a casa. Me acosté sin luz. No me movía en la cama, casi no respiraba, esperando que apareciera. A la madrugada no aguanté más y salí a buscarlo. El cielo bru-



moso comenzaba a aclararse y los focos eléctricos palidecían. Algunas esquinas tenían ya su forma. Corría aire fresco. Hice el camino desde mi casa hasta la rotonda de la plaza, cuatro veces. Iba hasta allí con lentitud, sin mirar a los lados; cambiaba de camino, unas veces por la orilla de los veredones, otras por el centro. No apareció. Después recorrí otras calles. Primero las del centro, todavía silenciosas, luego el suburbio, donde las casas se pierden entre enredaderas y árboles. Llegué hasta el vaciadero de basura, vidrios, latas y huesos, materia

que se pudre. Caminé entre nauseabundos amontonamientos sin color. Fui a las carnicerías, inauguradas por las reses chorreantes. Recorrí el mercado. Anduve hasta las ocho, la hora de ir a la oficina. Nada.

No recuerdo cómo aguanté mi trabajo aquella mañana. La impresión de cansancio me dominaba; además, sentía algo extraño en el cuerpo. A las doce regresé a casa, reconociendo ya la molestia: el costado izquierdo se me había insensibilizado, como dormido por un baño de éter. Me encerré en el dormitorio y lo palpé desesperadamente. Lo golpeé.

Todo el costado izquierdo, de una materia muerta. Pasé la tarde acostado, acariciando ese pedazo de mi cuerpo. Casi me había olvidado del perro. A las diez de la noche, siempre en la cama y a oscuras, noté su ausencia y salí a buscarlo. A medida que caminaba, el calor volvía al costado izquierdo de mi pecho, como si la sangre, antes coagulada, circulase de nuevo. Anduve, en vano, hasta el alba.

La noche siguiente, luego de un día peor que el pasado, comprendí que debía esperarlo en la cama y a oscuras, intentando dormir. Lo hice gracias a un somnífero.

Cuando desperté, una nueva sensación me invadía: el costado izquierdo de mi cuerpo estaba desapareciendo; el pijama, tenso, como si el bulto persistiera, pero por dentro se me estaba borrando con lentitud firme. Inmóvil, sentí primero la pérdida de la piel, un ventido frío que dejaba de cubrirme; después fue la carne, arrancada a golpes; luego los huesos, trizados. Desaparecían. Se iban sin sangre y sin nervios. Lancé un grito y me desmayé. Volvió el sueño, con pesadilla de perros oscuros que me lamían el corazón, calentando mi sangre con sus lenguas. Al despertar, la pérdida se había completado. No quise tocar aquello. Trataba de



respirar levemente: una inspiración profunda podía hacer estallar el pulmón, descubierta. Aquel día no me levanté. Tampoco al siguiente. Lo hice cuando se habló de traer un médico. Lo probé por la noche, poco a poco, y me vestí sin mirarme en el espejo.

Durante cinco días me levanté al alba y caminé mucho, olvidado de la oficina. Me cuidaba más que antes. Tenía miedo de enfermarme y verme obligado a mostrar esa mutilación de mi cuerpo. Sin embargo, debajo de la ropa, no se notaba. A los seis días me había acostumbrado a mi nuevo volumen, sin atreverme a tocar mi costado. Regresé al trabajo.

Una noche, al fin, me decidí: introduje la mano derecha debajo del pijama. Una concavidad lisa, de piel tensa y fría, comienza en el borde de la axila, se profundiza sobre el corazón y concluye en el hueso de la cadera.

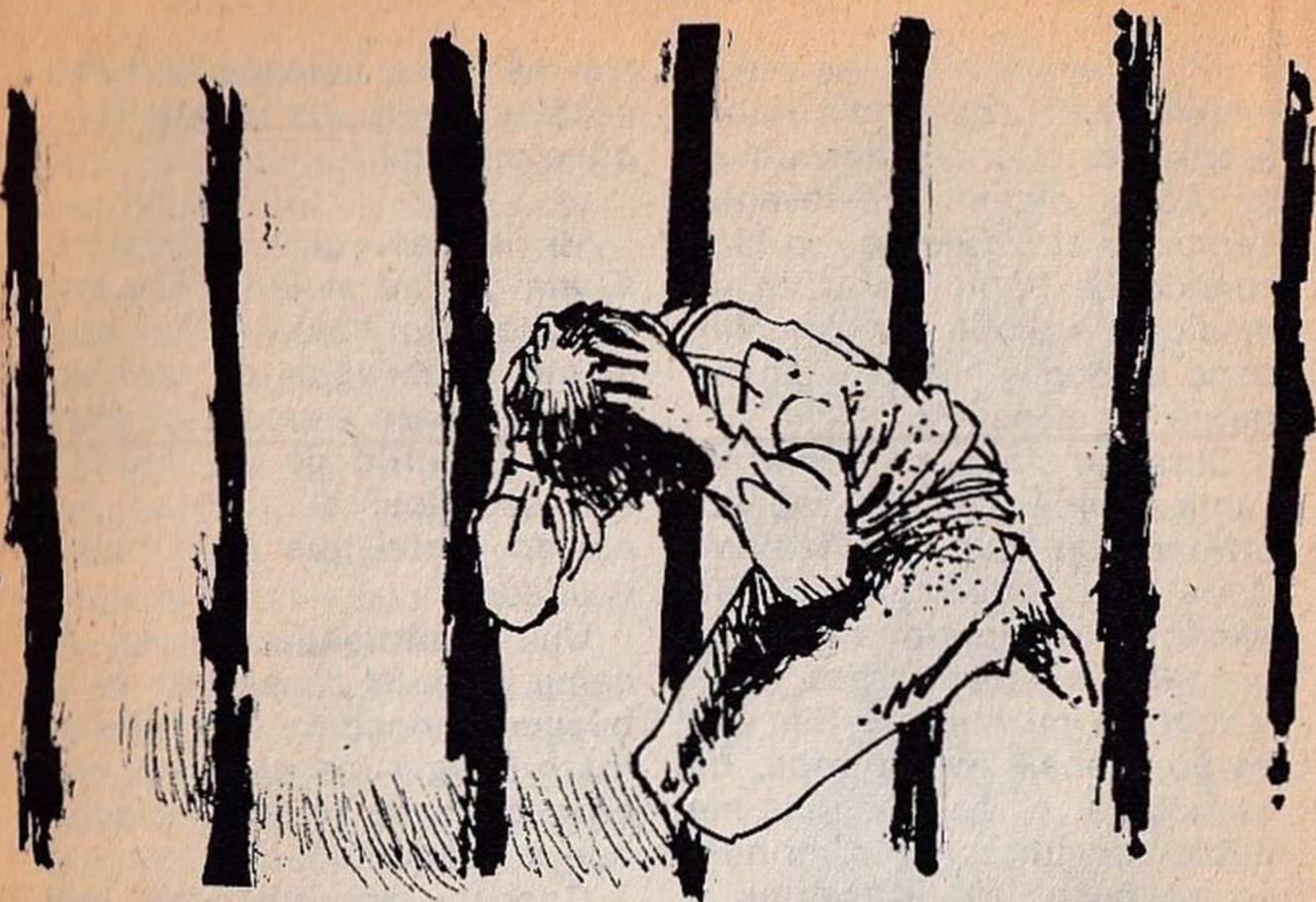
No pude sufrirlo más, y se lo dije a mi hermano mayor, callando los encuentros con el perro. Se rió, sin mirarme el cuerpo. Comprendí que la pérdida tenía que ver con la desaparición del animal. Dejé de dormir. Salía todas las noches, desde las diez hasta el alba. Lo busqué por todos los lugares de la noche primera. A veces, en la oscuridad, topaba

con perros a quienes llamaba castañeteando los dedos. Ninguno me siguió.

Mi hermano quería llevarme a una ciudad alejada. Era imposible. No comprendía que si me arrancaban del pueblo perdería para siempre el costado izquierdo de mi cuerpo. Por eso dejé de hablar del asunto y creí que él lo había olvidado.

Una madrugada, ya en la cama y con el cansancio de la búsqueda nocturna, me ataron los brazos y los pies. Así me llevaron a la primera ciudad que he conocido.

Conozco dos ciudades, mal vistas, desde casas blancas con altos muros y ventanas estrechas. En la primera, no pude recorrer las calles. En la segunda, hay una sola. La que conocí antes estaba poblada por hombres que me miraban largamente. No me dejaron conversar con ellos. Quizá alguno me hubiera dado noticias del perro. Después comprendí que debo buscarlo yo solo, sin ayuda de nadie. Una vez a la semana llegaban cartas de mi casa. Aceptaba todas las humillaciones, para que me dejaran regresar al pueblo. Le escribí a mi hermano mayor, cinco o seis veces. Un día encontraba muchos hombres. Otro, ninguno. ¿A dónde van los extraviados de esa ciudad?



Si lo hubiera sabido, hallaría mi perro: sentados los perdidos junto a un paredón, al sol, con el perro echado a sus pies. De inmediato volvería a tener mi cuerpo completo.

Comenzaba a acostumbrarme a la ciudad silenciosa. Pensaba en el perro y en los muertos que no sé a dónde van. Un día, sin saber por qué, me trasladaron a la segunda ciudad, en la que ahora vivo. Vi sus alrededores en el viaje, una extensión de arena blanca que no puede atravesarse sino en tren. Me dijeron que los árboles que habían plantado se secaron, carcomidos desde el follaje, hasta que la raíz se desintegraba en ceniza. La ciudad, rodeada por un alto muro

blanco, tiene una puerta rectangular, con un círculo azul en la parte alta. Cerca de la puerta, recostado en el muro, había un hombre, de traje gris y bastón. Lo vi varias veces.

Las primeras noches, luego de contemplar el cielo, me acostaba en la cama angosta y esperaba sin cansancio. Después comencé a salir, en su búsqueda. Llegaba hasta la puerta de la muralla y no me atrevía a continuar. Hablé al hombre de gris, sin conseguir que me entendiera. En la ciudad no vive ningún perro; lo supe pronto.

Visité otro lugar en la ciudad, al extremo de la única calle, lo más lejos posible del arenal. Un café. En ese lugar

la conocí. No sé cómo se llama, porque tampoco entendí su idioma. Fue a la salida del café. La capelina le cubría la cara, vestía de seda celeste, los zapatos y las medias eran blancos, los brazos delgados y fríos, las manos de algodón nuevo. Caminé con ella hasta una cuadra antes de la casa. Allí me dejó, sin despedirme. Volví a encontrarla, otras noches, sin que tuviese que ir en su búsqueda, y sin que ella me esperara. En noches intermedias, mientras miraba el cielo, sentía su perfume de almendras machacadas. Lo más hermoso que hay en esta ciudad son las moscas azules. Una noche le llevé cuatro, encerradas en una cajita de fósforos.

El último día que caminamos juntos, me dejó en el lugar de

siempre. Seguí solo hasta la casa, subí a su torre y me asomé al ventanillo. La vi caminar hacia el hombre sentado junto a la muralla y él se puso de pie; como grito de gaviota llenó la noche, se tomaron de las manos, uno frente al otro, y se alejaron por las arenas caldeadas, que ni las noches enfrían.

Comprendí. Son engaños que me inventan para que olvide a mi perro. Por eso lloré, apretándome contra la almohada.

Hace noches que no duermo. Mi cuerpo se enfría y el sueño se escapa. No regresaré jamás al pueblo. Me obligan a que me quede aquí, hasta la muerte. Días silenciosos y solos, esperando un pedazo de mi cuerpo.

## AZUCAR ARTIFICIAL

La sociedad israelita Jaf-Ora se prepara a vender un nuevo edulcorante, la Neo-DHC (neohesperidina dihidrocalcona), obtenida a partir de la naringina, una sustancia que se extrae de la cáscara del pomelo. El nuevo producto posee un poder endulzante 2.000 veces superior al del azúcar corriente y seis veces más que el de la sacarina, recientemente restringida en los Estados Unidos.

Es precisamente la prohibición del uso de ciclamatos, y después, la sacarina lo que ha incitado a los investigadores del Instituto Weizmann a descubrir un nuevo edulcorante. Hasta ahora esta nueva sustancia no ha demostrado toxicidad alguna y el sistema digestivo la degrada completamente en sustancias de una inocuidad absoluta. Además del sabor azucarado tiene un ligero gusto mentolado, lo que le abre diversas aplicaciones: dentífricos, medicamentos, bebidas gaseosas, chocolates, etcétera.

# EL REALISMO FANTASTICO

## Nuevas formas de Espionaje

### PARAPSIKOLOGIA: EL ARMA DEL FUTURO

por ANTONIO LAS HERAS

Aquellas cosas tangibles, visibles, con las que se puede mantener un contacto físico, decimos que son **reales**. Mientras que para todo aquello increíble, salido de la más fértil imaginación, que estamos seguros que **jamás** habrán de suceder, utilizamos el adjetivo de **fantásticas**. Sin embargo existen algunas zonas del **espacio-tiempo** donde **lo fantástico es real**... y **viceversa**. La fantasía supera a la realidad, ¡haciéndose realidad! Armstrong, Aldrin y Collins nos lo demostraron con el vuelo de la Apolo 11 que permitió el primer descenso del hombre en la Luna. **Allí la realidad tomó visos de fantasía. El espacio-tiempo engendró al realismo fantástico.** Así lo vieron Jacques Bergier y Louis Pawells en **El Retorno de los Brujos**.

Con idéntico espíritu, y en busca de otras coyunturas del **espacio-tiempo**, UMBRAL TIEMPO FUTURO inicia una serie de notas sobre **realismo fantástico**, por Antonio Las Heras, investigador de lo insólito.

El sábado 11 de junio de 1977, varios agentes de la KGB (policía secreta soviética) entraron al departamento moscovita de Robert Toth, corresponsal del diario estadounidense "The Los Angeles Times". Detenido, fue confinado en la penitenciaría de Lefortovo y sometido, durante dos días, a intensos interrogatorios. Lue-

go, Toth, de 48 años de edad, quedó en libertad. Ese mismo mediodía almorzó con el embajador norteamericano en la URSS, señor Malcom Toon. Mientras tanto, los diarios de todo el mundo repartían la noticia, particularmente a través de la agencia *United Press International*. ¿A qué se debió tanto alboroto?

¿Por qué, imprevistamente, la KGB decide detener a un periodista norteamericano poniendo en peligro las siempre inestables relaciones entre ambos países? ¿Cuál es el motivo por el que —de inmediato— la embajada americana otorga un voto de confianza a ese periodista, simbolizado en un almuerzo con Toon? ¿Qué hubo detrás de lo que, en principio, pareció ser el simple interrogatorio de alguien que tiene buenas relaciones con los disidentes soviéticos?

Si leemos con atención los cables de UPI habremos de hallar la respuesta a tanto misterio: Según la KGB, Robert Toth había sido "*detenido bajo sospecha de recibir información secreta de un especialista soviético en parapsicología*".

Esa es la clave.

Porque la parapsicología es, hoy, la llave que abre muchas puertas, cerradas todavía, del mañana.

Los soviéticos saben esto desde hace años. Ya en febrero de 1968 tuvo lugar en Moscú un "*Congreso sobre Telepatía*". Varios estudiosos expusieron durante el transcurso de las sesiones medulosas investigaciones sobre el tema. Entre ellas, merece destacarse una que todavía me llena de

asombro... y temor: El ingeniero Vladimir Fidelman presentó un trabajo donde se verificó la posibilidad de interceptar una transmisión entre dos mentes. Lo que significa lo siguiente: Ud., lector, y yo, tenemos desarrolladas dotes telepáticas. Nos estamos comunicando a distancia sin más medio que nuestras mentes, sólo con *energía mental*. En esas circunstancias, un tercero, ajeno a nosotros, *intercepta* nuestro diálogo telepático *sin que nosotros lo sepamos*. De desarrollarse esta práctica es evidente que ningún pensamiento quedaría oculto para tales dotados. Con sólo concentrarse estarían en condiciones de averiguar los pensamientos de cualquier persona aunque esté situada a miles de kilómetros de distancia. Porque —según lo han demostrado los científicos, estudiosos de esta materia— la telepatía no conoce fronteras, cercos o distancias. Funciona independientemente de ellas.

Si la *interferencia telepática* era un hecho consumado (aunque más no fuera como práctica de laboratorio) hace más de diez años, ¿a qué punto habrán llegado los soviéticos ahora? ¿Cómo no iban a arriesgarse a detener a un corresponsal estadounidense teniendo sólo la *sospecha* de que había recibido información se-

creta sobre experimentos parapsicológicos? Es evidente: *la Parapsicología será el arma del futuro.*

Podrá utilizarse para el Bien; pero igualmente será útil para el Mal.

Eterna dicotomía. *El arma bajo la cual quedan supeditadas todas las restantes.* Veamos:

¿Quién pone en funcionamiento una computadora? ¿Quién dirige el rumbo de un cazabombardero? ¿Quién programa a los misiles? ¿Quién traza la estrategia de una batalla? ¿Quién guía el rumbo de un submarino atómico? Etcétera. En todos los casos la respuesta es única: *el hombre.* Ahora bien, si tenemos la forma de *interferir* la mente humana mediante el uso de *otra mente humana* más desarrollada, ¿qué otra arma necesitamos? Si uno puede leer a distancia el pensamiento de un general, saber qué decisiones tomará el Primer Ministro, y si, además, se está en condiciones de *influir* sobre sus mentes *alterando los pensamientos*, ¿qué necesidad hay de otras armas? Parapsicología: ¿*el arma total?*

No solamente los soviéticos trabajan en esto, por supuesto. También lo hacen los estadounidenses, franceses, ingleses y alemanes. Todos ellos están convencidos de *la existencia*

*de poderes mentales todavía no bien conocidos ni aprovechados.*

Probablemente Robert Toth había recibido información vital sobre las últimas experiencias soviéticas en parapsicología. Esa información le habría llegado a través de alguno de los disidentes con los que mantiene "buenos contactos". La KGB se enteró de esto, y no vaciló en actuar. *Demasiado grande podría ser el precio si esos conocimientos llegaban a Estados Unidos.*

Aparentemente Toth no sabía nada del asunto o la rápida intervención de la embajada de su país hizo que la KGB actuara con mayor cautela, porque el periodista fue rápidamente liberado. Sin embargo, no es casual que tras su libertad, en rueda de prensa, Toth manifestara "su aprecio por el apoyo recibido de la Casa Blanca y del Departamento de Estado en Washington". "Cuando se está extraviado en el bosque, se pregunta si alguien se interesa por uno", terminó diciendo el periodista.

Y el lector, conocedor de cómo se mueven las telarañas internacionales, puede preguntarse: "¿Por qué motivo tanto interés por parte del gobierno de los Estados Unidos?" "¿Por qué no ha reaccionado igual que en otros casos simi-

lares en que se dejó al detenido librado a su suerte?".

Resulta demasiado evidente que había un interés especial por Toth.

¿El corresponsal del "The Los Angeles Times" había recibido información secreta sobre experiencias parapsicológicas?

Eso no ha trascendido. *Forma parte de los entretelones del espionaje.* Ahora abocado a dilucidar los misterios de la mente humana. ¿*Con qué fin?*

#### ALGUNOS NOTABLES EXPERIMENTOS

Cuando los submarinos atómicos estadounidenses navegan debajo de la capa de hielo que constituye el Polo Norte, las comunicaciones se interrumpen. Ninguna onda de radio puede atravesarla. Los hombres quedan *totalmente* incomunicados. Abandonados a su suerte... y a la confianza en los instrumentos de a bordo. Sin embargo, en varias oportunidades la comunicación entre el submarino y la tierra quedó restablecida a través de las *ondas mentales.*

Ya a mediados de 1965, en círculos científicos se afirmaba que "por primera vez en la historia se había realizado un contacto mental entre un dotado que estaba en el Pentá-

gono y otro a bordo del submarino atómico *Nautilus*, que navegaba bajo el casquete polar norte, a miles de millas de distancia" (tomado del vespertino "La Razón", de Bs. As., del 7 de julio de 1965, primera página). Allá donde todo otro tipo de comunicación resulta imposible, las ondas mentales se abren camino con éxito. ¿Quién no habrá de interesarse por semejante conocimiento?

Durante el viaje de la Apolo XII, tripulada por los astronautas Conrad, Gordon y Bean —que protagonizaron el segundo alunizaje, entre el 14 y 24 de noviembre de 1969— se hicieron varios experimentos de percepción extrasensorial, aunque nunca se tuvo certeza sobre el resultado de éstos, ya que la NASA mantuvo total hermetismo. Sin embargo, trascendió que a partir de esa misión espacial siempre hubo en la lista de actividades de los astronautas experimentos sobre telepatía y percepción parapsicológica. Esto se ve conformado cuando, pocos meses atrás, el doctor en Astronomía, *Carl Sagan*, miembro de la NASA y director del Proyecto Viking, que permitió depositar amortiguadamente dos sondas en el planeta Marte, declaró que, a su juicio, "las espionaves tripuladas del futuro no llevarán equipos de transmi-

sión, lo que permitirá disminuir su peso, ya que los astronautas mantendrán contacto telepático con sus bases en la Tierra o en otras partes del espacio". Proviendo de tan encumbrado astrónomo es una afirmación que no debemos dejar pasar por alto.

En estos momentos existen cátedras y gabinetes de Parapsicología en casi todas las importantes universidades del mundo. En ellas se llevan a cabo experimentos asombrosos que demuestran las enormes posibilidades que tiene, potencialmente, la mente humana. Por ejemplo, se ha introducido a un *dotado* (se llama así a aquella persona que manifiesta producir con cierta regularidad fenómenos parapsicológicos) en una *Jaula de Faraday*, aparato que posee la característica de impedir que las ondas de radio, televisión, etcétera, atraviesen su estructura exterior. Una vez allí, el dotado comienza un período de concentración.

En otra sala, de otro edificio, situado a varios kilómetros de distancia, una persona que el dotado *no conoce* se concentra también pero en la observación de un cuadro. A los pocos minutos, el hombre situado en el interior de la Jaula de Faraday comienza a describir el paisaje que hay en el cuadro. ¡Asombroso! No so-

lamente las *ondas mentales* atravesaron lo que ningún otro tipo de onda conocida puede atravesar, sino que la mente del dotado pudo ubicar en la distancia a la persona correcta que, como ya dije, éste no conocía.

Más notable aún es el fenómeno de *telequinesis*, o movimiento de objetos sin que medie ninguna fuerza física conocida.

Algunos dotados únicamente concentrando su mirada en un objeto logran moverlo, trasladándolo de un lugar a otro. La telequinesis (o *psicoquinesis*) está plenamente confirmada. Y tanto Estados Unidos como la Unión Soviética tienen en estudio a personas que, de vez en vez, mueven pequeños objetos sin tocarlos ni valerse de medio alguno, fuera de la *concentración mental*. Lo que se denomina estado de *paragnosia* (conocimiento paranormal, o saber paranormal).

Me pregunto: ¿Cuál es el límite de semejante poder? ¿Y si no lo hay? Sabemos que un hombre medio utiliza, apenas, un cinco por ciento de sus posibilidades mentales, ¿qué ocurriría con alguien que utilice el cincuenta por ciento? ¡*Dominaría el mundo!* No queda ninguna duda.

Ahora bien, si en condiciones normales ciertos dotados

tienen la capacidad de mover objetos del tamaño de un teléfono, ¿no puede esa cualidad desarrollarse hasta permitir levantar por los aires a un submarino que navegue a doscientos metros de profundidad y a miles de kilómetros de distancia del lugar en que se sitúa el dotado? ¿*Por qué no?*

¿Cómo no calificar, entonces, de secreto militar a la investigación parapsicológica? ¿Qué servicio de inteligencia, red de espionaje o policía secreta (como la KGB) no habrá de interesarse por acumular conocimientos al respecto?

## POSIBILIDADES FUTURAS

¿Qué ocurrirá cuando la Ciencia haya experimentado lo suficiente y quede en condiciones de transformar a un hombre vulgar en calificado poseedor de dotes extrasensoriales? *Un batallón de dotados*. Ocultos. Bien protegidos en refugios antiatómicos. Dirigiendo los destinos de la Humanidad. ¿Adueñándose del mundo para sí? ¿Será posible controlarlos después? ¿Cómo aventajar a alguien que puede leer nuestra mente y saber, por ende, de antemano lo que estamos por hacer? Pro y contra. ¿*La rebelión de los dotados?* ¿Para bien o para mal? Una pregunta trascendente: ¿*El au-*

*mento de las aptitudes mentales lleva a un mejoramiento del nivel espiritual?* He aquí un hecho fundamental. Porque de responderse a esta pregunta con un *sí*, entonces los dotados sólo actuarán para el Bien. Veamos algunas de las infinitas aplicaciones que eso permitirá:

—Hallar a personas extraviadas en cualquier lugar del mundo.

—Establecer comunicaciones telepáticas sin límites de distancia con grupos de expedición en los continentes, bajo las aguas... y aun en el espacio exterior.

—Desaparición de los pesados equipos de transmisión radial... y también de los más livianos.

—Levantamiento de objetos pesados con el auxilio de la telequinesis. (Esto, tras el desastre provocado por un terremoto, donde hay que remover innumerables escombros en busca de víctimas heridas y atrapadas bajo toneladas de ladrillos, será de inmensa utilidad.)

—Posibilidad de viajar por la atmósfera, a baja altura, sin más auxilio que la *levitación*. (Es el poder paranormal de quebrar la Ley de la Gravedad, por decirlo de una manera bien gráfica porque, en verdad no hay tal quebrantamiento...).

Lo que ayudaría a un traslado económico, aun para los más carentes de recursos.

—Establecimiento de grupos de trabajo (especialmente científicos), donde las mentes de los integrantes se hallan telepáticamente interconectadas, permitiendo así el máximo aprovechamiento de los conocimientos personales de cada uno y ayudando a tomar rápidas resoluciones, dado que una vez interconectadas todas las mentes funcionarán como si fueran una sola, de enorme e insospechada capacidad.

### ¿QUIENES SERAN LOS ELEGIDOS?

De acuerdo con los más recientes estudios, todos los seres humanos tenemos, en potencia, dotes extrasensoriales. Esto significa que, si en un futuro se encontrara la forma de poner en actividad nuestros parasentidos que parecen encontrarse ahora adormecidos en la mayoría de nosotros (dado que los dotados son pocos numéricamente), la fórmula hallada sería igualmente útil para toda la Humanidad. Otro interrogante: Si podemos ser dotados todos, ¿por qué no lo somos ya? ¿Qué es lo que lo impide? El profesor Lazare Sukharebski, doctor en medi-

cina, afirma que al menos las actividades telepáticas eran normales en nuestros antepasados. "Un hombre podía entonces transmitir a otros hombres alejados de él una señal de peligro o alarma. Pero, cuando hubo dominado el secreto del fuego, el humo o la llama de un hogar se convirtieron en la señal de apuro para el hombre prehistórico". "El desarrollo de la civilización —finaliza diciendo— volvió inútil la comunicación telepática...". (Revista PLANETA, Nº 26, pág. 28, edición argentina.) Claro, uno puede preguntarse: "¿Y por qué los hombres que aún hay diseminados por la Tierra viviendo en la Edad de Piedra no se comunican telepáticamente?". Pero la pregunta no es válida. Esos hombres ya conocen el fuego. Comenzaron su proceso civilizatorio. Se alejan del estado natural. Por ende, según Sukharebski, ya perdieron la gran mayoría de sus dotes paranormales, las que, ahora, están tan adormecidas en ellos como en nosotros.

¿Habrá que intentar un retorno a la vida en contacto con la Naturaleza para recuperarlas? No. La Ciencia nos demuestra que, a través del laboratorio y la experimentación, es posible sacar de un largo letargo a nuestros poderes extrasensoriales.

# LOS EXTRATERRESTRES EXISTEN



¿Quién puede negarlo ante la evidencia de "las pruebas" aportadas por VON DÄNIKEN?

**von Däniken**  
**La respuesta de los dioses**  
Evidencias y comprobaciones en 5 continentes



ediciones  
**EL CABALLITO SRL**

# LITERATURA DE CIENCIA FICCIÓN

**Explosión extraterrestre**, de Antonio Las Heras. Editorial Rodolfo Alonso, 121 páginas.

Antonio Las Heras, autor de **Respuestas al Triángulo de las Bermudas** (Editorial Rodolfo Alonso, 1977) y de **La Clave de los OVNI** (Schapire Editor, 1976), es un joven y prolífico investigador argentino. Un **detective de lo insólito**, o **insolítico**, como le gusta autodefinirse, abocado a una de las tareas más difíciles y apasionantes: ser el medio de comunicación entre las cosas complejas, extraordinarias, y sutiles, y el hombre de la calle.

En tal sentido, uno advierte influencias **Asimovianas** en su obra, caracterizada por el rigor científico y la claridad.

**Explosión extraterrestre** desarrolla una tesis apasionante: **la explosión ocurrida en Tunguska, Siberia Oriental, fue provocada deliberadamente por seres extraterrestres, quienes efectuaron un ensayo de tipo atómico, tal como ya había ocurrido otras veces en la antigüedad, aquí en la Tierra, y también en Marte y la Luna.**

Apelando a los datos científicos y a su admirable capacidad especulativa, Las Heras

transita los terrenos más sinuosos, estableciendo las bases de su argumento y trazando una línea recta entre aquella misteriosa explosión de 1908 y una serie de hechos—tales como la destrucción de Sodoma y Gomorra— que, sin lugar a dudas, constituyen un impresionante legado sobre la presencia de seres extraterrestres y arrojan un poco de luz sobre esos oscuros signos que nos ha dejado el pasado del hombre y su relación con el universo.

En síntesis, un libro que merece más de una lectura y el cuidadoso abrigo de una biblioteca.

**Don Rodrigo. Crónicas del Valle de la Sombra**, de Lord Dunsany. Ediciones Librerías Fausto, 239 páginas. Traducción de Teresa Alferi.

Edward John Moreton Drax Plunkett, decimotercero barón Dunsany, lord Dunsany para ustedes, nació en Londres el 24 de julio de 1878. Se educó en la Cheam School, en Eton, para luego ingresar en la academia militar de Sandhurst (la **West Point** británica), donde formó parte de los Coldstream

Guards, el regimiento que presta servicios en la custodia real. Durante su permanencia en ese cuerpo fue comisionado a Gibraltar, región que le suministró ideas y escenarios, posteriormente utilizados en sus fantasías españolas: **Don Rodríguez: Chronicles of Shadow Valley** (1922) y **The Charwoman's Shadow** (1926).

En la guerra angloboer, Dunsany combatió en las batallas de Graspan y de Modder River. Años más tarde, y a pesar de haber abandonado la carrera militar con el grado de teniente, se reincorpora como voluntario al ejército británico y participa de la contienda de 1914, resultando herido en abril de 1916.

La vida de este excéntrico y polifacético caballero, amante de las letras y de la aventura, transita las actividades más extravagantes y las más pueriles. Rebuscando entre sus datos biográficos, uno se encuentra con cacerías en Argelia y en el Sudán (lugar que le permitió estructurar los decorados de algunas de las historias de Jorkens), notables partidas de ajedrez (en su historial figura un enfrentamiento con el invencible Capablanca y el campeonato de Irlanda del año 1924), innumerables sesiones de **críquet**, e incursiones—más o menos exitosas— en las diferentes mani-

festaciones del arte: la pintura, el dibujo, la escultura, etc. Y, por supuesto, su intensa actividad literaria, que le ofreció, amén de una sólida reputación, una buena cantidad de amigos eminentes, tales como Rudyard Kipling, Elgar, y H. G. Wells, con quien compartió una suerte de "parranda cultural" por Checoslovaquia.

En su época fue considerado, entre otras cosas, como un talentoso dramaturgo. Estuvo asociado al Abbey Theater desde 1909 y su obra **Glitterin Gates**, producida en Dublín, le valió el temprano reconocimiento de la crítica. Sus piezas de un solo acto, generalmente de tono fantástico, aún gozan de popularidad entre los **amateurs**. Técnicamente estas piezas son tanto o más interesantes que sus relatos, puesto que en ellas se aprecia el bagaje de recursos con que contaba Dunsany: la economía de elementos para asegurar efectos, el uso de nombres ficticios pero enormemente sugestivos, la introducción del realismo en situaciones románticas, y el ritmo.

Pero también fue un ensayista y un **panfletista** del Renacimiento Literario Irlandés, en los años en que Sean O'Casey, W. B. Yeats, J. M. Synge, y James Stephens, entre otros, alimentaban el fuego de las

letras y de las tradiciones irlandesas. Sin embargo, a diferencia de los escritores irlandeses de su tiempo, Dunsany prescindió de las deidades célticas y, como Blake, inventó sus propios mitos. El fue, esencialmente, un creador de cuentos de hadas y pobló sus fábulas con figuras grotescas y fantásticas. Toda su producción (docenas de relatos extraordinarios y diez novelas que lo situaron entre lo mejor de la literatura del mundo) deja entrever la influencia de las literaturas griega y orientales y, más definidamente, de Maurice Maeterlinck. Y toda su producción, desde luego, pone de manifiesto su singular talento...

La reputación de este extraordinario lord es asociada —al menos en el **fandom** argentino— con la de otro gigante de la literatura fantástica, Howard P. Lovecraft, debido a lo mucho que tuvo que ver su estilo sobre las creaciones de este último, y a su breve contribución a los denominados **Mitos de Cthulhu**, a través del relato **Días de Ocio en el País del Yann** (Los Mitos de Cthulhu, selección de Rafael Llopis, Editorial Alianza, Madrid, 1969). Pero, a no ser por una antigua edición de los **Cuentos de un Soñador** (Biblioteca de la Revista de Occidente, Madrid, 1924), a

una novela de corte histórico (La Montaña Eterna, Editorial Futuro, Buenos Aires, 1945), y a alguno que otro relato desperdigado por allí, casi la totalidad de su obra permanece inédita. En tal sentido, tenemos una deuda con Ediciones Fausto, por haber publicado **Don Rodrigo, Crónicas del Valle de la Sombra**, la primera novela fantástica de Dunsany que circula en el mercado argentino.

Vagamente basadas en **Don Quijote**, las crónicas narran las desventuras de un no-muy-brillante caballero suicida y galante (Don Rodrigo), en busca de "las guerras". Es casi una comedia de costumbres que sugiere una sátira sobre sus contemporáneos, aunque no me atrevería a jurarlo. La novela fue publicada en 1922 y, ciertamente, las consecuencias de la Primera Guerra Mundial dejaron su huella en el espíritu de Dunsany, dado que el autor nos ofrece una visión nefasta de la guerra, considerándola como una de las más caras estupideces del hombre, y sitúa a vencedores y vencidos como víctimas, en un mismo plano.

El Sancho Panza de Rodrigo, Morano, explica a su amo el valor de la cocina:

—Amo, hay dos cosas necesarias en las guerras, la

estrategia y la cocina. Ahora bien, la primera se usa cuando los capitanes hablan de sus proezas y los historiadores escriben sobre las guerras. La estrategia es algo culto, amo, y las guerras no pueden ser narradas sin ella, pero, mientras la guerra ruge y los hombres están ocupados en el campo de batalla, es el momento para la cocina; porque más de un hombre que pelea en las guerras, si no tiene su comida, estará muy contento de dejar vivir al enemigo, pero alimentarlo e inmediatamente se volverá orgulloso de corazón y no soportará la vista del enemigo caminando entre sus tiendas sino que necesitará matarlo al instante. ¡Ay!, amo, para las guerras, la cocina; y, cuando las guerras hayan concluido, vos que sois culto estudiaréis la estrategia."

Hay más que humor en estos párrafos: hay ternura y una profunda compasión. En un episodio anterior, cuando Don Rodrigo ha encontrado finalmente sus "guerras" y ha entrado en batalla, detiene al primer hombre que encuentra y colocándole la espada en el cuello le reclama su castillo. El hombre, aterrorizado, viéndose ante la posibilidad de la muerte, acepta inmediatamente

te y el trío regresa a España.

A lo largo del camino, el hombre explica que un mago maligno vive cerca de su castillo y que trata de apoderarse del mismo, y previene a Don Rodrigo sobre los peligros que deberá enfrentar. Por supuesto, no hay tal castillo, ni tal mago, sino un pobre campesino llamado Pedro, que vive con su esposa y su pequeño hijo en una humilde granja. Pedro le jura a Don Rodrigo que el mago ha hecho desaparecer su castillo y le ruega que le perdone la vida. Y Rodrigo, como buen caballero galante que es, le cree.

El, que había venido desde tan lejos, que había arriesgado tanto en sus correrías, que tenía tantas ilusiones, le cree al pobre campesino. Es una escena conmovedora, que dice mucho sobre lo que los hombres tienen en común.

Debo aclarar, antes de concluir este comentario, que **Don Rodrigo** es, sin lugar a dudas, un buen ejemplo de la capacidad creadora y de la finura con que el autor maneja la prosa y la fantasía.

La edición, lujosamente presentada, cuenta con un prólogo de Jaime B. Rest, que asegura una buena dosis de información y de precisión.

**EDUARDO S. AQUILA**

# CINE DE CIENCIA FICCION EL BESTIARIO FILMICO

por EDUARDO J. LYNCH

Desde **El fisiólogo**, escrito en Alejandría posiblemente en el siglo II, hasta el **Manual de zoología fantástica** (1957), de Jorge Luis Borges (título convertido después en **Los seres imaginarios**), las bestias adquieren una importancia fundamental para vincular al hombre con su dimensión destructora. Esta significación ya estaba en el bestiario lunar de la **Historia verdadera** (s. II) de Luciano de Samosata. La reitera H. G. Wells en **The Island of Dr. Moreau** (1896), cuando el protagonista, un sabio enloquecido, transforma animales en hombres que después, por el imperativo de sus ancestros, adquieren una violencia homicida.

El cine de ciencia ficción ha enriquecido este bestiario.

## Silicatos y monstruos gelatinosos

En **The Quatermass Experiment** (El experimento del Dr. Quatermass), de Nigel Guest, filmado en 1956 por Val Guest, tenemos un ser gelatinoso. Se

trata del Dr. Quatermass, cuyo cuerpo, después de un viaje orbital, se transfigura en contacto con cierta materia orgánica del espacio. Esta materia comienza por invadirle las extremidades. Después lo "toma" totalmente y lo convierte en una masa gelatinosa. Transfigurado en esa piltrafa terrorífica, el Dr. Quatermass se arrastra o asciende por las paredes perseguido por los que se oponen a esa monstruosidad. Por último, se oculta en la Abadía de Westminster. Pero sus enemigos, utilizando un dispositivo eléctrico, lo destruyen.

En **La plaga asesina** (1976), film dirigido por Robert I. Gordon y protagonizado por Margoe Gortner y Pamela Franklin, se adaptan algunas ideas de **El alimento de los dioses** (1903), novela de H. G. Wells. No se trata ya de un invento sintético, sino de una materia extraña que brota de la tierra y hace crecer a los animales; las ratas, las avispas, los gallos. Todos ellos se transfiguran, se agigantan y se hacen repulsivos. La mutación, a su

vez, los hace agresivos. Devoran al hombre. La batalla es épica. O sobreviven los humanos o triunfa la naturaleza que se yergue monstruosamente. Triunfará el hombre. La idea de Wells, convertida ahora en una "extraña materia", le da al cine la posibilidad de un ingente bestiario.

Los **silicatos**, a su vez, constituyen otra dimensión del mundo bestial. Son monstruos tentaculares que persiguen al hombre para alimentarse de sus huesos. Aparecieron en **Island of Terror**, filme de 1960, dirigido por Terence Fisher. La acción previa está referida a unos científicos que tratan de crear células vivas sobre la base de energía radiactiva. De esa investigación fallida surgen los **silicatos** trituradores de huesos humanos y la lucha posterior para aniquilarlos.

En **Creature From the Black Lagoon** (1954), (La mujer y el monstruo), dirigido por Jack Arnold con argumento de Maurice Zinn, aparece un híbrido de pez y hombre encarnado por Ricou Browning, que se enamora de Kay Laurence, interpretada por Julie Adams. En todos los casos, los seres anormales, originados, por lo general, en la falencia del hombre, víctima de sus propias investigaciones, serán aniquilados para salvar este mundo

contradictorio y condenado a perecer.

En el bestiario enumerado por Luis Gasca en **Cine y ciencia ficción** (Barcelona, Sinero, 1969), nos hallamos con arañas gigantes que deben ser destruidas, como en **The Spider**, de Bert I. Gordon, por un arco eléctrico. O en avispas que crecen desmesuradamente, a consecuencia de un misil radiactivo, como en **Monster from Green Hall**. O bien, una tarántula, "víctima de las experiencias de un sabio que busca la solución para el hambre", que se lanza contra los humanos en el filme **Tarántula**, de Jack Arnold. Estas bestias surgen impensadamente. O como dice Gasca: "Los volcanes acostumbran incubar también monstruos similares, como en el caso de **The Black Scorpion**, de Edward Ludwig, 1957. Otro caso sumamente curioso es el planteado por los cangrejos carnívoros gigantes de **Attack of the Crab Monsters**, que atacan a los seres humanos, absorben su materia gris y se transforman en cangrejos con cerebro humano".

## Trífidos y seres vegetales

A veces estos monstruos asumen formas vegetales como en **The day of the Triffids** (1952), (El día de los trífidos)

de John Wyndham. Los trífidos son plantas de más de dos metros de altura, de las que se obtiene un aceite. De pronto, debido a un acontecimiento cósmico, acaso un cometa y las radiaciones, se convierten en carnívoras y se rebelan contra los humanos. Desatan una guerra terrorífica. En el capítulo 15 de la novela dirá Bill:

"Me parece una coincidencia muy rara que en miles y miles de años un cometa destructor haya llegado justo poco después de que estableciéramos unas armas satélites".

Previamente había dicho:

"No creo que podamos acusar a nadie a propósito de los trífidos. Los extractos eran muy valiosos. Nadie puede ver a dónde lleva un descubrimiento, ya sea una nueva especie de motor o un trífido. Y no tuvimos ninguna dificultad con esas plantas mientras las condiciones fueron normales".

Llevada al cine esta novela, la versión resultó bastante pobre.

En **The Woman Eater** (1960), (La mujer devoradora), de Charles Saunders, la corteza de un árbol mágico puede resucitar a los muertos, pero es indispensable que le entreguen mujeres para ser succionadas. A veces son hombres los que se transfiguran en seres vegetales, como en **Unknown Terror** (Terror desconocido). Es la

consecuencia de haberse alimentado con hongos radiactivos.

### El Pueblo - Bestia

H. G. Wells, atraído por la investigación y su interés por combatir el afán desmesurado del hombre, publicó en 1896 **The Island of Dr. Moreau**, trasladada al cine en más de una ocasión. En esta novela el Dr. Moreau, en una región selvática aislada de la civilización, crea un mundo, el Pueblo-Bestia, como él le llama, donde logra convertir bestias en "seres humanos" mediante la vivisección. Los humanos que obtiene de estas operaciones no pierden, sin embargo, el aspecto primitivo. El Hombre-Mono o el Hombre-Leopardo, por ejemplo, serán "humanos" pero tendrán siempre la apariencia que de alguna manera les recordará la forma primitiva de la bestia que fueron.

La última adaptación cinematográfica, dirigida por Don Taylor y protagonizada por Burt Lancaster, en 1976, sigue a Wells, pero introduce probetas y combinación de genes. Se destaca en el filme Michael York, a quien el doctor Moreau quiere someter a cierta experiencia inversa: transfigurar un hombre en bestia. Es el instante en que las bestias-hombres involucionan hacia su accionar

instintivo, animal, y se rebelan contra su creador. La muerte de todos salvará a York y la muchacha que acompañaba al doctor Moreau en la **Isla de las Almas Perdidas**, denominación de Wells a ese Pueblo-Bestia sometido a la arbitrariedad del sabio.

En la novela (c. XVI) el Dr. Moreau explica así su procedimiento:

"Usted ha de conocer seguramente una operación quirúrgica muy común, a la que recurre en casos en que la nariz ha quedado destruida: se corta una lonja de piel de la frente, se baja sobre la nariz, y se la adhiere y se hace cicatrizar en esta nueva posición (...).

El injerto del material fresco suministrado por otro animal es también posible: el caso de los dientes por ejemplo (...); el cirujano coloca en medio de la herida pedazos de piel recortada de otro animal, o fragmentos de huesos de alguna víctima recientemente muerta".

Ahora, indudablemente, mediante la **clonación** o reproducción **agámica**, que obra sobre los ácidos ribonucleico (ARN) y desoxirribonucleico (ADN) de las células, se obtienen mejores resultados que los previstos por Wells. Pero el hombre deberá cuidarse de crear este infierno, cuyo primer derrotado será él y su afán de superar el enigma.

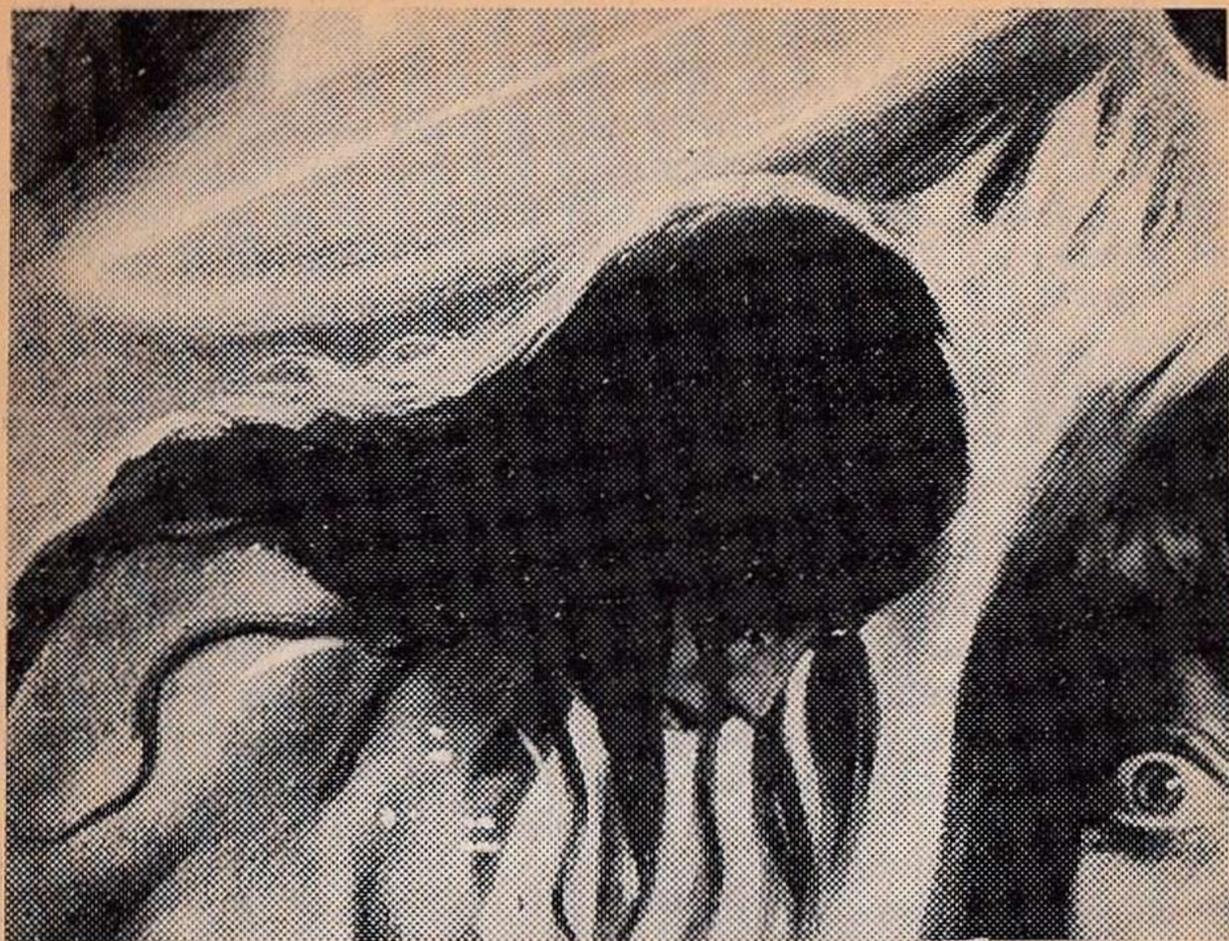
## NUEVOS FILMES

# EL HOMBRE PERSEGUIDO POR UN OVNI

**TITULO ORIGINAL Y EN CASTELLANO:** "EL HOMBRE PERSEGUIDO POR UN OVNI". **PRODUCTORA:** INTERPLANETARY FILMS. **NACIONALIDAD:** ESPAÑOLA. **DIRECCION:** J. C. OLARIA. **INTERPRETES:** RICHARD KOLIN, LYNNENDERSON, JUAN OLARIA, GEMMA LEWIS, DAN MUNI y MANUEL BRONCHUD. **FOTOGRAFIA:** FRANCISCO MARIN. **DURA-**

**CION:** 95 minutos. **CALIFICACION:** No apta para menores de 14 años. EASTMANCOLOR-PANORAMICA.

Las frases publicitarias anuncian su estreno basándose en contactos extraterrestres, acción, erotismo, un poco de fantaciencia y algún pasaje insólito. También define al filme como la lucha de un hombre acosado permanentemente



por seres extraterrestres, previniendo al espectador que "cuando vea esta película, ya no pasará tranquilo por el bosque". Claro. Todo es parte de una gran campaña publicitaria para promocionar la realización más ambiciosa que tuviera España en materia de fantaciencia durante los últimos tiempos.

Sin embargo, la trama no deja de ser algo simple, sin perder, por supuesto, su acción, que "atrapa" al espectador.

El relato comienza cuando un OVNI (los españoles lo definen como "platillo volante"), tripulado por extraños seres que provienen de un lejano y

desconocido planeta, arriba a la Tierra, con el propósito de capturar a un hombre para llevárselo. El fin es científico, ya que los hombres de ciencia del planeta desean estudiar la consistencia biológica y física de un terrestre.

El elegido es Oliver, un escritor que vive "repartiendo" su tiempo entre sus novelas, su amiga Carol, y compartiendo algunos divertimentos con un matrimonio amigo. El primer contacto con los "alígenos" tiene lugar un día en que decide pasear por el campo, donde le tienden una trampa, de la cual consigue escapar airoso. No del todo repuesto,

es acosado nuevamente por sus perseguidores, comprobando así que lo sucedido anteriormente no ha sido casual sino que los extraterrestres han decidido capturarlo.

Aterrorizado, decide concurrir a la policía a fin de que le brinden protección, pero las autoridades no le creen. Ni siquiera sus amigas, que piensan (y esto se lo expresan con sinceridad), que todo se debe a su agotamiento físico.

La aparición de un OVNI, durante una noche sobre la ciudad, observado por varios testigos, cambia la situación de Oliver, ya que el Comisario que se ha burlado del escritor le aconseja que se oculte de sus perseguidores. Oliver accede, pero es detectado por el OVNI, y la cacería sigue su curso de manera implacable. En un momento dado las amigas de Oliver se encuentran involucradas

en la persecución. Es cuando Oliver termina siendo capturado por los "alígenos".

Pero las autoridades, ante tal denuncia, optan por solicitar intervención a los organismos espaciales internacionales. El OVNI se convierte en presa al ser perseguido, pero siempre halla la manera de evadir a los aviones supersónicos, esfumándose en el espacio. Cuando los extraterrestres se disponen a dirigirse con la nave extragaláctica hacia su mundo remoto llevándose al prisionero, se produce un hecho inesperado. Han sobrepasado el tiempo de permanencia en la Tierra y ya no pueden resistir más la atmósfera de ella, descomponiéndose inorgánicamente. Oliver consigue escapar del OVNI antes de que la nave se autodestruya.

**Alfredo Ernesto Grassi**

## ANUARIO DE LAS HADAS

(Nueva York) — Las Hadas tienen ahora su "Who's Who": la **Encyclopedia of Fairies**, compuesta por Katherine Briggs y publicada por las ediciones Pantheon, Nueva York.

Los ingleses siempre han creído en las hadas; no solamente el pueblo sino también personalidades tales como Arthur Machen, Conan Doyle (el padre de Sherlock Holmes) y W. B. Reats, otro escritor iniciado de la sociedad secreta "Golden Dawn" y premio Nobel.

Los cuentos de hadas forman por lo tanto legión en el folklore británico. Representaron incluso, hasta aproximadamente el siglo XVIII, el equivalente de nuestras historias de platillos volantes.

# LA ALFOMBRA ROJA

por H. P. LEWIS



—Pobre Pelusa —sollozó don Alejandro mientras levantaba el gatito de la acera y lo introducía en una caja negra.

Pensar que hace unos instantes correteaba alegremente —se dijo mientras secaba sus mejillas húmedas. Lo acarició con ternura una vez más y colocó la tapa del pequeño ataúd improvisado. Lo afirmó bajo su brazo derecho, mientras que con la otra mano tomaba la pala, y comenzó a caminar lentamente. Al doblar la esquina, avistó el baldío al que se dirigía.

“Allí lo enterraré”, pensó, no pudiendo reprimir un nuevo acceso de llanto. Los cincuenta años se le multiplicaron en el rostro.

Al llegar, depositó la caja en el suelo y permaneció de pie como formando parte del silencio. Luego comenzó a cavar. Finalmente tomó la caja, la introdujo en el hoyo, y tras un momento de indefinición selló la tumba. Regresó lentamente hacia su casa sintiendo que una profunda soledad iba creciendo en su interior. Recorrió el pasillo de su edificio acompañado por el sordo gemido de sus pasos.

Al entrar en su viejo departamento, éste le pareció extrañamente vacío. Guardó la pala y se dejó caer pesadamente en el sillón, mientras se frotaba los ojos tratando de disipar esa sensación opresiva. Pensó encender el televi-

sor pero en seguida rechazó la idea. Supo que tampoco la lectura lograría distraerlo realmente y era distracción lo que necesitaba.

—Tal vez si voy a ver a Juan —musitó, pero esta idea tampoco apartó la angustia.

En realidad nadie comprendía su inmenso cariño por Pelusa, ni siquiera Juan, casi el único amigo que quebraba su ermitaña existencia. Don Alejandro paseó la mirada nerviosamente por la habitación y sus ojos tropezaron con la reproducción de un cuadro de Quinquela Martín. Los vivos trazos dieron nacimiento al repentino alivio que buscaba.

—El puerto —murmuró—. Allí fue donde encontré a Pelusa —y la decisión surgió automáticamente.

—Me voy a pasear por la Boca.

Salió del departamento y caminó con paso firme hasta la parada del colectivo, tratando ferozmente de retener en su interior esa sensación balsámica que la imagen del puerto produjo en él. Esperó impacientemente y por fin ascendió en el vehículo medio vacío, acomodándose en un asiento desde el que permaneció absorto en la contemplación de la ciudad recalentada y amarillenta bajo el intenso sol de la tarde.

Al llegar a la terminal el colectivo frenó bruscamente sacando a don Alejandro de su ensimismamiento. El hombre bajó del colectivo, aletargado por el intenso calor, y comenzó a recorrer las angostas calles del puerto sumido en sus pensamientos. La angustiosa sensación de soledad había retornado en forma inexorable. Pelusa era mucho más que su mascota, era su único refugio frente a la fría hostilidad del mundo.

Tratando de sobreponerse, don Alejandro se concentró en el pintoresco recorrido. A través de los párpados entrecerrados se filtraron grises case- rones que parecían agrietarse bajo la presión del calor. Los viejos ventanales de madera le insinuaban enigmáticos interiores e incontables años acumulados bajo los techos de chapa. Las calles, particularmente desiertas, lo invadieron de irrealidad.

Luego de vagar sin rumbo por la confusa maraña de callejones que rodean el puerto don Alejandro se dio cuenta que estaba perdido.

Intranquilo, ya que era la primera vez en muchos años que se hallaba en una zona tan alejada de su casa, comenzó a buscar por las calles vacías algún comercio abierto donde pudieran orientarlo.



Tras un buen rato de búsqueda halló un local de antigüedades instalado en un viejo edificio colonial y penetró en él, pero no encontró a nadie tras el mostrador. De inmediato las características del lugar despertaron su curiosidad, ya que no se trataba de un comercio de artículos regionales como él había creído. A pesar de su escaso conocimiento sobre estos asuntos, pudo reconocer armas y diversas artesanías incaicas, así como también objetos que parecían mucho más antiguos. Sobre el mostrador descansaban algunos libros que, según creyó, databan de varios siglos atrás.

Don Alejandro, venciendo su habitual timidez, se puso a ojear uno de los viejos volúmenes sorprendiéndose ante la encuadernación metálica y

la coloración rojiza de sus hojas. Estaba absorto contemplando el libro cuando alguien lo interrumpió. Era un individuo delgado y de baja estatura. Sus ojos sumamente hundidos y los labios finos y pálidos, le daban al rostro un aspecto cadavérico especialmente desagradable. El sujeto, quien era evidentemente el encargado del comercio, lo increpó con un expeditivo "qué desea" que dejó a don Alejandro totalmente confundido. Apenas repuesto de la repentina interrupción, arguyó excusándose:

—Estaba observando solamente algunas de las antigüedades que tiene aquí. En verdad son muy interesantes...

—¿Va a comprar alguna? —preguntó el vendedor en tono cortante.



Don Alejandro, intimidado por estas palabras, recorrió la tienda con la mirada en busca de algo en qué poder interesarse. Iba a intentar una respuesta evasiva cuando la vio. Estaba enrollada casi fuera del alcance de su vista, así que tuvo que acercarse para verla mejor. Era una alfombra de color rojo pálido cuyo tamaño (según constaba en una tarjeta clavada en el estante) era de un metro y medio de largo por un metro de ancho.

Estaba hecha con la piel de un animal que lo desconcertó dada su extraordinaria flexibilidad y los largos pelos rojos que la inundaban.

Al extenderla pudo ver en su centro un extraño grabado a fuego que representaba a un viejo alquimista o mago, munido de sus instrumentos. Con

una mano sostenía algo que podía ser un libro, mientras que la otra se alzaba en actitud reverente. A su alrededor se amontonaban unos bultos o sombras sin forma definida. Don Alejandro permaneció contemplándola fascinado.

—¿Va a comprar alguna cosa? —insistió el desagradable sujeto.

Arrancado de su ensimismamiento, la respuesta surgió en forma automática.

—Oh, sí, quiero comprar esta alfombra, ¿cuánto pide por ella?

—Veinticuatro mil pesos —respondió parcamente el vendedor.

—Está bien —dijo don Alejandro mientras contaba el dinero y lo dejaba sobre el mostrador. El otro enrolló la alfombra y se la entregó. El

viejo recordó entonces por qué se hallaba en el comercio.

—Me encuentro medio perdido. ¿Me podría indicar cómo encontrar alguna avenida?

—Al salir siga a su derecha por esta calle —respondió el vendedor mientras desaparecía en la trastienda.

Don Alejandro no se atrevió a insistir y salió del comercio tomando la dirección indicada, absorto en su nueva adquisición.

Al llegar a una avenida, en vista que había comenzado a oscurecer tomó un taxi hasta su casa. Pasó todo el viaje pensando en la alfombra, en la extraña fascinación que lo indujo a comprarla a pesar de la hostilidad del vendedor y de la ridícula circunstancia de que una alfombra era lo que menos necesitaba. Palpó luego su extraña textura, que le produjo un cosquilleo casi eléctrico, y se consoló pensando que dado lo raro de la piel y lo antiguo del grabado probablemente se trataba de una pieza de valor, quizás adquirida a muy buen precio.

Eran alrededor de las ocho de la noche cuando descendió lentamente del taxi frente a la puerta de su casa. El cansancio de aquel día agotador lo abrumaba, y no lograba apartar el recuerdo de Pelusa,



El pasillo se le antojó extrañamente largo, debido a la fatiga y al curioso hecho de que la alfombra era mucho más pesada de lo que había supuesto.

Entró en el departamento dejándola caer en medio de la sala, la extendió con suavidad y se quedó mirándola detenidamente. Era indudable que se trataba de un material sumamente raro, ya que a pesar de que él había trabajado durante algunos años en peletería, jamás se encontró frente a nada parecido. Al examinarla de cerca, observó lleno de sorpresa cómo los largos pelos rojos parecían oscilar en una fantástica danza.

Se frotó los ojos tratando de disipar esa inquietante impresión y mientras continuaba observándola un extraño embotamiento comenzó a invadir sus sentidos en forma casi imperceptible. En estado semihipnótico sintió que un irrefrenable impulso surgía en su interior. Se quitó lentamente los zapatos y caminó por la alfombra hasta detenerse sobre el misterioso grabado. En ese instante su cuerpo se llenó de sensaciones indescribibles y lo asaltaron confusas visiones.

Repentinamente se alzó ante sus ojos la imagen de un antiguo altar tallado con vívidas representaciones de ma-

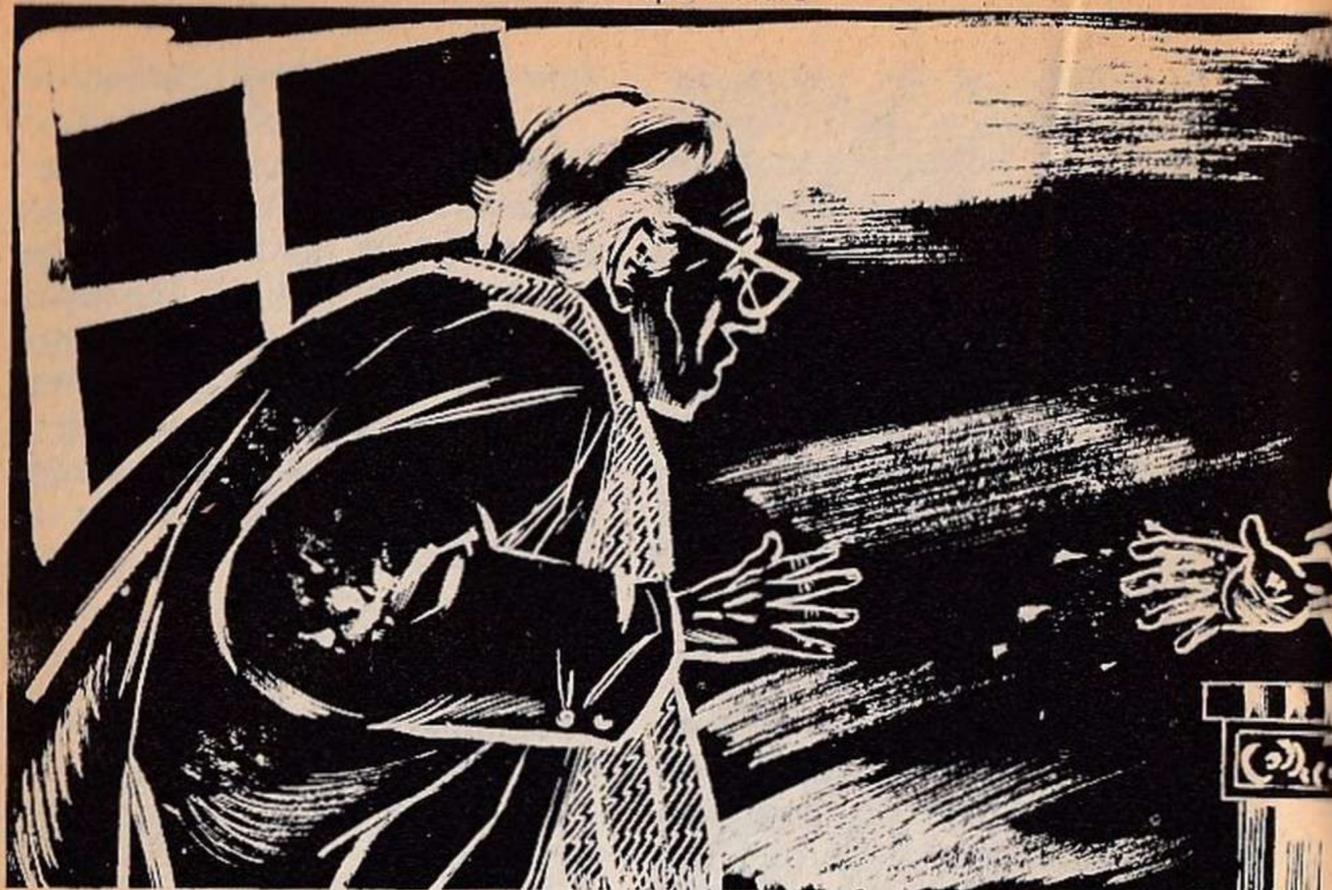
lignos y olvidados demonios.

Al pie del altar se estaba llevando a cabo un salvaje sacrificio, rodeada la escena por siluetas que no parecían ser humanas. La víctima, marcada por numerosas torturas, era arrastrada por sus atormentadores hacia una alfombra púrpura, y los alaridos del desdichado preanunciaban el espantoso destino que lo esperaba.

Don Alejandro, presa de terribles convulsiones, salió trastabillando de la alfombra y se desplomó desmayado.

Al despertar se encontraba terriblemente confundido. Se levantó trabajosamente dirigiéndose hacia el teléfono con la intención de llamar a su médico, pues temió que sus desvaríos y alucinaciones fueran síntomas de alguna extraña enfermedad. Pero al consultar mecánicamente su reloj de pulsera, observó que eran más de la una de la madrugada. Una hora verdaderamente intempestiva para llamar al doctor. Recapacitó sobre el asunto, concluyendo finalmente que era sólo agotamiento nervioso.

Por lo tanto se dirigió a la cocina, donde se sirvió una abundante ración de caña que bebió de un trago. Ya más calmado, volvió a llenar el vaso y se encaminó donde la visión de la enigmática alfombra le



produjo un escalofrío. Vació su segundo vaso de caña y enfiló hacia el dormitorio, donde se acostó diciéndose que a primera hora del día siguiente llamaría al médico.

Al otro día fue despertado por el hiriente sonido del timbre, y de inmediato un estallido de dolor invadió su cabeza.

Se levantó torpemente y arrastrando los pies se dirigió hacia la puerta. Al pasar junto a la alfombra la eludió instintivamente y habló a través de la gruesa madera:

—¿Quién es? —preguntó.

—El lechero —respondió una voz.

—Un momento, por favor.

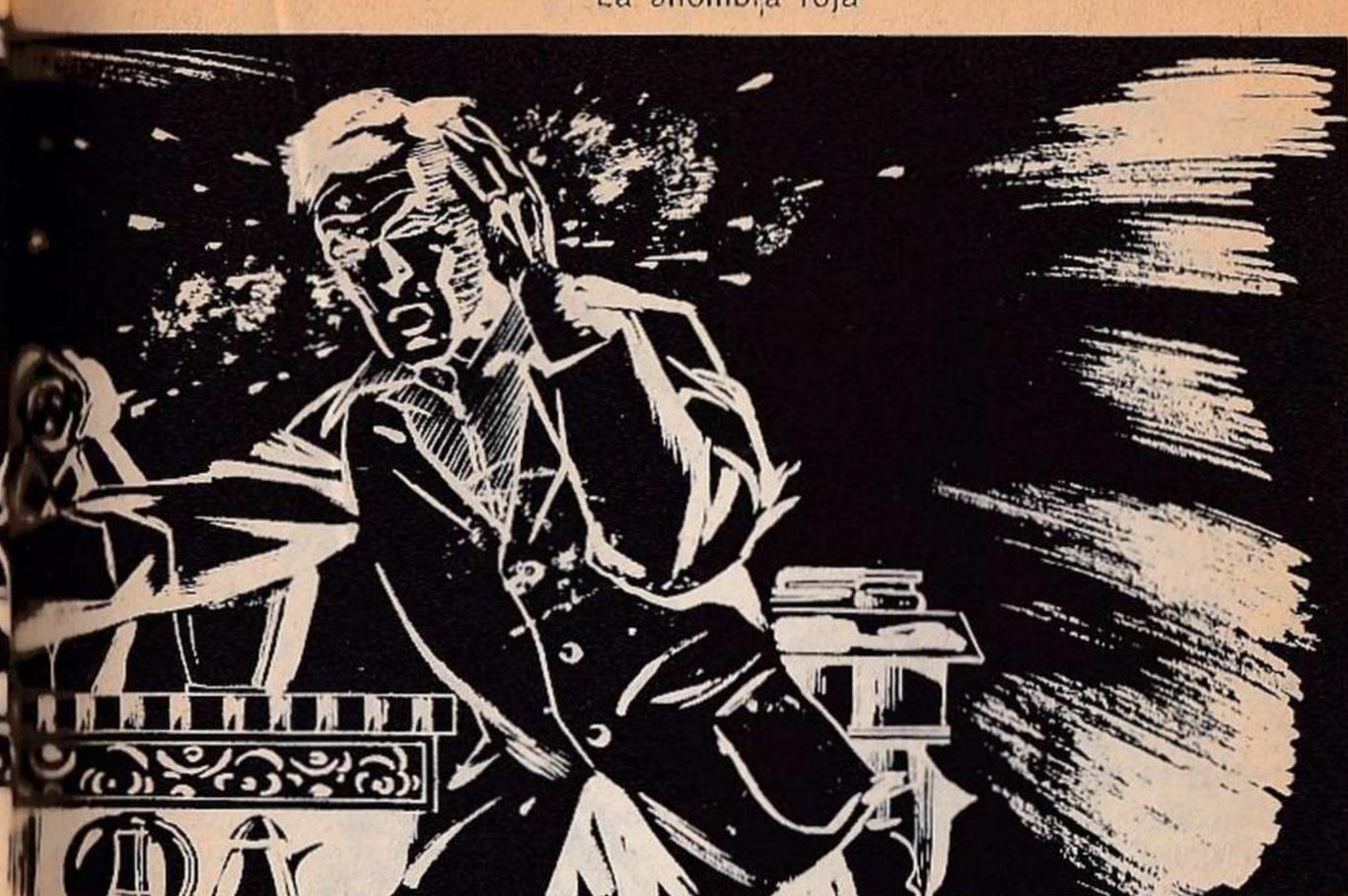
Don Alejandro trajo de la

cocina dos botellas vacías y abrió la puerta trabajosamente.

—Buenos días, don Alejandro —saludó el hombre corpulento desde el umbral—. Disculpe que lo haya molestado, pero como no me dejó los envases... ¿Se siente mal? —preguntó al ver el rostro ojeroso y amarillento del dueño de casa.

—Un poco, gracias, pero no es nada grave. Sólo una mala noche, aquí están los envases. Pero ya que estamos, si me espera unos minutos, le pagaré la cuenta del mes.

—Sí, cómo no, me falta solamente la planta baja de este edificio para finalizar el reparto.



El lechero dejó dentro del departamento dos botellas llenas y llamó con un grito a su ayudante. Poco después un chico sudoroso llegó corriendo hasta la puerta.

—Luis —dijo el lechero—, lleva estos envases hasta el camión y andate a almorzar que yo me encargo de los demás departamentos.

El chico asintió y se fue corriendo por el pasillo.

—Entre y cierre la puerta, por favor —dijo don Alejandro dirigiéndose al dormitorio en busca del dinero. El otro obedeció y comenzó a observar la alfombra con profundo interés.

Al regresar don Alejandro el lechero comentó:

—Qué alfombra tan rara tiene, nunca vi nada parecido... Debe ser muy suave y blanda... —y como para corroborar su afirmación, el hombre se adelantó hasta colocar los pies sobre la alfombra.

En ese instante ocurrió algo tan inesperado y aterrador, tan irreal, que don Alejandro quedó paralizado en su sitio, víctima del horror que le transmitían sus sentidos:

El rostro del pobre individuo se contrajo por un dolor agónico. Los ojos saltaron de sus cuencas y los poros de todo el cuerpo se abrieron para comenzar a manar sangre como si se hallara bajo una campana de vacío.

El denso líquido se fue deslizando lentamente por el cuerpo ya casi transformado en un amasijo sanguinolento, y fue absorbido en su totalidad por la alfombra. Luego de unos minutos de ininterrumpido horror, el cuerpo del lechero quedó sumido y arrugado como una uva seca, y un momento después comenzó a desintegrarse en el aire lentamente.

El pánico de don Alejandro llegó a su clímax. Lanzando un alarido de terror huyó desesperadamente hacia su dormitorio donde se encerró bajo llave. Su mente embotada apenas logró captar el rápido transcurso del tiempo. Finalmente, al borde del desmoronamiento, se aferró a la idea de que sufría fuertes alucinaciones. Haciendo acopio de valor se obligó a encaminarse hacia la sala para telefonar al médico. En el momento mismo en que giraba la llave, vio desparramados por el piso los billetes con que pensaba pagarle al lechero. Este inesperado golpe de la realidad lo hizo temblar. En medio de su horror y luchando por conservar la razón, tan sólo logró rescatar una idea: debía llegar hasta su médico.

Salió de su dormitorio apretando los dientes y cruzó el comedor con paso vacilante

hasta llegar a la sala. Sus ojos buscaron instintivamente la alfombra, descubriendo espantado que el color rojizo se había intensificado acercándose al púrpura. Un acceso de náuseas lo obligó a desviar la vista, que para su desesperación tropezó con las botellas llenas de leche. Con el rostro desfigurado por el miedo se precipitó fuera del departamento.

—No, no puede ser... ¡Me estoy volviendo loco! —se dijo en voz alta.

Recorrió el pasillo con celeridad mirando incrédulo los envases de leche vacíos que se amontonaban junto a las demás puertas. Al llegar a la calle su corazón dio un vuelco. Frente al edificio, formando doble fila, se hallaba estacionado el camión repartidor y junto a él un policía.

—Buenos días —dijo el agente dirigiéndose a don Alejandro—. ¿No vio por casualidad al dueño de este camión?

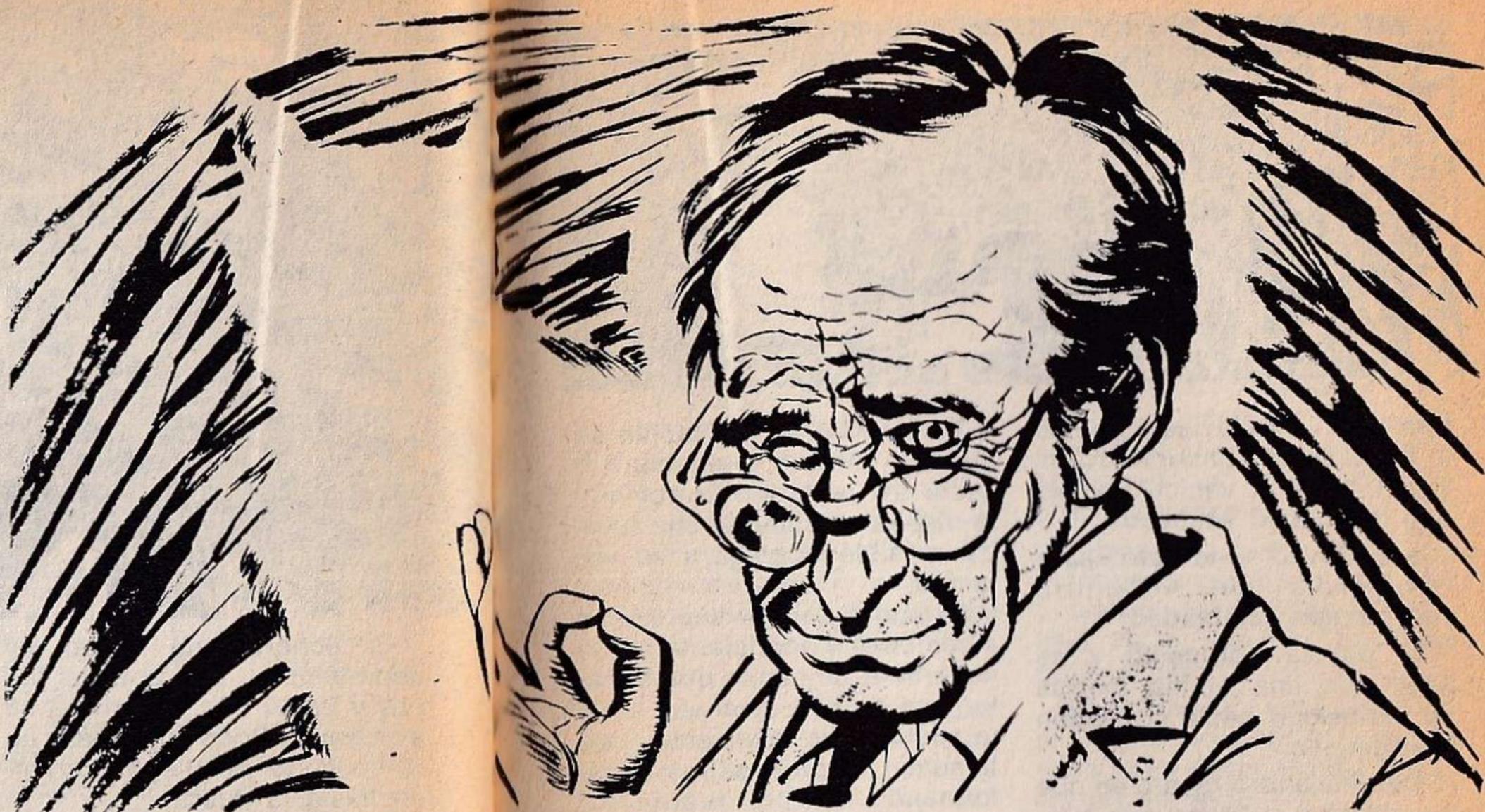
El viejo dudó un momento antes de responder.

—Sí, le pagué mi cuenta del mes y luego se fue.

—Es muy raro —observó el policía—. Dejó el reparto sin terminar según me informaron sus vecinos...

—A lo mejor surgió algún imprevisto, y el camión se descompuso —sugirió don Alejandro, nerviosamente.

—Es posible —replicó con lentitud el agente—. De todas





formas si lo ve, avísele que se le ha levantado una infracción, y que retire el vehículo antes que la grúa lo secuestre.

—Si lo veo se lo haré saber —respondió don Alejandro con forzada amabilidad.

El policía agradeció y se alejó con una última mirada de curiosidad hacia el camión abandonado.

Don Alejandro reparó en que comenzaba a llover con creciente intensidad, y contra toda lógica se encontró regresando sobre sus pasos en busca de un paraguas.

Repentinamente lo asaltó el recuerdo de "Pelusa" y una profunda angustia lo golpeó con fuerza, al tiempo que misteriosas imágenes se confundían con la de su gato. Penetró cautelosamente en el departamento y al enfrentar la alfombra su primer impulso fue huir. Pero algo lo indujo a quedarse parado junto a ella.

Temblando de excitación se arrodilló junto a la alfombra a pesar del profundo horror que le inspiraba, como si una fuerza invisible doblegara su voluntad.

Extendió una de sus manos y comenzó a acariciar la suave superficie, sintiendo que el calor que de ella emanaba tenía la cualidad de lo viviente. Lentamente el horror se fue transformando en un demencial sentimiento de ternura y, mientras continuaba acariciando al monstruoso objeto, sus apagados murmullos comenzaron a hilvanarse en extrañas frases:

—Qué suave es —se dijo mientras deslizaba sus dedos por la pelambre rojiza—. Tan suave como "Pelusa".

La alfombra pareció emitir un sonido similar al ronroneo de un gato y el anciano sonrió con dulzura.

Repentinamente don Alejandro se levantó con un grito de desesperación:

—¿Qué me sucede?... ¿Pero qué estoy haciendo?... ¡Si no es nada más que una alfombra! ¡Mi Dios, me estoy volviendo loco! —la voz se le quebró en un sollozo mientras se precipitaba fuera del departamento. Su mente era un torbellino donde la tierna figura de Pelusa se fundía con imágenes de un horror indescriptible.

La huida de don Alejandro finalizó frente a la densa cortina de lluvia que se desplomaba a las puertas del edificio. Permaneció inmóvil mirando hacia ninguna parte. Su rostro lívido parecía una máscara de yeso debajo de la cual el verdadero rostro se hallaba prisionero.

En ese momento la figura de un hombre joven se zambulló en el mismo umbral que ocupaba el anciano. Se veía claramente que había sido sorprendido por la lluvia, y ahora empapado y aterido, buscaba refugio. Se miraron por un instante.

—¡Qué tiempo espantoso! —comentó don Alejandro con acento comprensivo.

—¡Es terrible! Jamás creí que pudiera llover de esta manera —respondió el muchacho esbozando una sonrisa.

Don Alejandro asintió simpáticamente mientras un verdadero aquelarre estallaba en

su interior, invadándolo un oscuro placer al recordar el delicioso cosquilleo que produjo el pelaje de la alfombra sobre sus dedos. Un brillo demencial encendió repentinamente sus pupilas y dijo con un aire casi paternal:

—Está mojado hasta los huesos y va a pescar una pulmonía con este frío. ¿Por qué no pasa a tomar algo caliente y a secarse un poco?

—No, muchas gracias —respondió el joven—. No se preocupe por mí. Seguramente pronto amainará...

—No creo..., no creo..., y perdone que insista, pero me parece que si no sigue mi consejo va a terminar con una gripe o algo peor.

El muchacho miró indeciso sus ropas mojadas y el fuerte viento que arremolinaba la lluvia en las esquinas.

—Tiene razón. ¿Seguro que no será una molestia?... Realmente se lo agradezco...

—Al contrario —cortó don Alejandro mientras que con un ademán indicaba el camino a su departamento.

El joven comenzó a seguirlo tímidamente y don Alejandro pensó que su mascota ya debía tener hambre, en tanto que una sonrisa insana brotaba en sus labios, al mirar al visitante que pronto pondría los pies sobre la alfombra roja.

# SALLY

por ISAAC ASIMOV



Sally venía por la pendiente de la carretera del lago. Agité la mano para saludarla y la llamé por su nombre. Siempre me ha gustado Sally. Desde luego que me gustan todas, pero es que Sally es, sin género de dudas, la más linda del grupo.

Se apresuró un poco más cuando la saludé. Pero muy dignamente, tiene mucho estilo. Solamente un poco más aprisa, lo justo para demostrar que también estaba muy contenta de verme.

Me giré hacia el hombre que estaba a mi lado.

—Es Sally —le dije.

No dijo nada; sólo meneó la cabeza y sonrió.

Lo había traído Mrs. Hester. “Este es Mr. Gellhorn, Jake —me había dicho—. Recuerde que le mandó una carta solicitando una entrevista.”

Era un modo de hablar. Tengo mil cosas que hacer en la Granja y si en algo no puedo perder el tiempo es en atender a la correspondencia. Precisamente para eso tengo a Mrs. Hester conmigo. Vive muy cerca, es eficiente para ocuparse de los asuntos de trámite sin tener que importunarme y, lo que es más importante, quiere

a Sally y a las otras. Lo que no puede decirse de todo el mundo.

—Mucho gusto en conocerle, Mr. Gellhorn —le dije.

—Raymond J. Gellhorn —se presentó y al mismo tiempo me alargó una mano que apreté y devolví.

Era un tipo grandote, media cabeza más alto que yo y bastante más grueso. Yo le doblaba la edad, él andaría en sus treinta y pico. Tenía el pelo negro, peinado hacia atrás, muy estirado y brillante con una raya en el medio. Llevaba un delgado bigote, muy bien

recortado. Sus macizas quijadas, bajo las orejas, daban la impresión de que estaba afectado por un leve ataque de paperas. En video habría estado en su papel interpretando el de villano; deduje en consecuencia que era una buena persona. Lo que equivale a decir que el video no suele equivocarse siempre.

—Mi nombre es Jacob Folders —dije presentándome—. ¿En qué podría servirle?

Sonrió. Era una sonrisa amplia, grande, cuajada de blancos dientes.

Me gustaría que me contara algo acerca de su Granja, si no fuera demasiada molestia.

Noté que Sally se me acercaba por detrás y le alargué la mano. Se rozó contra ella y sentí el contacto cálido del duro y brillante esmaltado de su guardabarros.

—Bonito automóvil —comentó Gellhorn.

¡Vaya lamentable comentario! Se trataba, nada menos, de un descapotable 2045, con motor positrónico *Hennis-Carleton* y carrocería de *Armat*. Nunca había visto, absolutamente nunca, ningún modelo con una línea más limpia y fina. Ya hacía cinco años que lado en ella los mejores accesorios que se me habían ocurrido. En todos esos cinco años nunca un ser humano se sentó detrás de su volante.

¡Ni una sola vez!

—Sally —le dije dándole un golpecito cariñoso—, saluda a Mr. Gellhorn.

El ronrón de los cilindros aumentó un poco de volumen. Escuché atentamente por si oía algún golpeteo. Últimamente lo había notado en casi todos los coches y a pesar de haber cambiado de gasolina no había encontrado la solución. Sin embargo, ahora, el zumbido de Sally era tan uniforme como su pintura.

—¿Da nombre a todos sus coches?

Lo dijo divertido y a Mrs. Hester no le gusta la gente que cree que se burla de la Granja.

—Claro que sí —respondió secamente—. Los coches tienen personalidad, ¿verdad, Jake? Todos los sedanes son machos y todos los descapotables son hembras.

—¿Y los aloja en garajes separados, señora? —preguntó Gellhorn sonriendo nuevamente.

Mrs. Hester le dirigió una mirada furibunda.

—Quisiera preguntarle, Mr. Folkers, si podríamos charlar un rato a solas.

—Depende —contesté—. ¿Es usted periodista?

—No. No, señor. Soy agente vendedor. Nada de lo que tratemos es para ser publicado. Puedo asegurarle que soy el primer interesado en el más estricto secreto.

—En ese caso seguiremos un trecho por esa carretera hasta encontrar un banco donde sentarnos.

Empezamos a caminar. Mrs. Hester se fue. Sally seguía pegada a nosotros.

—¿No le importa que Sally nos acompañe? —pregunté.

—En absoluto. Supongo que no repetirá lo que digamos. ¿O puede hacerlo? —se rió

de su chanza y dio la vuelta para acariciar a Sally.

Esta dio una acelerada al motor y Mr. Gellhorn retiró en seguida la mano.

—No está acostumbrada a los extraños —le expliqué.

Nos sentamos en el banco, debajo del gran roble, desde donde podíamos ver al otro lado la carretera privada. Era la hora más calurosa del día y todos los coches estaban funcionando; había por lo menos treinta de ellos. A pesar de estar alejados podía ver cómo Jeremiah seguía con su truco que consiste en acercarse, en sordina y por detrás, a algún serio modelo anticuado y al mismo tiempo aumentar la velocidad y pasar rápidamente a su lado con un deliberado rechinar de frenos. Hacía dos semanas que con ese truco había mandado al viejo Angus fuera del asfalto y para castigar a Jeremiah le había parado el motor un par de días.

Pero temo que es incorregible y todo parece indicar que no podrá hacerse nada para evitarlo. Jeremiah es un modelo deportivo, en resumidas cuentas, y los de su tipo son tremendamente alocados.

—Bueno, Mr. Gellhorn —empecé—. ¿Puedo saber para qué desea usted mis informaciones?

Pero él contemplaba simplemente los alrededores.

—Es un lugar sorprendente, Mr. Folkers —comentó.

—Me gustaría que me llamara Jake, como todo el mundo.

—De acuerdo, Jake. ¿Cuántos coches tiene aquí?

—Cincuenta y uno. Cada año entran uno o dos más. Un año fueron cinco los que llegaron. Y hasta la fecha no hemos perdido ninguno. Todos ellos funcionan perfectamente. Tenemos incluso un modelo 2015, *Mat-O-Mat*, que aún funciona. Se trata de uno de los primitivos automáticos. Fue el primero que tuvimos en la Granja.

¡El buen viejo Matthew! Ahora pasaba la mayor parte del día en el garaje, pero se trataba del abuelo de todos los coches de motor positrónico. Era en aquellos días que los únicos que usaban automáticos eran los veteranos de guerra ciegos, los paraplégicos y los jefes de Estado. Pero mi patrón, Samson Harridge, era suficientemente rico para comprar uno. Yo era su chofer entonces.

Pensarlo me hace envejecer. Recuerdo cuando no había un solo coche en el mundo que tuviera bastante cerebro para encontrar por sí solo el camino de la casa. Conduje cacharros sin vida que necesitaban constantemente que la mano humana estuviera pen-

diente de sus controles. Todos los años máquinas como aquellas solían matar decenas de miles de personas.

Los automáticos acabaron con eso. Un cerebro positrónico tiene reflejos mucho más rápidos que los humanos. Compensó sobradamente a la gente el mantener sus manos alejadas de los controles. Simplemente entrar, apretar el botón de destino y ya se les puede dejar que sigan su camino.

Ahora la gente ya lo ha olvidado, pero recuerdo cuando salieron las primeras leyes prohibiendo a los viejos coches usar las carreteras, limitando su uso a los automáticos. ¡Dios mío, qué alboroto! Calificaron a las leyes en todos los tonos, desde comunistas a fascistas, pero lo cierto es que las carreteras quedaron libres, terminó la carnicería y aun mayor cantidad de gente pudo trasladarse más fácilmente después de las nuevas ordenanzas.

Desde luego que los automáticos costaban de diez a cien veces más que los manuales y no eran muchos los que podían permitirse comprar uno. La industria se especializó en la producción de automatobuses. A cualquier hora podía llamarse a una agencia y en cuestión de minutos se tenía un vehículo delante de la casa que le lle-



vaba donde uno quería. Usualmente se hacía el viaje acompañado de otras personas que hacían una ruta parecida, pero, ¿qué había de malo en ello?

Pero Samson Harridge tuvo su coche propio y yo estuve a su cargo desde el primer momento. Entonces todavía no lo llamaba Matthew y ni se me ocurrió pensar que un día iba a ser el veterano de la Granja. Solamente sabía entonces que me estaba quitando el empleo y lo odié.

—Bueno, Mr. Harridge, ahora ya no va a necesitar más de mis servicios, ¿verdad? —le pregunté.

—¿Está temblando por su empleo, Jake? ¿Cree acaso que voy a confiarme a ese artilugio? ¡Usted seguirá detrás de los controles!

—¡Pero si trabaja solo, Mr. Harridge! Vigila atentamente la carretera, reacciona adecuadamente ante los obstáculos, sean personas u otros coches, y recuerda además las carreteras por donde circular.

—Eso es lo que dicen. Pero a mí me da igual, usted seguirá sentado detrás del volante por si acaso.

Es curioso cómo uno puede llegar a encariñarse con un coche. Al cabo de poco ya empecé a llamarlo Matthew y me pasaba todo el tiempo puliéndolo y cuidando de que tuviera el motor en marcha. Un cerebro positrónico disfruta de las mejores condiciones cuando tiene un control total y continuo de su organismo, lo que equivale a decir que

vale la pena que tenga siempre lleno el depósito de la gasolina a fin de que el motor pueda funcionar sin interrupción de día y de noche. Al poco tiempo podía decir cómo se sentía Matthew con sólo oír el zumbido del motor.

También Harridge, a su modo, quiso cada vez más a Matthew. No tenía a nadie más en quien depositar su cariño. Se había divorciado o sobrevivido a tres esposas, además había sobrevivido a cinco hijos y a tres nietos. Por lo tanto cuando él murió no sorprendió a nadie que dejara su finca para que fuera convertida en una Granja para Automóviles Retirados, me designaba a mí para dirigirla y a Matthew como primer pensionista y, por tanto, el futuro patriarca de un distinguido linaje.

Se convirtió en la razón de mi vida. Nunca me casé. No puede casarse uno y velar además por los automáticos como es debido.

Los periódicos hicieron chacota de ello, pero al poco tiempo cesaron sus burlas. Son asuntos que no pueden tomarse en broma. Quizás usted no ha podido tener nunca un automático y posiblemente de todos modos nunca lo tendrá, pero créame que uno acaba por quererlos. Son muy activos y cariñosos. Solamente un desalmado maltrataría a

uno o permitiría que alguien lo hiciera.

Pronto resultó que cuando alguien había tenido un automático durante bastante tiempo, tomaba sus disposiciones para legarlo a la Granja, si no contaba con un heredero en quien confiar bastante que le daría un trato adecuado.

—¡Cincuenta y un coches! ¡Representan una fortuna!

—Cincuenta mil, por lo bajo, fue la inversión original para cada uno —manifesté—. Pero actualmente valen mucho más. Les he instalado muchos accesorios.

—Debe costar un dineral sostener la Granja.

—Tiene razón. La Granja es una fundación no lucrativa, por tanto estamos exentos del pago de impuestos y además los automáticos que ingresan actualmente suelen venir acompañados de una renta vitalicia. A pesar de todo los gastos son cada vez mayores. Debemos cuidar el paisaje: jardinería, arbolado, etcétera. Hacer además nuevos caminos asfaltados y cuidar de los ya construidos. También gasolina, aceite, reparaciones, nuevos accesorios. Todo cuesta dinero.

—¿Hace mucho que se ocupa de todo eso?

—Ya lo creo, Mr. Gellhorn. Va para treinta y tres años.

—Pero no parece que, en lo personal, usted le saque mucho provecho.

—¿Que no le saco provecho? Me sorprende, Mr. Gellhorn. He obtenido a Sally y a cincuenta más. ¡Mírela!

Yo estaba radiante, no podía evitarlo. Sally era tan limpia que casi dolía. Algún insecto había muerto en su parabrisas o una mota de polvo había caído en él, así que empezó a trabajar. Un tubo delgado salió de un orificio y echó un chorro de tergosol en el cristal. Rápidamente se extendió sobre la superficie de la película de silicona y los limpiaparabrisas ocuparon inmediatamente su lugar, pasando por encima del cristal y forzando el agua a escurrirse por un canalillo que la llevaba, goteando, al suelo. Ni una sola gota cayó sobre el capó resplandeciente de color verde manzana. Los limpiaparabrisas y el tubo del detergente desaparecieron por donde habían salido.

—Nunca había visto un automático hacer esto —comentó Gellhorn.

—Estoy seguro —contesté—. Hice colocar especialmente esos accesorios en nuestros coches. Son limpios. Siempre restregan sus cristales. Les gusta. A Sally, además, le hice instalar chorros

para encerar. Cada noche se pule a sí misma y queda tan brillante que usted podría verse la cara en cualquier parte de ella y hasta afeitarse en el reflejo. Si puedo arañar el dinero necesario haré instalarlos en el resto de las muchachas. Las descapotables son muy vanidosas.

—Puedo explicarle cómo arañar el dinero, si le interesa.

—¡Siempre es interesante saberlo! ¿Cómo?

—¿No lo ve claramente, Jake? Usted mismo dijo que cada uno de esos coches vale como mínimo cincuenta mil. Me atrevería a apostar que hasta alguno excede de los cien mil.

—¿Y?

—¿Nunca se le ha ocurrido venderse unos cuantos?

—Por lo que veo, usted no se ha dado cuenta de algo, Mr. Gellhorn —dije moviendo la cabeza—. No puedo vender ninguno de los coches. Pertenecen a la Granja, no a mí.

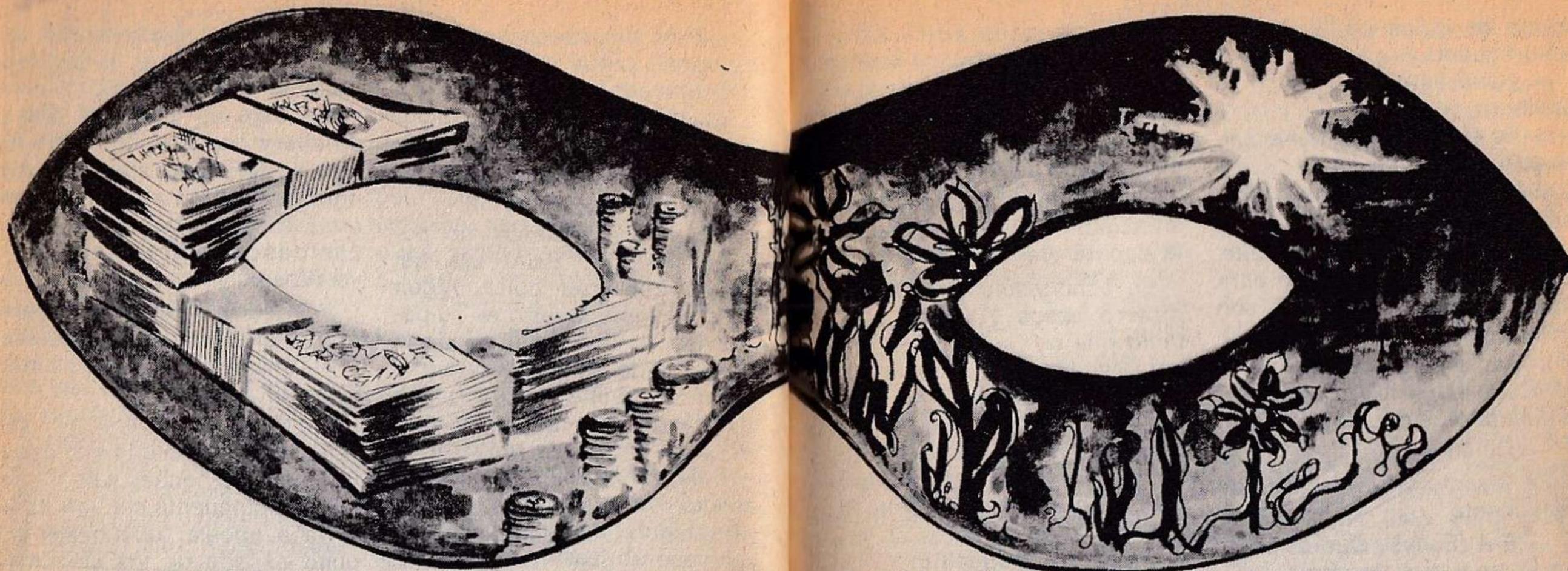
—El dinero iría a parar a la Granja...

—El acta de constitución de la Granja estipula que los coches recibirán cuidado perpetuo. No pueden venderse.

—¿Y qué pasa con los motores?

—No le comprendo.

Gellhorn cambió de posición y su voz se volvió confidencial.



—Fíjese en lo que voy a decirle, Jake, le explicaré la situación. Hay un gran mercado para los automáticos privados con tal de poderlos obtener baratos. ¿De acuerdo?

—No es ningún secreto.

—El noventa y cinco por ciento del costo se lo lleva el motor. ¿No es así? Ahora bien, sé dónde obtener un suministro de carrocerías. Igualmente sé dónde podríamos vender automáticos a muy buen precio, veinte o treinta mil para los modelos más baratos, posiblemente cincuenta o sesenta para los mejores. Todo cuanto necesito son motores. ¿Ve la solución?

—Pues no, no la veo, Mr. Gellhorn —si veía claramente, pero quería que hablara sin pelos en la lengua.

—Pues aquí mismo está. Tiene cincuenta y una soluciones. Usted, Jake, es un experto mecánico de automóviles. O debería serlo. Puede sacarle el motor a un coche y colocarlo en otro sin que nadie note la diferencia.

—No sería muy ético precisamente.

—No les haría ningún daño a los coches. Más bien les haría un favor. Use sus coches más viejos. Empiece con ese viejo *Mat-O-Mat*.

—¡Un momento, Mr. Gellhorn! Los motores y las carro-

cerías no son dos entidades separadas. Forman una unidad. Esos motores están acostumbrados a su cuerpo. No serían felices en otro.

—De acuerdo, en eso tiene usted razón. Muchísima razón, Jake. Sería como tomar su mente y ponerla en el cráneo de otro. ¿De acuerdo? ¿Verdad que no le gustaría?

—Estoy casi seguro que no. Definitivamente, no.

—Pero, ¿qué le parece si tomara su mente y la pusiera en el cuerpo de un joven atleta? ¿Qué le parecería, Jake? Su juventud quedó más atrás. Si le dieran la oportunidad, ¿no le agradecería volver a tener veinte años? Esto es lo que le

estoy ofreciendo para algunos de sus motores positrónicos. Serían colocados en unos cuerpos del 2057. Los últimamente fabricados.

—Me parece una tontería, Mr. Gellhorn —le dije riéndome—. Puede que algunos de nuestros coches sean viejos, pero están muy bien cuidados. Nadie los conduce. Les permitimos obrar a su antojo. Están jubilados, Mr. Gellhorn. Por nada del mundo quisiera tener yo el cuerpo de veinte años si significara que tengo que cavar zanjas por el resto de mi vida y no tener bastante para comer... ¿Qué opinas, Sally?

Las dos portezuelas de Sally se abrieron y volvieron a ce-

rrarse de golpe con un ruido amortiguado.

—¿Qué es eso? —preguntó Gellhorn.

—Es el modo que tiene Sally para reírse.

Gellhorn soltó una risita forzada.

—Hablemos en serio, Jake. Los coches se han hecho para usarse. Probablemente no son felices si no se los usa.

—Nadie se ha subido a Sally desde hace cinco años y a mí me parece que es muy feliz.

—¿Quién sabe!

Se levantó y fue hacia Sally lentamente.

—¡Eh! ¡Sally! ¿Qué te parece si me llevas un rato?

Su motor aumentó de revoluciones y ella se echó hacia atrás.

—No la empuje, Mr. Gellhorn —le dije—, es espantadiza.

Unos cien metros más arriba, en la carretera, había un par de sedanes. Se habían detenido. Quizás, a su manera, estaban observando. No me preocupé por ellos, tenía puestos los ojos en Sally sin apartar la mirada.

—¡Quieta, Sally! —ordenó Gellhorn, dio un salto a un lado y agarró el pestillo de la portezuela. Claro está, no pudo abrirla.

—Hace apenas un minuto que se abrió —dijo.

—El cierre es automático —respondí—. Sally tiene un gran sentido de la intimidad.

Soltó el pestillo de la portezuela y luego dijo, despacio y deliberadamente:

—Un coche con sentido de intimidad no debería andar con la capota plegada.

Se echó hacia atrás tres o cuatro pasos y rápidamente, tanto que no pude hacer nada para evitarlo, corrió hacia adelante y de un salto se coló dentro del coche. Tomó a Sally completamente desprevenida, debido a que inmediatamente que hubo entrado cerró la llave del arranque, antes de que ella pudiera bloquearlo.

Por primera vez en cinco años el motor de Sally estaba muerto.

Creo que grité, pero Gellhorn puso el arranque en "manual" y lo bloqueó además en dicho punto. Puso en marcha el motor. Sally estaba nuevamente viva, pero había perdido su libertad de acción.

Corrió por la carretera. Los sedanes estaban en el mismo lugar. Dieron la vuelta y se fueron lentamente. Me imagino que estaban perplejos.

Uno de ellos era Giuseppe, procedente de las ensambladoras de Milán y el otro era Stephen. Siempre andaban juntos. Ambos eran nuevos en la Granja, pero habían estado bastan-

te con nosotros para darse cuenta de que nuestros coches no tenían choferes.

Gellhorn siguió de frente y cuando los sedanes se hicieron la idea dentro de su cabeza de que Sally no iba a frenar, que ella *no podía* frenar, era muy tarde para tomar otras medidas que las desesperadas.

Y las tomaron, se apartaron uno a cada lado y Sally pasó velozmente entre los dos como un rayo. Steve chocó contra la cerca que bordeaba el lago y rodó hasta detenerse en el césped y el barro, a menos de quince centímetros de la orilla. Giuseppe dio porrazos a lo largo de la pared que bordea el otro lado de la carretera, hasta detenerse tras varias sacudidas.

Hice regresar a Steve a la carretera y estaba tratando de apreciar los daños, si los había habido, producidos por la verja, cuando Gellhorn regresó.

Gellhorn abrió la portezuela de Sally y se apeó. Inclínandose hacia atrás apagó, por segunda vez, el encendido.

—Bueno —dijo—, creo que le habrá hecho un gran bien.

—¿Por qué se precipitó entre los dos sedanes? No había ningún motivo para hacerlo —dije conteniendo mi ira.

—Esperaba que se apartarían de mi camino.

—Lo hicieron. Uno se estrelló contra la verja.

—Lo siento, Jake —dijo—. Pensé que se apartarían más rápidamente. Ya sabe lo que pasa. He viajado en muchos autobuses, pero sólo había viajado en un automóvil particular dos o tres veces en la vida y ésta ha sido la primera que he conducido uno. Esto lo explica todo, Jake. Me entró la comezón de conducir uno, y como soy un poco cabeza dura... Como le iba diciendo, no creo que sea necesario hacer más allá de un veinte por ciento de descuento sobre los precios de lista para hacer unas buenas ventas y nos quedará una utilidad de un noventa por ciento.

—¿Qué partiríamos?

—Mitad y mitad. Recuerde que yo corro todo el riesgo.

—Muy bien. Hasta ahora le he escuchado. Ahora me va a oír a mí —elevé mi voz porque estaba demasiado furioso para seguir siendo cortés—. Cuando apagó el motor de Sally, la hirió. ¿Qué tal se sentiría si le golpearan y le dejaran inconsciente? Eso le ha hecho a Sally cuando ha parado su motor.

—Exagera, Jake. Los autobuses los apagan todas las noches.

—Seguro, y ésta es la razón por la que no quiero que a ninguno de mis muchachos o

muchachas lo pongan en uno de sus elegantes cuerpos del 2057, donde quién sabe el tratamiento que les darían. Los autobuses necesitan reparaciones mayores en sus circuitos positrónicos cada dos años. Al viejo Matthew ni se le han tocado los suyos desde hace veinte. ¿Qué puede usted ofrecer a cambio de eso?

—Bueno, ahora está excitado. Dejemos que piense de nuevo en mi propuesta una vez se haya calmado y entonces póngase en contacto conmigo.

—Ya lo he pensado sobradamente. Si vuelvo a verle, llamaré a la Policía.

—¡Un momento, viejo! —dijo con una expresión dura y fea.

—¡Un momento, eso le digo! Esta es una propiedad privada y le ordeno que se largue inmediatamente.

—Muy bien, entonces. ¡Hasta pronto! —y se encogió de hombros.

—Mrs. Hester le indicará la puerta de salida. Y que su hasta pronto signifique hasta nunca.

Pero no fue hasta nunca. Volví a verle dos días más tarde. Dos días y medio, para ser precisos. Era cerca de mediodía cuando le vi por primera vez y era un poco pasada la medianoche cuando volví a verle.

Estaba sentado en la cama cuando prendió la luz. Parpadeé cegado hasta que me di cuenta de lo que sucedía. Cuando pude ver, no me costó mucho explicarme la situación. En realidad no me costó nada. Con la mano derecha empuñaba un arma, la sórdida agujita del cañón apenas visible entre dos dedos. Sabía que sólo con aumentar la presión de su mano me convertiría en pedazos.

—Vístase, Jake.

No me moví, únicamente le miraba.

—Escúcheme, Jake. Conozco el terreno. Recuerde que le visité hace un par de días. No tienen vigilantes, ni las cercas están electrificadas, ni hay sistemas de alarma. Nada.

—No las necesito —le contesté—. Por lo tanto nada impedirá que usted se largue, Mr. Gellhorn. Es lo que haría en su lugar. Esta finca puede volverse muy peligrosa.

—Sí lo es, para quienquiera que esté del lado equivocado de esta arma —contestó con una risita.

—Lo sé, ya vi que tiene una.

—Entonces muévase. Mis hombres nos esperan.

—No, Mr. Gellhorn. No antes de que me diga qué pretende. Y cuando me lo haya dicho quizá tampoco.

—Le hice una proposición el otro día.

—La respuesta sigue siendo no.

—Ahora hay algo más en mi proposición. He venido con algunos hombres y un automatobús. Le doy la oportunidad de venir conmigo y desconectar veinticinco motores positrónicos. Dejo a su elección escogerlos. Nosotros los cargaremos en el autobús y partiremos. Una vez los hayamos vendido haré los arreglos necesarios para que usted tenga su justa participación.

—Supongo que puedo contar con su palabra de honor.

No reaccionó o no se dio cuenta de mi sarcasmo y respondió:

—Cuente con ella.

—¡No! —respondí.

—Si insiste en su negativa, lo haremos a nuestro modo. Desconectaré yo mismo los motores, pero serán los cincuenta y uno. Absolutamente todos.

—No es fácil desconectar motores positrónicos, Mr. Gellhorn. ¿Es acaso experto en robótica? Aunque lo fuera, como usted sabe esos motores han sido modificados por mí.

—Lo sé, Jake. Y para ser sincero debo confesarle que no soy ningún técnico. Es posible que estropee algunos de los motores al sacarlos. Es por ello que tendré que desconectar los cincuenta y uno si usted

no quiere cooperar. Necesité únicamente veinticinco una vez haya terminado. Los primeros que desmonte serán con seguridad los que más sufrirán. Hasta que mis manos se hayan acostumbrado, ¿comprende? Y si soy yo quien tiene que hacerlo, voy a empezar con Sally.

—No creo que hable en serio, Mr. Gellhorn.

—Hablo muy en serio, Jake —y prosiguió articulando cada palabra—: Si quiere ayudar, podrá quedarse con Sally. De lo contrario es posible que sufra muchísimo. Lo siento.

—Iré con usted, pero se lo advierto de nuevo: va a tropezar con dificultades, Mr. Gellhorn.

Pensó que yo era un tipo muy divertido. Se reía por lo bajo cuando bajamos juntos a la escalera.

Había un automatobús esperando a un lado del camino que conduce a los garajes. A su vera se veían las sombras de tres hombres que prendieron sus linternas cuando nos acercamos.

—Aquí tengo al viejo. Vamos. Suban el autobús por el camino y manos a la obra —les dijo a sus hombres en voz baja.

Uno de ellos se inclinó y apretó las instrucciones correspondientes en el panel de control. Fuimos andando camino arriba con el autobús que nos seguía sumiso.

—No va a poder entrar en el garaje —aclaré—. No pasaría por la puerta. No albergamos autobuses, solamente coches privados.

—Está bien —dijo Gellhorn—. Estacionadlo en el césped y mantenedlo fuera de la vista.

Diez metros antes de los garajes ya podía oír el zumbido de los coches.

Usualmente bajaban el tono cuando entraba, pero no fue así esa vez. Pensé que habían notado que había forasteros y tan pronto fueron visibles las caras de Gellhorn y de sus acompañantes el ruido incrementó. Cada motor emitía un cálido rumor y todos empezaron a pistonear irregularmente hasta que el local entero resonaba.

Las luces se prendieron automáticamente cuando entramos. A Gellhorn parecía no molestarle el ruido de los coches, pero sus tres acompañantes estaban sorprendidos e incómodos. Tenían el aspecto de matones alquilados, un aspecto que no se compone de rasgos faciales sino más bien por una mirada desconfiada y un rostro de perro de presa. Conocía el tipo y no me preocupaba.

—¡Demonios! Están consumiendo gasolina —dijo uno de ellos.

—Mis coches siempre funcionan —respondí secamente.

—Pero esta noche, no —dijo Gellhorn—. ¡Apáguenlos!

—No es tan fácil, Mr. Gellhorn —le dije.

—¡Empecemos! —ordenó. No me moví. Su arma me apuntaba firmemente.

—Ya lo expliqué, Mr. Gellhorn, que mis coches han sido bien tratados mientras han vivido en la Granja. Están acostumbrados a ese trato y se resenten de cualquier otro.

—Le doy un minuto —dijo—. Deje los sermones para otra oportunidad.

—Estoy tratando de explicarle algo. Trato de aclararle que mis coches entienden lo que les digo. Un motor positrónico acaba por entender, con tiempo y paciencia. Mis coches aprendieron. Sally comprendió su proposición de hace un par de días. Recuerde que se rió cuando pedí su opinión. Tampoco ha olvidado lo que usted le hizo igual que a los dos sedanes que dispersó. Y en cuanto a los otros saben lo que hay que hacer con aquellos que se meten donde no los llaman.

—¡Oiga, viejo loco...!

—Lo que tengo que decirles es... —dije levantando la voz—, ¡lárguense!

Uno de los hombres empalideció y soltó un grito, que

quedó completamente ahogado por el estruendo de cincuenta y una bocinas que se dispararon al mismo tiempo. Mantuvieron el tono y entre las cuatro paredes del garaje el eco lo agigantaba hasta convertirse en un griterío salvaje y metálico. Dos coches se adelantaron, despacio, pero sin duda posible en cuanto a su blanco. Dos coches se pusieron en fila tras de los primeros. El resto se agitaba en sus compartimientos privados.

Los gorilas abrieron ojos como naranjas y se echaron hacia atrás.

—¡No se pongan contra la pared! —les grité.

Aparentemente también ellos habían tenido el mismo pensamiento instintivo. Corrieron alocadamente hacia la puerta del garaje.

Al llegar al umbral uno de los tipos de Gellhorn dio la vuelta, sacando una pistola. Del cañón salió un rayo delgado y azulado dirigido al primer coche. Era Giuseppe.

Una delgada capa de pintura saltó del capó de Giuseppe y la parte derecha del parabrisas se rajó y astilló sin romperse totalmente.

Los hombres salieron corriendo y de dos en dos los coches los persiguieron en la noche con las bocinas tocando a la carga.

Agarraba a Gellhorn por el hombro, aunque creo que de todos modos no se habría movido. Le temblaban los labios.

—Esta es la razón por la que no tengo guardianes ni cercas electrificadas. Son innecesarios, mi propiedad se protege sola.

Sus ojos iban y venían fascinados cuando, de dos en dos, pasaban los coches rugiendo.

—¡Son unos asesinos! —decía.

—No sea tonto, no matarán a sus hombres.

—¡Son unos asesinos!

—Se limitarán a darles una lección. Mis coches han sido entrenados para la persecución a campo traviesa para casos como éste. Creo que lo que les pasará a sus hombres será peor que si los mataran pura y simplemente. ¿Nunca ha sido perseguido por un automóvil?

Gellhorn no respondió.

Salí. No quería que fuera a perderse nada del espectáculo.

—Habrán sombras que no irán más rápidas que sus hombres, que los perseguirán aquí y los acosarán allá, rugientes, se dirigirán velozmente hacia ellos hasta casi rozarlos, pero sin tocarlos, con un chirrido de frenos y un retumbar de motor. Y así seguirán hasta que sus hombres se caigan, sin

aliento y medio muertos, esperando que las ruedas aplasten sus huesos molidos. Pero los coches no lo harán. Darán media vuelta. Pero le apuesto lo que quiera que sus hombres no regresarán jamás, en toda su vida, ni por todo el dinero que usted o diez como usted les puedan ofrecer. Escuche...

Aumenté el apretón en su hombro. Se estiró para oír.

—¿No oye un abrir y cerrar de puertas de coche?

Era un ruido débil y lejano, pero inequívoco.

—Están riéndose. Se están divirtiendo en grande.

Su cara se contrajo rabiosa. Levantó la mano. Seguía empuñando la pistola.

—No lo haría. Todavía hay un automóvil aquí con nosotros.

Creo que hasta entonces no se dio cuenta de que Sally estaba cerca. Se había movido tan quedamente... A pesar de que su guardabarros derecho casi me tocaba no podía oírle el motor. Seguramente se había aguantado la respiración.

Gellhorn gritó.

—No va a tocarle, mientras yo esté a su lado —le dije—. Pero si me mata... Ya sabe que Sally no le quiere.

Gellhorn giró el arma en dirección a Sally.

—Tiene el motor blindado —le informé—, y antes de que

pueda apretar el gatillo por segunda vez se le habrá echado encima.

—Está bien —gritó. Repentinamente retorció y dobló mi brazo tras de mi espalda con tanta fuerza que me costaba sostenerme en pie. Me sostuvo entre él y Sally sin aflojar la presión. Salga conmigo y no intente soltarse, ¡viejo carcamal!, o le arrancaré el brazo de la coyuntura.

No me quedó otro remedio. Sally iba pegada a nosotros, preocupada y sin saber qué hacer. Traté de hablarle, pero no pude. Solamente podía apretar los dientes y quejarme.

El automatobús de Gellhorn seguía en el exterior del garaje. Me obligó a subir, él saltó detrás de mí y cerró las puertas.

—Ahora hablemos sensatamente —me dijo.

Me frotaba el brazo tratando de desentumecerlo y a pesar de estar pendiente de eso, estaba asimismo automáticamente y sin esfuerzo consciente estudiando el tablero de controles del autobús.

—Se ve que ha sido reconstruido —comenté.

—Así es —respondió cáusticamente—. Es una muestra de mi trabajo. Tomé una carrocería descartada, busqué un cerebro para acomodarle y

lo convertí en un autobús particular. ¿Qué le parece?

Arranque el panel reparado y lo saqué de su lugar.

—¡Cristo! Quítese de ahí —chilló y dejó caer la palma de su mano sobre mi hombro izquierdo.

No quiero hacerle ningún daño al autobús. ¿Por qué clase de persona me ha tomado? Quiero echar simplemente una ojeada a algunas de las conexiones del motor.

Me bastó una mirada. Me giré hacia él hirviendo de indignación.

—Es usted un perro y un bastardo. No tenía ningún derecho a instalar ese motor. ¿Por qué no buscó un técnico robótico?

—¿Cree que estoy loco?

—Aunque fuera un motor robado no tenía ningún derecho a tratarlo así. Yo no trataría a un hombre en la forma que usted ha tratado a ese motor. ¡Soldadura, cinta aislante y empalmes de pinza! ¡Qué brutalidad!

—Pero funciona, ¿no es así?

—Desde luego, pero debe ser un infierno para el autobús. Se puede vivir con jaquecas, con migrañas, con artritis aguda, pero no creo que se le pueda llamar vida. Este autobús *sufre*.

—¡Cierre el pico!

Dio un vistazo al exterior y vio que Sally se había aproximado al autobús lo más que había podido. Revisó que las puertas y ventanillas estuvieran bien cerradas.

—Ahora nos iremos antes de que regresen los coches. Nos quedaremos a la expectativa.

—¿Qué espera lograr?

—Me imagino que a sus coches algún día van a acabarse la gasolina. Supongo que no los ha arreglado para que ellos mismos se la sirvan cuando la necesitan. Entonces regresaremos y acabaremos nuestra tarea.

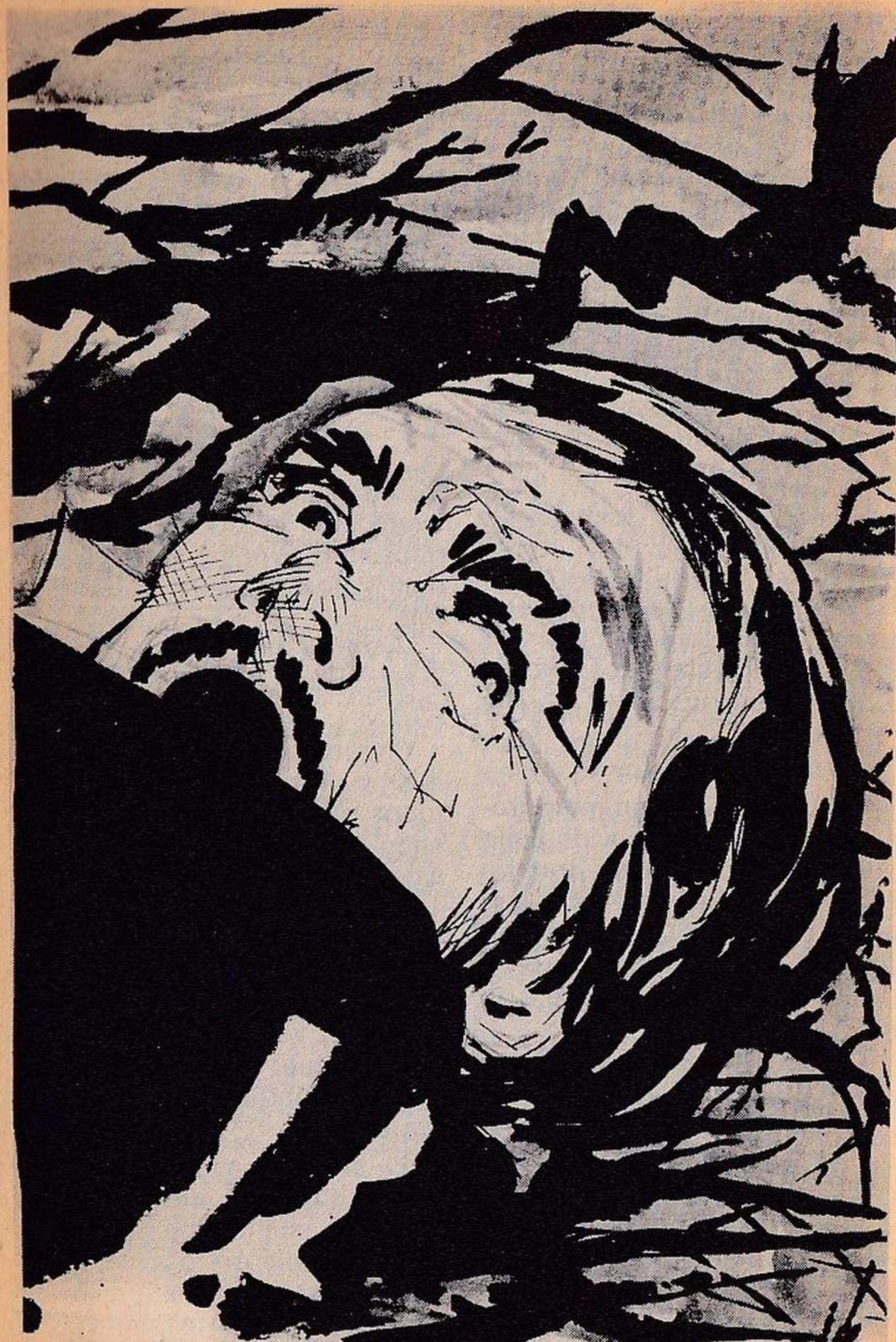
—Van a preocuparse por mí y Mrs. Hester llamará a la Policía.

Seguramente que pensó lo mismo. Apretó el botón del autobús para ponerlo en marcha, saltó hacia delante y Sally nos siguió.

—¿Qué puede hacer Sally, mientras le tenga a usted conmigo? —dijo mofándose.

Sally pensaría lo mismo. Aumentó la velocidad, nos rebasó y se fue. Gellhorn abrió la ventanilla lateral y escupió hacia afuera.

El autobús anduvo pesadamente por la oscura carretera, el motor zumbando irregularmente. Gellhorn oscureció la luz periférica hasta que la línea verde fosforescente que



dividía la carretera, que resplandeciente a la luz de la luna, era lo único que nos mantenía apartados de los árboles. El tránsito era virtualmente nullo. Dos coches nos pasaron en dirección contraria, pero no había ninguno en la nuestra, ni detrás ni delante.

Fui quien primero oyó el cierre de puertas. Un sonido rápido y agudo, primero a la derecha, luego a la izquierda. A Gellhorn le temblaban las manos mientras trataba salvajemente de aumentar la velocidad. Un rayo de luz que nos cegó, salió disparado desde la parte de atrás de unos árboles. Otro desde la parte posterior de las vallas protectoras. En un cruce, cuatrocientos metros frente a nosotros, un chirrido nos advertía que un coche venía raudo hacia nosotros.

—Sally ha ido en busca de los otros. Creo que le tienen rodeado.

—¿Y qué? ¿Qué pueden hacer?

Se encorvó sobre los controles mirando atentamente a través del parabrisas.

—¡No trate de hacer nada, caramba! —murmuró.

No hubiera podido. Tenía los huesos molidos y me ardía el brazo izquierdo. Los ruidos de motor se unieron y ahora se oía cómo se aproximaban. Los

motores zumbaban con raros tonos y tuve repentinamente la impresión de que hablaban entre ellos.

Una batahola de toques de bocina venía de la parte trasera. Me giré y Gellhorn dio un rápido vistazo al retrovisor. rretera como gatos muertos.

Sabía que podía hacerlo. El autobús estaba colocado en Una docena de coches, ocupando ambos carriles, nos seguía.

Gellhorn empezó a gritar y a reír estrepitosamente.

—¡Pare! ¡Pare el autobús! —le grité.

Porque a menos de medio kilómetro frente a nosotros, perfectamente visible a la luz de los faros de un par de sedanes estacionados uno a cada lado, estaba Sally con su elegante cuerpo plantado en mitad de la carretera. Dos coches se precipitaron al carril de al lado, a nuestra izquierda, y nos daban escolta igualando su velocidad a la nuestra e impidiendo a Gellhorn poder girar.

Pero no tenía intención de hacerlo, por el contrario, apretó el botón de "toda-marcha-hacia-adelante" y ahí lo sostuvo.

—No faroleo —dijo—. Este autobús pesa cinco veces más que cualquiera de ellos, ¡viejo chocho!, y los echaré de la ca-

"manual" y su dedo apretaba el botón. Sabía que lo haría.

Abrió la ventanilla y saqué la cabeza al exterior.

—¡Sally! —grité—. ¡Quítate de en medio, Sally!

Mis gritos fueron ahogados por el agonizante rechinar de unos frenos maltratados. Sentí que me caía hacia adelante y oí a Gellhorn perder la respiración.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

Era una pregunta absurda. Acabábamos de detenernos. Era lo que había pasado. Apenas dos metros separaban el autobús, de Sally. Una masa que pesaba cinco veces más que ella y ni se había movido. Tenía agallas.

Gellhorn sacudía rudamente la palanca marcada "manual" y refunfuñaba.

—No debía ocurrir, no debía ocurrir...

—Imposible que ocurriera de otro modo, visto el modo como hizo las conexiones del motor. ¡Experto! Cualquiera de los circuitos puede haberse cruzado.

Me miró con ojos asesinos y gruñó profundamente. Los cabellos enmarañados le caían sobre la frente. Levantó el brazo.

—¡Es la última opinión que me vas a dar en tu vida, carcamal!

Tuve la seguridad que de su arma iba a salir el rayo letal.

Presioné la portezuela del autobús, pendiente de su mano y al abrirse la puerta salí despedido. Caí al suelo con un ruido sordo. Se oyó que la puerta volvía a cerrarse.

Me levanté sobre mis rodillas y miré hacia arriba justamente cuando Gellhorn bregaba infructuosamente con la cerrada ventana y apuntó el arma rápidamente a través del cristal. Nunca pudo disparar. El autobús siguió su camino con un tremendo rugido y Gellhorn cayó de espaldas.

Sally ya no estaba a la vista y las luces traseras del autobús se alejaban fluctuando.

Estaba exhausto. Me senté allí mismo, en medio de la carretera, y metí la cabeza entre mis brazos cruzados, tratando de recuperar el aliento.

Un coche se detuvo cuidadosamente a mi lado. Levanté la vista y vi que era Sally. Lentamente, amorosamente diría, abrió su portezuela delantera.

Hacia cinco años que nadie había entrado en Sally, excepto Gellhorn desde luego, y sabía lo mucho que un coche apreciaba su libertad. Agradecí el gesto pero le dije:

—Gracias, Sally, voy a tomar uno de los coches más recientes.

Me levanté para hacerme a un lado, pero hábilmente y con una grácil pirueta se colocó nuevamente delante mío. No podía herirla en sus sentimientos. Subí. El asiento delantero desprendía el fresco y fino aroma de un automóvil que se mantiene a sí mismo impecablemente limpio. Me arrellané agradecido y con una eficiencia silenciosa, uniforme y rápida mis muchachos y mis muchachas me llevaron a casa.

Mrs. Hester, muy excitada, me trajo a la mañana siguiente un ejemplar de la transcripción radial.

—Trata de Mr. Gellhorn —dijo—. El hombre que vino a verle.

—¿Qué pasa con él?  
Temía la respuesta.

—Le encontraron muerto. Imagínese. Tendido, muerto, en una zanja.

—Podría tratarse de otro —murmuré.

—Raymond J. Gellhorn —dijo con precisión—. ¿Supongo que no habrá otro que se llame igual? Además la descripción concuerda. ¡Dios mío, qué forma de morir! Encontraron marcas de neumáticos en sus brazos y en el cuerpo. ¡Imagínese! Estoy muy contenta de que las marcas resultaran ser del autobús, si no hubieran venido aquí a husmear.

—¿Sucedio cerca de aquí?  
—pregunté ansiosamente.

—No... cerca de Coksville. Pero por Dios, léalo usted mismo si... ¿Qué pasó con Giuseppe?

Me alegré que hubiera cambiado de tema. Giuseppe me esperaba pacientemente para completar su repintado. El parabrisas ya había sido reemplazado.

Cuando Mrs. Hester salió tomó la transcripción radial. No cabía ninguna duda. El informe médico decía que había estado corriendo y que estaba completamente exhausto. Me pregunté cuántas millas el autobús habría estado jugando con él antes de darle la estocada final. Claro está que la transcripción no daba idea de eso.

Habían localizado el autobús que fue identificado por el dibujo de los neumáticos. Estaba en poder de la policía y estaban siguiendo la pista hasta su dueño.

En la transcripción había además un editorial acerca del asunto. Era el primer accidente con consecuencias fatales que había ocurrido en el Estado en lo que iba del año. El periódico hacía una firme advertencia contra la conducción manual por la noche.

Los tres matones de Gellhorn no eran mencionados pa-



ra nada y me alegré mucho de ello. Ninguno de nuestros coches había sido seducido por la idea de la caza a muerte.

No había nada más. Dejé caer el periódico. Gellhorn había sido un criminal. El trato infligido al autobús fue brutal. Indudablemente que merecía morir. Pero experimentaba algunas náuseas por la manera como había sucedido.

Ya ha pasado un mes de lo ocurrido y todavía no puedo quitármelo de la cabeza.

Mis coches hablan entre sí. Ahora estoy convencido de ello. Como si hubieran adquirido mayor confianza, como si no les importara seguir manteniéndolo en secreto. Sus motores funcionan y golpetean continuamente.

Y no hablan solamente entre ellos. Lo hacen también

con los coches y autobuses que vienen a la Granja para asuntos de negocios. ¿Cuánto tiempo hacía que hablaban?

Además debían entenderse. El autobús de Gellhorn comprendió, a pesar de haber estado apenas una hora cerca de ellos. Puedo cerrar los ojos y me viene a la mente la correría por la autopista, con nuestros coches escoltando el autobús a cada lado, sus motores hablándole hasta que comprendió la situación y se detuvo y dejó que yo saliera para seguidamente salir disparado llevándose a Gellhorn.

¿Serían mis coches los que le dijeron que acabara con él? ¿O la idea fue del autobús?

¿Se les pueden ocurrir semejantes ideas a los coches? Los proyectistas de motores lo niegan. Pero querrán decir ba-

jo determinadas condiciones. ¿Habrán previsto todo?

Se sabe que los coches pueden sentirse maltratados.

Algunos vienen a la Granja y observan. Oyen habladorías. Se percatan de que existen coches cuyo motor funciona incesantemente, que nadie se sube a los mismos, que todas y cada una de sus necesidades son atendidas.

Es posible que cuando salen se lo cuenten a otros. Quizá la noticia se va extendiendo rápidamente. Quién sabe si no les da por pensar que la manera como tratamos a los coches en la Granja debería ser generalizada. Hay cosas que no las entienden. No pueden ustedes esperar que comprendan acerca de legados y de caprichos de gente adinerada.

Hay millones de automóviles por el mundo, docenas de mi-

llones. Si arraiga en ellos la idea de que son esclavos, de que deben hacer algo para que ello termine... Si empiezan a cavilar como lo hizo el autobús de Gellhorn...

Quizá ya no lo vea. Pero será forzoso que tomen a algunas personas como yo para cuidar de ellos, ¿o no querrán? No van a matar a todo el mundo.

O quién sabe si lo harán. Quizá no querrán comprender que algunos humanos deberán cuidarles. Quizá no querrán esperar.

Cada mañana, al despertar, pienso: ¿será hoy?

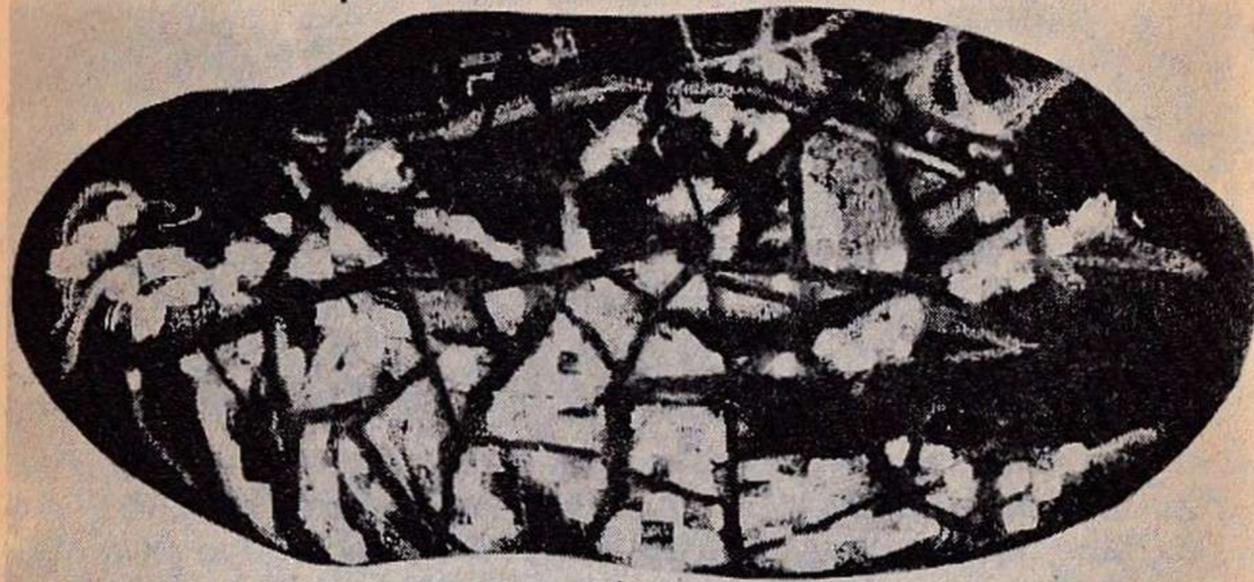
Ya no experimento el placer de antes con mis coches. Me he dado cuenta que empiezo a rehuir a Sally.

Anticipo del libro *Tiempo maldito*, Editorial A.T.E., cedido por Ediciones El Caballito.

# CUENTO DEL LECTOR

## OTRA VUELTA DE TUERCA

por JOSE ALBERTO BLANCO



Los dos hombres caminaban en silencio por la avenida desierta. Su marcha era lenta porque sobre uno de ellos el paso de los años se había ensañado con particular crueldad.

La indumentaria de ambos denotaba una holgura económica que no condecía del todo con su condición de solitarios peatones suburbanos, en aquella cerrada noche de invierno.

La mirada del hombre viejo y la tensión en la máscara de arrugas que era su rostro, revelaban sombríamente que sus pensamientos se abrían paso por un camino más incierto aún que el que recorrerían.

El otro hombre, alto y de edad indefinida, tenía impresa en su cara la expresión indiferente de quien cumple un trabajo monótono.

Al fin el viejo rompió el silencio que reinaba entre ambos desde un tiempo indefinido:

—Macías, mi tiempo se terminó y tengo que pagar mi parte —el otro se limitó a volver hacia él su mirada inexpresiva—. Pero, ¿por qué?

—Me extraña, doctor —en la voz, tan fría como el rostro, la nota irónica tenía necesariamente una calidad de metal—. Usted es, o era, un experto en contratos.

—Un contrato donde la obligación de una de las partes no está definida —no habían de-

jado de caminar. La ansiedad tensaba ahora la voz del hombre viejo.

—La voluntad de las partes, libremente expresada, etc. —recitó burlescamente el otro.

El viejo hizo un gesto de desaliento y no insistió. Llegaron a un auto solitario, estacionado al final de la avenida que habían recorrido. Sin decir palabra, Macías extrajo las llaves, abrió la portezuela izquierda y se sentó frente al volante. Su compañero ocupó el otro asiento delantero con gesto de cansada resignación.

—Ustedes no terminan de sorprenderme —la indiferencia de la voz desmentía la afirmación—: siempre están queriendo saber algo más.

El viejo no contestó mientras Macías ponía en marcha y calentaba el motor. Recién cuando el auto comenzaba a rodar lentamente pareció reunir sus pensamientos dispersos.

—Querría saber, aunque más no fuera, por qué lo de doctor. Como ironía, no es su estilo

—Discúlpeme, Ferri. Una pequeña reminiscencia de tiempos idos —el auto comenzaba a recorrer un camino suburbano envuelto en neblina cada vez más densa. Los faros eran inútiles contra aquella muralla, pero Macías manejaba con seguridad.

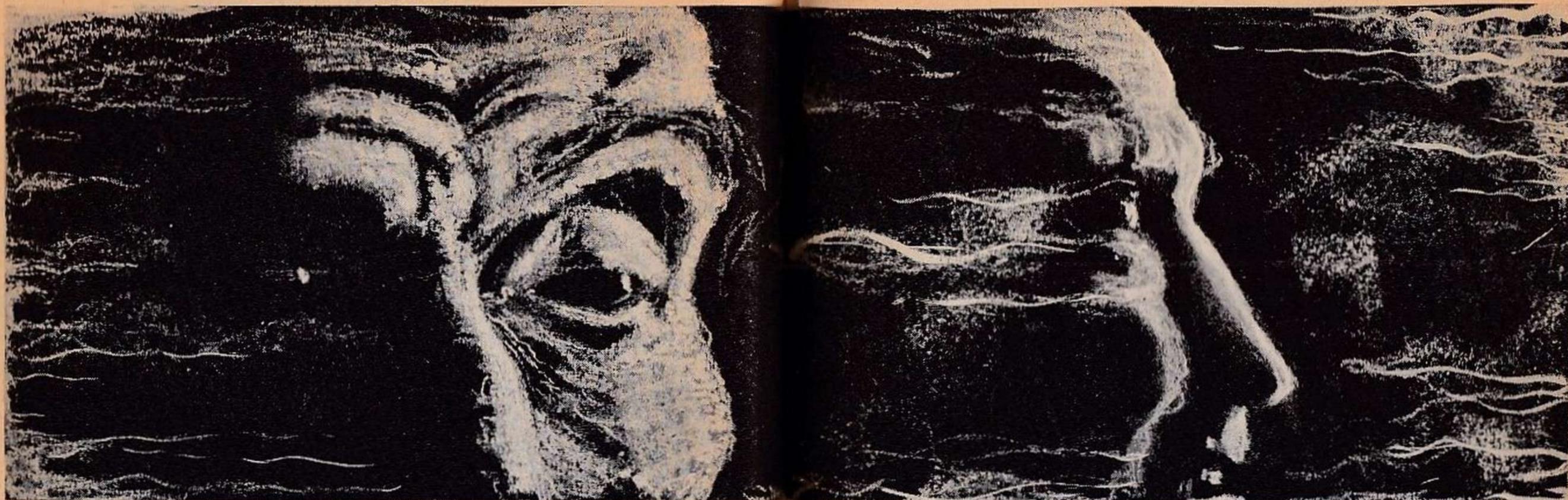
El viejo encontró un punto de apoyo y se aferró a él:

—Como tampoco es su estilo introducirme en mi parte del compromiso sin hacérmelo, digamos saborear por anticipado.

—Las autoironías le suenan hoy a falso, Ferri —respondió la voz fría—. Pero tiene razón en lo que dice —y agregó, sin dirigirse al otro—: Tal vez aprenda con los años —los hombres no podían ya distinguir el rostro de su interlocutor. Sólo la tenue luz del tablero se reflejaba por momentos en los ojos del que conducía.

—Fácil de contabilizar —dijo Ferri—. Estamos a exactamente cuarenta años de nuestro primer encuentro.

—¡Cuarenta años! —al viejo le pareció en un momento que la mortecina luz iluminaba la boca de Macías torcida en el símil de una sonrisa, pero no hubiera podido asegurarlo: no recordaba, si es que alguna vez la había visto, cómo era la sonrisa de aquel hombre—. Cuando el más noble de los aqueos, el amo de Itaca, llegó frente a la ciudad de las altas murallas, cincuenta y tres inviernos habían pasado ya sobre sus sienes —la cita resultó incomprensible para Ferri. Macías agregó, con inesperada brusquedad—: Veamos entonces, Ferri, ¿qué quiere saber?



El viejo permaneció en silencio mientras el auto seguía hendiendo la oscuridad absoluta. Tras una pausa prolongada, Macías continuó:

—No tenga miedo. No supondrá que le espera un castigo folklórico. Eso sería indigno de ustedes. Y de mí, si me lo permite.

La ansiedad contenida se derramó en la voz de Ferri:

—Termine, Macías. Usted me dio mis cuarenta años y sabe como yo que no puede sacarme nada a cambio. ¿Qué espera o qué esperan ustedes de mí?

—Muy sencillo, Ferri —la voz fría había vuelto a perder toda otra cualidad—. Voy a darle otros cuarenta años.

Esta vez la pausa fue aún más larga. Al cabo, el viejo dijo como para sí mismo:

—Así que era eso. Pero, ¿por qué?

Ahora el sonido seco de la corta carcajada no dejó lugar a dudas.

—Repito que no terminan ustedes de asombrarme con sus porqués. Pero aprender no es comprender, doctor. Por supuesto, no ve Ud. dónde está el temido castigo. Porque si yo di algo debo obtener algo u obtener el castigo del deudor, ¿no es así?

Ferri asintió con su silencio. Macías volvió a reír con aquella risa ajena a la alegría.

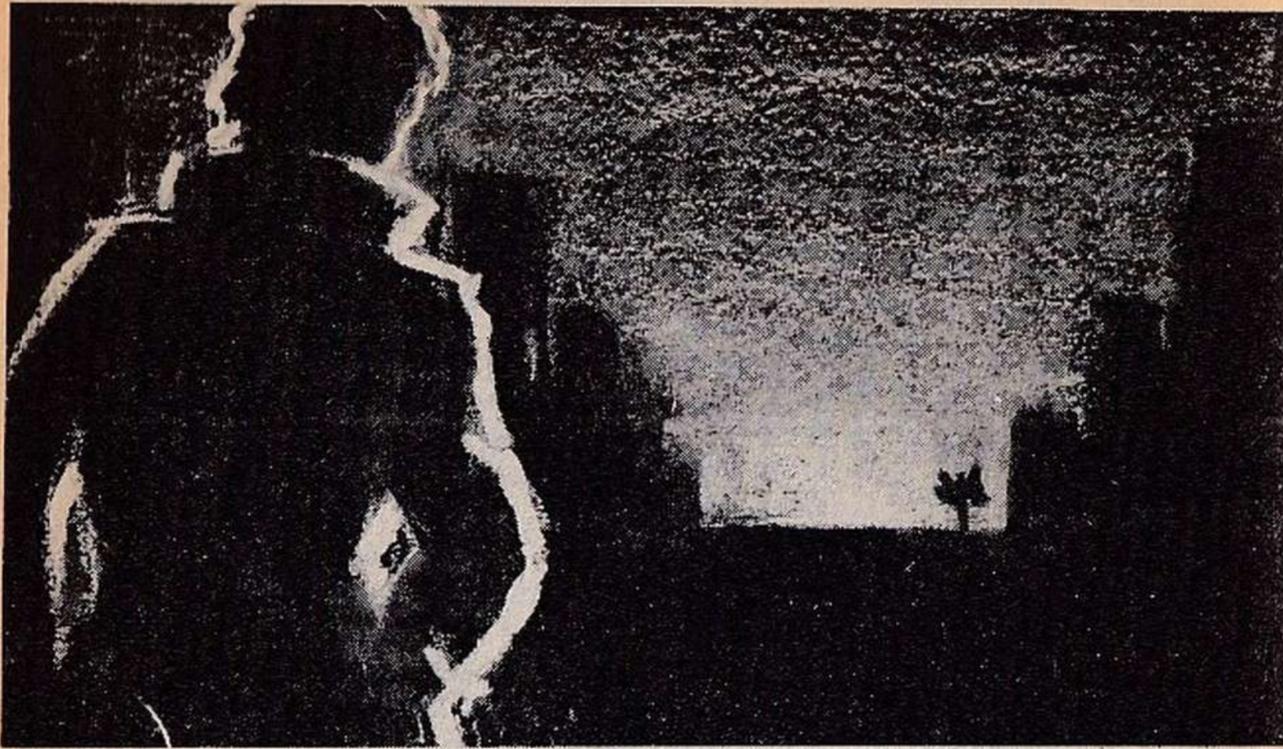
—Bien, imagine entonces que para castigarlo lo coloco

en una canoa y lo abandono a la corriente de un río desconocido. Podrá Ud. moverse libremente dentro de la canoa y aún establecer cuanto contacto quiera con otras en su misma situación, de las que nuestro río está muy poblado. Pero lo que no pueden, ni Ud. ni ellos, es retrasar por un instante la marcha de las canoas arrastradas por la corriente, y aun menos acercarse a la orilla. Además, el río es tan sinuoso que sólo podrá ver pocos metros delante suyo, ignorando así en qué revuelta se encontrará bruscamente con el rápido o la catarata que lo aniquilarán. ¿Qué opina de ese castigo?

Una vez más, el silencio se prolongó largo rato. Afuera amanecía y la luz comenzaba tenuemente a llegar a Ferri.

—Comprendo —dijo al fin, mirando sus manos, a las que la nueva luz había quitado cuatro décadas—. La vida que reclamé como un don forma parte del castigo que dura... ¿desde cuándo?

—Ni yo puedo decírselo, Ferri —volvió a citar—. Catorce años, valiente Ulises, hasta que cambiaste los arietes por un caballo de madera. Y otros catorce años hasta regresar a tu isla convertido en aquel mendigo incapaz de tensar el arco del rey. ¿Cuántos tenías entonces?



Ferri no contestó; los recuerdos de cien vidas se agolpaban tumultuosamente en su interior, convocados por las palabras del otro.

Macías prosiguió:

—Doblaste aquel arco con la fuerza que también entonces tomaste por un don gratuito, pero no fue aquélla la primera vez. Dudo que haya habido una primera vez —Ferri seguía mirando sus manos, recorrido en todas direcciones por la revelación, y Macías agregó, con voz apenas perceptible—: Como, al parecer, tampoco habrá una última.

—Creo entenderlo, Macías —dijo la nueva voz de Ferri—. Y creo que todo es realmente digno de Ud. Pero hay algo que no encaja. ¿Por qué me cuenta esto? Ahora sé al me-

nos que se puede retroceder en la corriente.

—**Cada vez** se lo he dicho, Ferri. Es una Ley del Juego que el reo conozca la sentencia —la voz adquirió por un instante un tono de fatiga—. Pero Ud. **cada vez** lo olvida antes de recomenzar. Es la segunda **Ley del Juego** —detuvo el auto y se volvió al otro. Ahora los contornos del exterior se distinguían con relativa nitidez. Estaban en los suburbios de una ciudad—. Aquí se baja, Ferri. Aquí encontrará a su nueva Margarita. O Helena, como prefiera.

Ferri no se movió de su asiento.

—Supongo que no le importará una última pregunta, Macías. Después de todo, si lo he entendido bien, la respuesta

no me acompañará fuera de este auto.

El hombre del volante asintió. El otro vaciló un instante antes de preguntar:

—¿Cómo se ve el río desde la orilla?

Por primera vez la respuesta tardó en llegar; y las palabras fueron más lentas que lo habitual en Macías:

—No lo sé. Yo soy sólo el barquero y no me está permitido encallar. Esa es la restante Ley del Juego, y no soy yo quien la dicta. Hace mucho tiempo comprendí que no habría corriente si no existiera alguien para contemplarla desde la orilla inmóvil. Intenté obligar al espectador a desviar su atención del curso, pero fracasé y mi castigo fue el

peor de todos: sólo yo, desde el río puedo ver la margen quieta, sin poder alcanzarla.

Nadie debía ir más allá y Ferri lo comprendió así. Macías dio por terminado el diálogo, recuperando su tono impersonal:

—En un punto de su larga historia Ud. mismo afirmó que todos los mitos del hombre son un solo mito. Ahora sabe —remarcó ambas palabras—, por qué lo dijo.

—Adiós —dijo Ferri mientras abría su portezuela.

—A toute l'heure —fue la inaudible respuesta.

El hombre más joven descendió del auto y echó a caminar hacia la ciudad sin volver la cabeza.

## GIGANTISMO DE UNA ESTRELLA

Betelguese es la estrella principal de la constelación de Orión y está considerada como una superestrella, pero los estudios actuales hacen suponer que es aún diez mil veces mayor de lo que se imaginaba.

Sólo el año pasado Betelguese era, después del Sol, la primera estrella en la que se había logrado fotografiar su superficie. Se estimaba entonces que su diámetro era de unos 350 millones de kilómetros; es decir, 500 veces el del Sol. La estrella merecía bien su nombre de gigante rojo. Tal tipo de estrella pertenece a la primera generación, pues el hidrógeno se transforma por una evolución posterior debido a una nucleosíntesis en todos los átomos que conocemos. Estando el universo únicamente compuesto de hidrógeno en su origen, este tipo de astro es el primer eslabón de la cadena que lleva a generar átomos más pesados que se encuentran en las estrellas de la segunda generación, como el Sol.

Las observaciones de Betelguese con luz infrarroja han demostrado que el astro está rodeado de una envoltura que proyecta permanentemente materia al espacio envolvente: se trata del viento estelar. Esta envoltura llevaría el diámetro real de Betelguese a unos 4,5 billones de kilómetros.

# LA CIENCIA EN EL COSMOS

## GAGARIN: EL HOMBRE EN EL ESPACIO

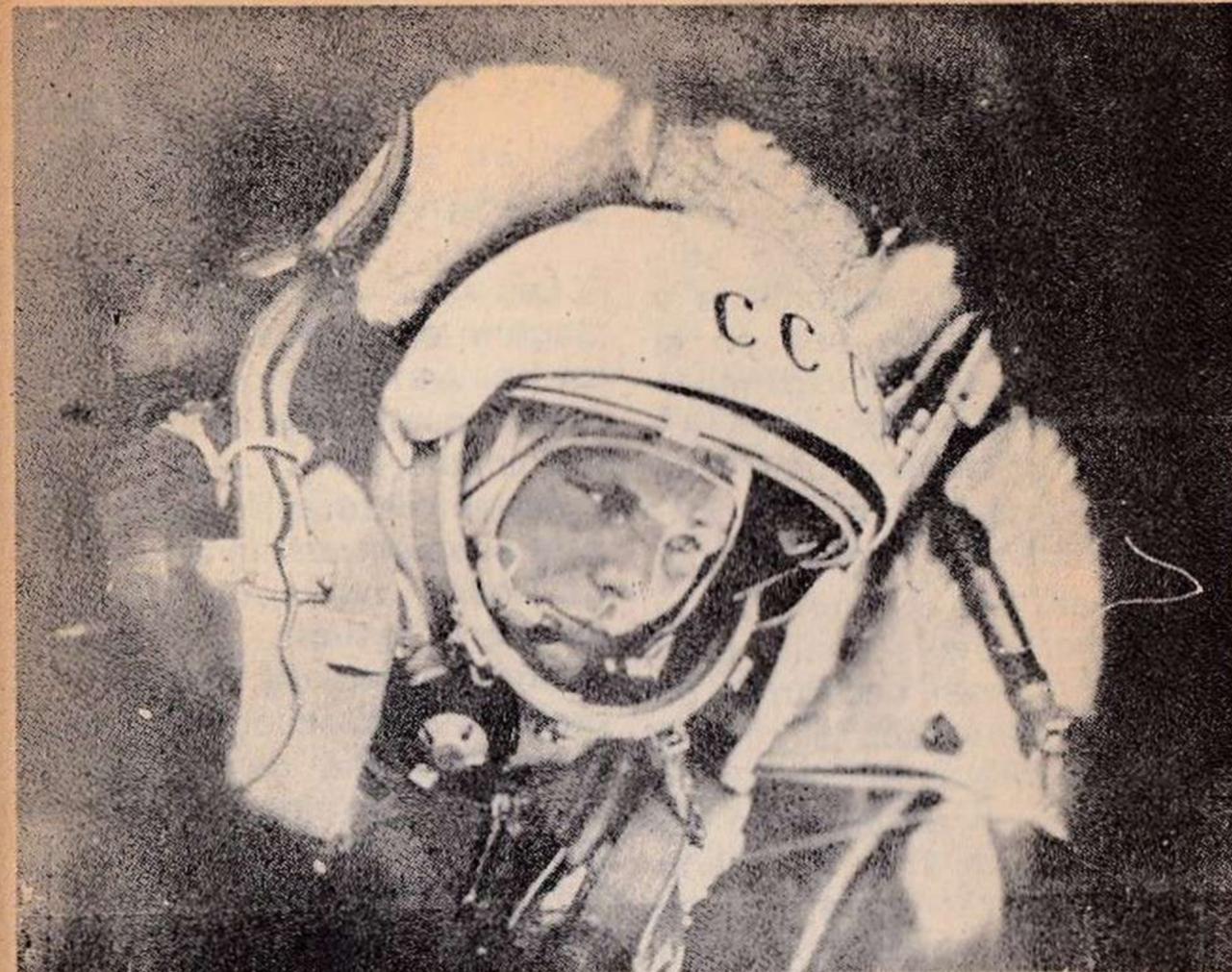
Los viejos precursores habrán mirado con sorpresa, con envidia y también con ansias cómo la pequeña bolita del Vostok I daba vueltas por el espacio llevando en su interior a Gagarin. El hombre había saltado al cosmos, y en esa pirueta lo acompañaban las viejas quimeras, los fracasos anteriores, la imaginación tantas veces postergada. Los viejos fantasmas —seguramente, para algo son fantasmas— se habrán introducido subrepticamente dentro de la cúpula porque ese salto también les pertenecía. El hombre había logrado franquear la barrera del infinito, y recomenzaba la vieja y siempre actual aventura del pensamiento.

por IGNACIO FABRÉ

En 1961, casi cuatro años después del lanzamiento del *Sputnik*, las experiencias efectuadas con animales y organismos vivientes habían posibilitado a los científicos —tanto norteamericanos como soviéticos— diseñar sus futuros aparatos espaciales aptos para el transporte humano. Claro que estos diseños no eran fáciles de concretar en los hechos. La idea general sobre los vuelos y comportamientos de seres vivos en el espacio estaba madura, pero faltaba el salto, la certeza de

que el viaje espacial no sería riesgoso y que podría efectuarse sin contratiempos. Las dimensiones de los habitáculos fueron ampliadas, las protecciones térmicas y radiactivas reforzadas y adaptadas de acuerdo con los nuevos riesgos. Pero faltaba aún probar. Y la prueba será sin red protectora: hay que mandar un hombre al espacio y esperar que regrese sin contratiempos.

Aquí es necesario hacer una reflexión. Cuando iniciamos esta serie de notas dijimos que la aventura del espacio



12 de abril de 1961, Yuri Gagarin, a bordo del Vostok I, realiza el primer viaje orbital en la historia del espacio.

era al mismo tiempo la aventura del pensamiento. El hombre, a través de su compleja historia, fue recorriendo caminos conocidos hasta el momento de enfrentar una encrucijada, ahí donde la ruta se divide en dos sendas y sólo una de las dos es la correcta. Las veces que pudo acertar en su elección fueron tantas como las oportunidades en que tomó el paso erróneo. Pero en la elección estaban la zozobra, el miedo y el riesgo, que sólo podían superarse en la aventura de elegir. El hombre supo

utilizar el fuego, el agua, las armas, el cultivo, la caza, porque padeció las tinieblas, el frío, la derrota, el hambre y el silencio. Y el primer hombre que raspando dos cascos logró que las chispitas se convirtieran en llamaradas, o el que comió el primer pan del primer trigo, era el primero y era también todos los hombres que estaban domando a la naturaleza y sobreviviendo a fuerza de pensamiento. La misma sorpresa y la misma satisfacción habrán reflejado los rostros de Galileo arrojando

la bolita desde la torre, como Colón al divisar en la pálida bruma del horizonte los contornos de Guanahani. La certeza de haber logrado que la historia cambie siempre sorprende a los protagonistas y también —aunque sea en el fondo de su inconsciente— debe aterrarlos, pues están abriendo una puerta más y de nuevo —tras la puerta— continúa el camino desconocido.

El vuelo del *Sputnik I* abrió las puertas del espacio, pero en tanto fueran cacharros de metal y materiales sintéticos los que poblaran el cosmos, la aventura —en verdad— no estaba iniciada. Era necesario que el hombre viajara en esos cohetes, que corcoveara en la ingravidez, que caminara, que dominara esa nueva ruta. Era el momento del salto, de probar el nuevo camino.

El comandante *Yuri Alexeyevitch Gagarin*, en la madrugada del 12 de abril de 1961, mientras subía a la cápsula que lo lanzaría al espacio, ha de haber sentido —entre otras infinitas sensaciones— que era no sólo un astronauta ruso sino también que era la humanidad entera entrando en el cohete. Y cuando pocas horas después descendió a salvo y logrado el éxito, su rostro tendría —seguramente— la misma expresión que luciera

Galileo o Colón. Cara de haberse acercado al infinito.

### LA VOSTOK I

La nave que transportó a Gagarin era la *Vostok I*, formada por tres secciones: la primera de ellas, habitáculo del cosmonauta y la única de las tres que retornaría a la Tierra. Esta sección recibía el nombre de *Charik* (bolita), ya que era de forma esférica, tenía dos metros treinta de diámetro y pesaba 2.400 kilogramos. La forma esférica de la cúpula sorprendió a los científicos norteamericanos, pues la habían considerado impracticable en sus propios proyectos. Sin embargo, los rusos consiguieron el éxito. La *Charik* tenía tres grandes escotillas que seguían la forma circular del contorno y cerraban herméticamente. Estaba construida en aceros especiales y recubierta con material antitérmico que posibilitara aguantar las temperaturas de fricción —casi 10.000 grados—. Una de las escotillas albergaba el paracaídas de descenso, la otra era acceso al instrumental de la cúpula y la tercera servía para la entrada y salida del cosmonauta y su asiento. El piloto estaba enfundado en un traje de presión y sentado en un asiento de material sintético

que se amoldaba a su cuerpo. La posición de pilotaje era semiacostada y el diseño del instrumental permitía su lectura sin necesidad de incorporarse.

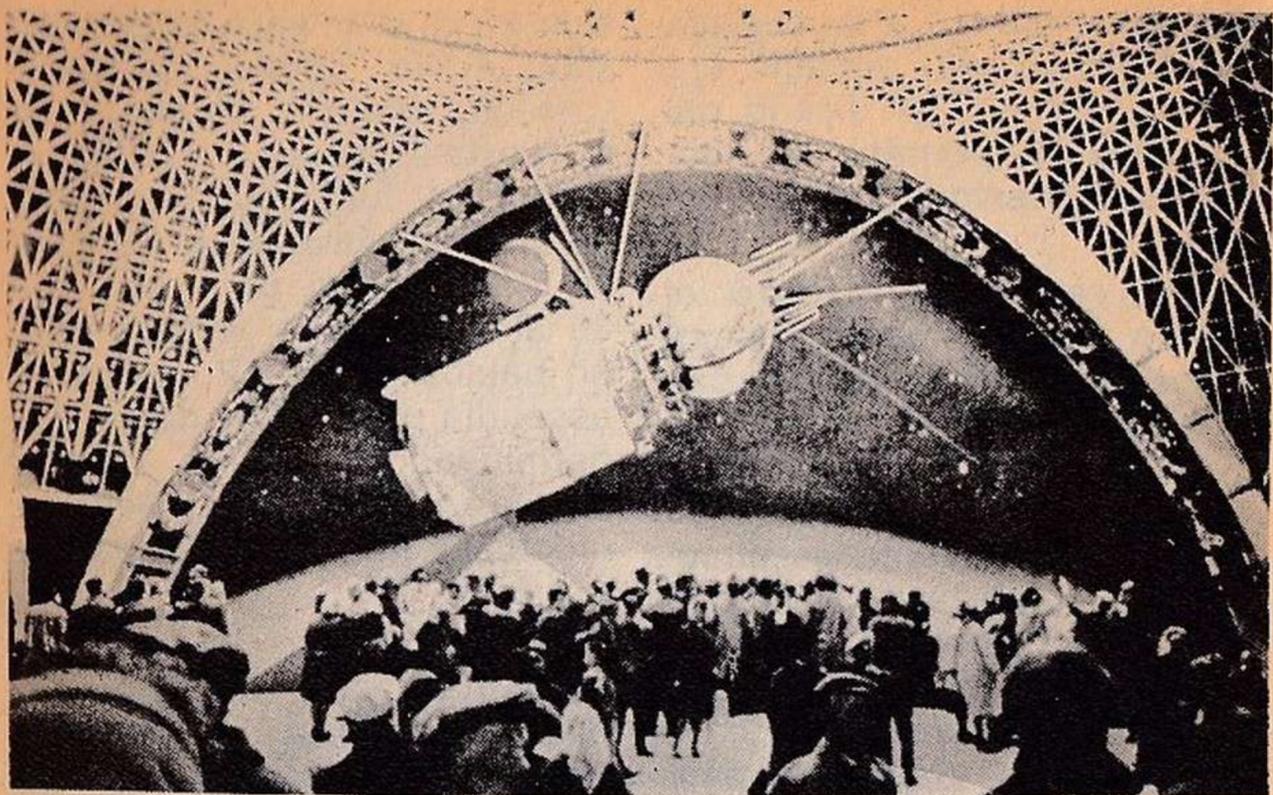
Una vez abandonado el campo gravitatorio, el cosmonauta podía desenvolverse con comodidad dentro del interior de la *Charik*, e inclusive observar hacia afuera a través de tres pequeñas ventanas circulares de vidrio térmico y tomar fotografías. Los tres ventanucos tenían cortinas metálicas que podían cerrarse en caso de necesidad, y en el momento del descenso. Enfrentando al asiento del cosmonauta venía montado un visor óptico que servía para observaciones y orientación en el espacio. Por encima del visor, una cámara de TV registraba de frente la imagen del cosmonauta, y una segunda, colocada al costado, permitía a los médicos y científicos rusos observar desde la Tierra el perfil de Gagarin.

En el interior de la cúpula, la presión estaba igualada a la terrestre y el aire que respiraba el cosmonauta era una mezcla similar a la que existe en la Tierra. Esta mezcla (nitrógeno y oxígeno) era más estable y por ello menos riesgosa que el oxígeno puro (que casi seis años más tarde oca-

sionara el accidente de la cápsula *Apolo* donde murieron Grisson, White y Chafee). La humedad estaba controlada dentro del habitáculo a través de un dispositivo especial, que la mantenía en un nivel del 30 al 70 %, y la temperatura no bajaba de los 12 grados ni ascendía por encima de los 25, permitiendo mediante controles manuales que Gagarin efectuase las correcciones necesarias.

A continuación de la esfera portadora, venía una segunda etapa, llamada la *Caia de Equipos*, que estaba destinada para alojamiento del instrumental de vuelo y de aprovisionamiento. Albergaba el sistema eléctrico, sistemas de transmisión, piloto automático y el almacenaje de oxígeno y nitrógeno necesarios para abastecer la *Charik* y el traje espacial de Gagarin. Esta segunda parte pesaba alrededor de 2.500 kilogramos. La última etapa, la propulsora de todo el conjunto, completaba el *Vostok I*, que en conjunto medía siete metros con cuarenta centímetros y pesaba —en vacío— un poco más de seis toneladas.

La experiencia del *Vostok I* se inició en el cosmódromo de Baikonur, y el cohete ascendió hasta una órbita de 181 kilómetros de perigeo y 327 ki-



El **Vostok I**, vehículo que transportó a Gagarin. Medía 7,35 m de largo y pesaba 6.170 kg y efectuó una vuelta al planeta en 108 minutos.

lómetros de apogeo. El vuelo orbital duró una hora y cuarenta y ocho minutos, y el total del viaje del primer hombre en el espacio, ocho horas y cincuenta y cinco minutos. Gagarin pudo transmitir impresiones sobre África y América del Sur, cuando sobrevolaba esas regiones, pero lo más interesante es la descripción del estado de ingravidez total: *“Cuando aprecié la ingravidez me sentí realmente bien. Todo era más fácil. Esto se comprende: las piernas, las manos... no pesaban nada. Los objetos flotaban en la cabina. Yo mismo no permanecía en mi asiento, sino que estaba como suspendido en el aire.*

*Durante el estado de ingravidez comí y bebí normalmente. También comprobé que no tenía mucha influencia sobre mi capacidad de trabajo. Más tarde, el paso de la ingravidez a la gravedad, por influencia de la fuerza de atracción durante el retorno, se realizó armoniosamente. Poco a poco sentía el peso de mi cuerpo. Dejé de flotar y volví a posarme en mi asiento”.*

El viaje de Gagarin fue corto y totalmente dirigido desde Baikonur, ya que los científicos rusos no quisieron correr ningún riesgo suplementario. Lo esencial era conocer si el hombre podía ascender al espacio y regresar sano y salvo.

De ahí que el tiempo de vuelo fuese tan escaso —menos de dos horas en órbita— y que Gagarin no controlara personalmente su aparato, a pesar de poseer controles manuales la cúpula.

Con Gagarin el hombre descubre una nueva epopeya, y

de inmediato se lanzará a protagonizarla. En menos de un año un cosmonauta ruso —Guerman Titov— y dos estadounidenses —John Glenn y Scott Carpenter— seguirán la ruta del espacio. De ahí en más, la aventura se convertirá en cotidiana.

## VIKING I Y II: “Hola, Marcianos”

En 1877 el astrónomo italiano Giovanni Schiaparelli observó —a través de un nuevo y poderoso telescopio instalado en Milán— que en la superficie de Marte aparecían una serie de líneas rectas cubriendo como una red la superficie del planeta. Las llamó “canali” (que en italiano significa *acanalado* o *ranura*), pero la rápida y apresurada traducción al inglés denominó *canals* (canales) a los accidentes observados por el italiano. De ahí en más surgió la nueva nomenclatura y con ella toda una fantasmagórica —y romántica— interpretación: un pueblo que trataba de sobrevivir —a través de grandes obras hidráulicas de conservación— a la progresiva aridez del planeta.

Toda una civilización embarcada en un gigantesco proyecto de supervivencia, que atesoraba mediante canalización las cada vez más escasas reservas de agua. Hermoso tema para desarrollarse ampliamente en ciencia ficción, con los agregados imaginables en cuanto a pasiones desatadas o terrores invasores. Pero la historieta no comenzó como novela de ciencia ficción, sino en el campo mismo de la ciencia, a secas, ya que el astrónomo norteamericano Percival Lowell fue el encargado de dar la explicación —teoría mediante— a que aludimos, no sin antes pasarse la vida observando a Marte.

Con el tiempo se descubrió que tales canales no existen, ya que son grandes valles es-

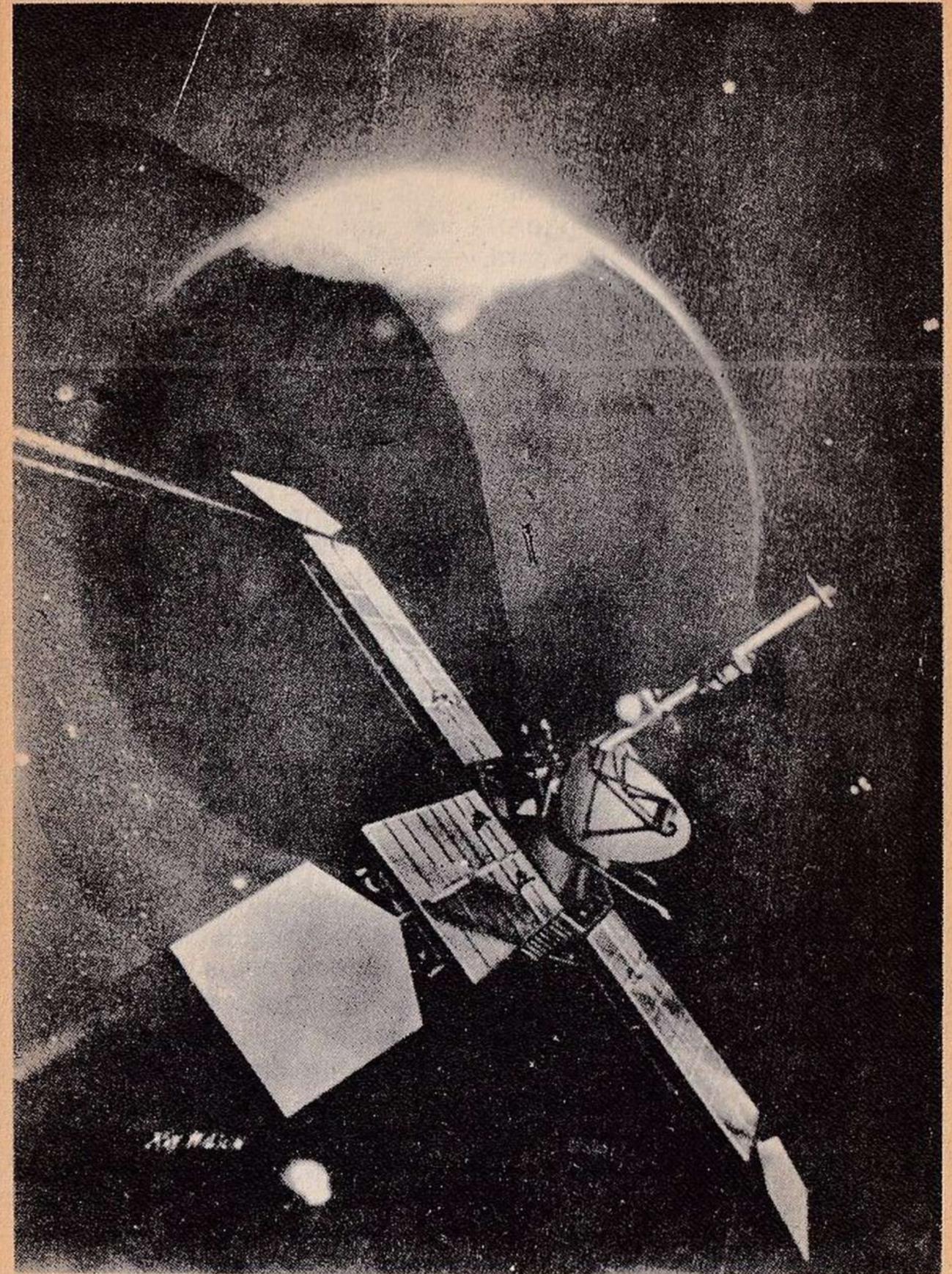
estructurales o alineamientos naturales de cráteres producidos por impactos (no de bombas, de meteoritos). Tampoco existe vegetación —que la frondosa imaginación de Lowell creyó ver en los cambios de coloratura estacional del planeta— sino cambios de las masas de polvo que existen en la superficie de Marte, mediante los vientos que cambian su recorrido en las distintas estaciones. El responsable de estas explicaciones que arrojaron por el suelo todo el andamiaje de “Marte con marcianos y todo” fue el *Mariner IX*, nave espacial que durante un año (1971-72) fotografió el planeta de cabo a rabo, desde una distancia de 1.600 kilómetros, en contra de los 40 millones de kilómetros —distancia entre la Tierra y Marte— que debían atravesar nuestras miradas astronómicas.

Pero destruida la teoría de la vida humana y vegetal en el planeta rojo, la hipótesis no estaba demostrada totalmente: que no haya vida superior no quiere decir que no exista ninguna clase de vida en Marte. Si bien el planeta es más frío que la Tierra, tiene una atmósfera más reducida, con mucho menos oxígeno y ozono (los rayos ultravioletas del Sol llegan a la superficie), y posee

mucha menos agua, científicamente no está demostrado que no existe la posibilidad del desarrollo de formas de vida ya adaptadas a las carencias del planeta.

Este nuevo desafío —que en última instancia ataca nuestro antropocentrismo— abrió las puertas de una aventura científica que llevó por nombre Misión VIKING I y VIKING II.

Antes de continuar con el detalle de esta misión que comenzara a mediados de 1976, conviene retomar algunos conceptos expresados en la primera parte de esta nota. La búsqueda de otros horizontes, de otras formas de vida, de otras posibles civilizaciones —si las hubiere— es una aventura riesgosa, sobre todo como aventura del pensamiento. Frente al rigor que se le exige a la ciencia se elevan las voces de los creyentes y de los escépticos, los primeros con su carga de chismografía barata, sorprendiéndose por cuanta luz rara, punto brillante o fotografía trucada les sale al paso, con sus típicas interpretaciones de “¿por qué no puede ser?”, como si todo fenómeno raro que le sale al paso al conocimiento tenga forzosamente que responder a una respuesta mágica. Sin contar los que afirman —con



La nave **Mariner IV**, que en el año 1965 se acercó a una distancia cercana a los 10.000 km de Marte, captando las primeras fotografías del planeta rojo.

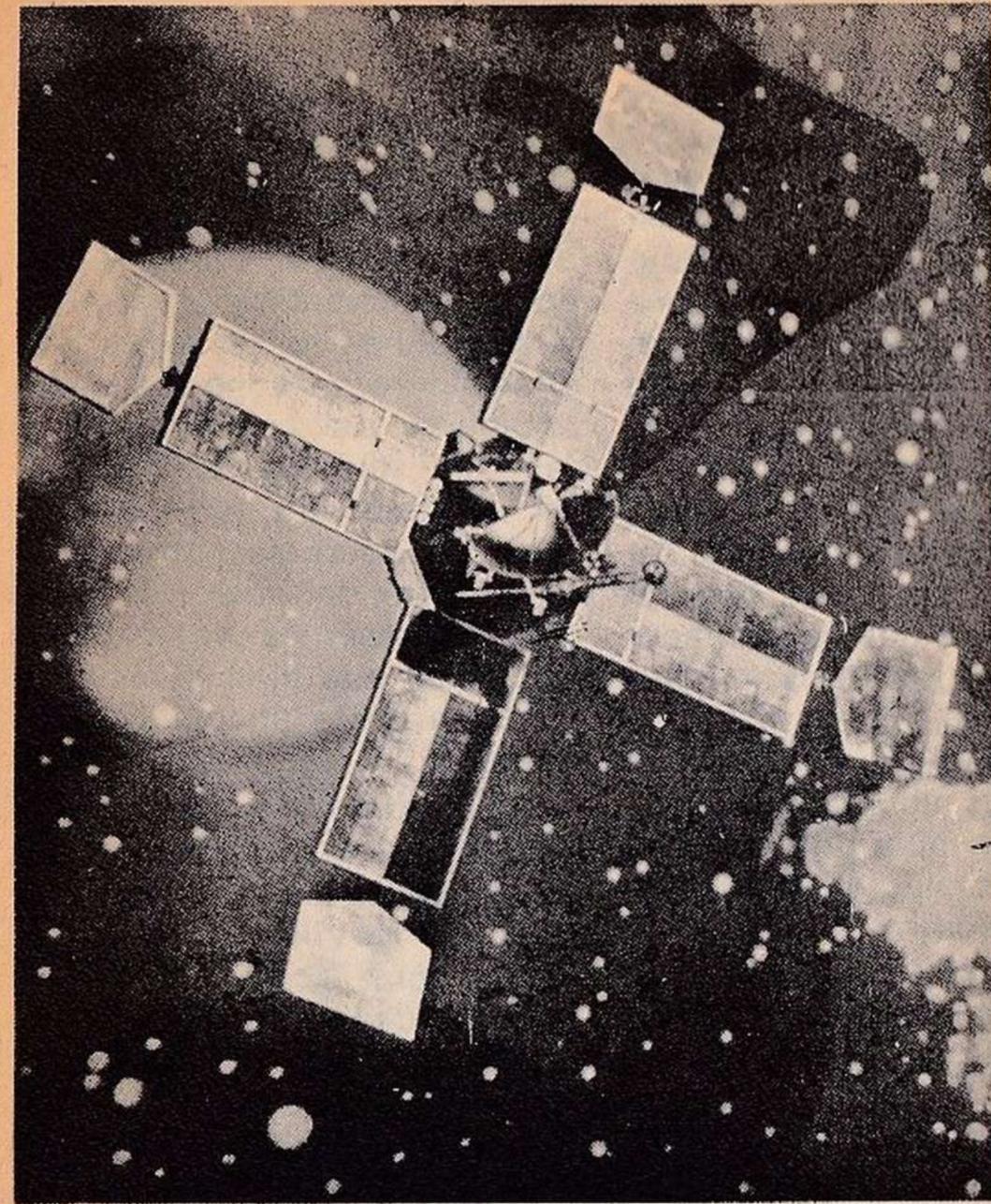
abundantes citas filosóficas como guardaespaldas— que *si porque si*, como si el conocimiento fuese una cuestión de patoteo, donde gana el más pesado, el que más poder tiene o el que saca más ligero, como en el *far-west*. Por otra parte, están los ateos de la ciencia, los que necesitan las evidencias contantes y sonantes, eso sí, sin preocuparse por buscarlas. Son los que están de vuelta, los que dijeron “qué va a ser redonda” mientras Colón se desgañitaba tratando de abrirles la cabeza.

Es necesario, entonces, que la ciencia cuente con grandes dosis de paciencia, de imaginación y de rigor, y unir a todas ellas la prudencia necesaria como para no dejarse entusiasmar o deprimir, sea cual fueren los resultados. Ni existista ni escéptica. La misión Viking será una muestra cabal de racionalidad, tomando en cuenta todos los parámetros expuestos anteriormente. Una nave viajará a Marte para investigar, y la misión está preparada como para que sus observaciones sean útiles en cualquier circunstancia.

La *Viking I* fue lanzada el 20 de agosto de 1975, y unos meses después la *Viking II*, que volaba unos 10 millones de kilómetros más atrás que la *Viking I*. La experiencia era do-

ble, ya que ambas naves debían posarse en diferentes regiones y confrontar —desde latitudes distintas— las experiencias recogidas.

La *Viking I* podía recibir instrucciones para aterrizaje —demorarlo o apurarlo— y reprogramar toda su pauta de trabajo mediante mensajes radiales desde la Tierra. El tren de aterrizaje poseía forma de triángulo, con tres patas para absorber el impacto del descenso y en la parte superior estaban instalados los equipos de investigación. Acoplado a su instrumental, la nave llevaba un sismómetro para captar los posibles deslizamientos de la corteza marciana. En caso de percibir algún “martemoto”, esta información sería vital para conocer la estructura del planeta. Las Vikings poseían, además, instrumental para la medición de velocidades del viento, presión atmosférica y temperatura. Juntamente con estos aparatos de investigación meteorológica y física, las naves albergaban en su interior un complejo laboratorio de análisis químicos. Un brazo retráctil que sale de su base podía alcanzar muestras del suelo marciano hasta una distancia de tres metros. Una vez con las muestras en su poder, las depositaba en su interior, donde la muestra era



El 24 de marzo y el 24 de abril de 1969 fueron lanzados los vehículos **Mariner VI** y **VII**, que lograron fotografiar la superficie de Marte desde una distancia de 4.000 km.

repartida hacia distintos compartimientos.

El primer experimento consistía en el análisis de la composición química del suelo marciano. El segundo análisis procuraría averiguar si había moléculas producidas por seres vivientes en estas muestras del suelo. En una caja de 30 centímetros de lado esta-

ban alojados los instrumentos capaces de desarrollar esta experiencia. Había que tener en cuenta la posibilidad de que tanto los meteoritos caídos en Marte, como los escapes de los cohetes de retroceso de la *Viking* fuesen portadores de dichas moléculas, así que la experiencia debía ser exhaustiva. Por último, los

platos fuertes del menú marciano: tres experiencias encaminadas a investigar la posible vida microbiana en Marte. En el primero, la muestra del suelo se mezclaría con una sustancia líquida rica en moléculas orgánicas que —en caso de existir microbios en el planeta— serían comidas. Este líquido alimenticio poseía carbono 14. Los posibles microbios comerían liberando dióxido de carbono al metabolizar el alimento, sustancia que sería detectada por un contador Geiger, que transmitiría la información a la Tierra. Las moléculas orgánicas elegidas fueron las más abundantes en la Tierra y las más primitivas en la historia biológica de los planetas conocidos.

La segunda experiencia consistía en derramar el líquido nutriente sobre muestra del suelo y registrar los gases que se produzcan o se consuman. Este experimento intentaba registrar el posible intercambio entre microorganismos y la atmósfera.

El tercer experimento exponía a la muestra de suelo a dióxido de carbono radiactivo. El dióxido de carbono no ra-

diactivo es el principal componente de la atmósfera marciana. La muestra del suelo ya impregnada con dióxido de carbono radiactivo sería iluminada por una fuente de luz del interior de la *Viking* y luego se la calentaría a grandes temperaturas y se registraría si se libera carbono del suelo cocinado. Así como las plantas fijan dióxido de carbono en la atmósfera terrestre, en caso de liberarse carbono de la muestra del suelo, se estaría en presencia de microorganismos que fijan dióxido de carbono en la atmósfera marciana.

Por último, la experiencia visual, que se lograría mediante el uso de cámaras fotográficas de la *Viking*, que lograrían captar todo objeto del tamaño de una hormiga en adelante, pero con mayor penetración y más alcance de visión infrarroja que el ojo humano.

La *Viking I* estaba programada para amartizar en la primera semana de julio de 1976, en tanto la *Viking II* lo haría en la primera de setiembre del mismo año. Pero eso lo veremos en el próximo número.

Esta edición de 6.000 ejemplares fue impresa y terminada en Grafica Guadalupe, San Martín y Lavalle (tel. 294-0301), Rafael Calzada (Bs. As.), en el mes de octubre de 1978.

RECIBIDO EN DONACIÓN  
DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS

P.F. Y L. U.S.A.

DONADO POR:

EXPRE. N.º: SE

FECHA: 3/10/2016

DESTINO:

Roberto Pelletieri

D. de B.

Selección de relatos fantásticos  
y ciencia ficción

Nº 7

# UMBRAL TIEMPO FUTURO

**REALISMO FANTASTICO**

por ANTONIO LAS HERAS

**EL PERRO  
DE MARTIN REPEZ**

de JUAN CARLOS GHIANO

**ISAAC ASIMOV  
SALLY**

**WILLIAM HOPE  
HODGSON**

**LA HABITACION  
ENCANTADA**

